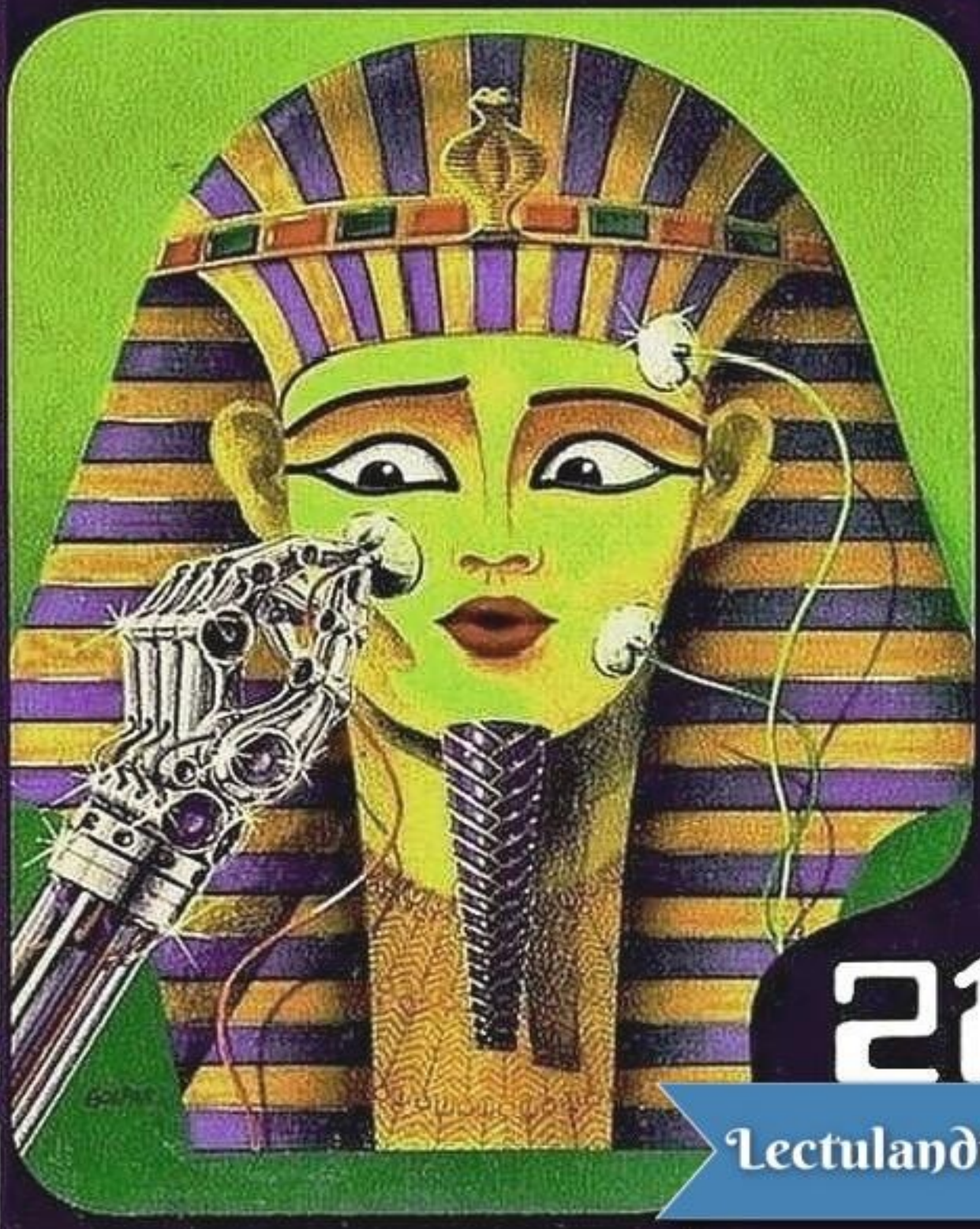
CIENCIA-FICCIÓN

La ciencia-ficción de EDGAR ALLAN POE



21

Lectulandia

Integran este volumen una selección de los mejores relatos de anticipación y de misterio de Edgar Allan Poe, precedente del género de ciencia-ficción, creador, en la primera mitad del siglo XIX de un mundo delirante de fantasía, humor y paradoja. Historias maravillosas u horrendas, antecedente directo de algunas de las Corrientes más fecundas de la literatura de nuestro siglo, desde el simbolismo al surrealismo. La indagación abismal en el mundo pavoroso de lo inexplicable se concreta en estas historias desconcertantes, profundamente líricas, muchas de las cuales conservan toda su fuerza alucinante y constituyen sin duda una de las cumbres de la creación fantástica.

Lectulandia

Edgar Allan Poe

La ciencia-ficción de EDGAR ALLAN POE

Antologías de Ciencia Ficción Caralt - 21

ePub r1.0
Hechadelluvia & dekisi 01.09.14

Título original: *The Science Fiction of Edgar Allan Poe*
Edgar Allan Poe, 1978
Traducción: Pablo Mañé y P. Rubiralta

Editor digital: Hechadelluvia & dekisi
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

MANUSCRITO HALLADO EN UNA BOTELLA

Qui n'a plus qu'un moment á vivre
N'a plus ríen á dissimuler.

Quinault, *Atys.*

Muy poco podría decir acerca de mi país y de mi familia. Los malos tratos y el correr de los años me obligaron a abandonar el primero y a alejarme de la última. La riqueza heredada me permitió lograr una educación fuera de lo común, y una inclinación de mi espíritu hacia la contemplación, me capacitó para ordenar metódicamente los conocimientos acumulados en mis primeros estudios. No había nada superior al placer que experimentaba con las obras de los moralistas alemanes. No se trataba de una admiración mal aconsejada por su locura elocuente, sino por la facilidad con que mis hábitos de rígido pensamiento me permitían descubrir sus falsedades. Se me ha reprochado con frecuencia la aridez de mi genio, se me ha imputado como un crimen mi imaginación deficiente y siempre me he destacado por el pirronismo de mis opiniones. Sospecho en verdad que el gran placer que siento por la filosofía física ha marcado mi mente con un error muy común en nuestros tiempos. Me refiero a la costumbre de relacionar sucesos, incluso los menos susceptibles para eso, a los principios de dicha ciencia. Normalmente nadie estaría menos expuesto que yo a desviarse de los límites rígidos de la verdad por el *ignes fatui* de la superstición. He creído oportuno sentar esas premisas, para que el relato increíble que debo contar no sea considerado el desvarío de una imaginación poco refinada, sino la experiencia auténtica de una mente para la que los ensueños de la fantasía han sido nulidad y letra muerta.

Después de muchos años de viajar por el extranjero, me embarqué en el año 18…, en el puerto de Batavia, en la rica y poblada isla de Java, en un viaje por el archipiélago de las islas de la Sonda. Viajé como un pasajero sin ningún incentivo que me empujara, salvo una nerviosa inquietud que me acosaba como un demonio.

Era el nuestro un excelente navío de cerca de cuatrocientas toneladas, con remaches de cobre, que había sido construido, con teca de Malabar, en Bombay. La carga consistía en algodón en rama y aceite de las islas Laquedivas. Llevaba además a bordo fibra de coco, melaza de palma, mantequilla de búfala, cocos y unas cuantas cajas de opio. La estiba había sido hecha a la diabla y debido a ello el barco escoraba.

Nos hicimos a la mar con un suave soplo de brisa y durante varios días nos mantuvimos al largo de la costa oriental de Java, sin otro incidente que aliviara la monotonía de nuestro rumbo que el encuentro ocasional con algún pequeño *grab* del archipiélago al que nos dirigíamos.

Una tarde, inclinado en la barandilla de cubierta, observé hacia el Noroeste una nube aislada de aspecto singular. Era notable tanto por su color como por ser la primera que veíamos desde nuestra salida de Batavia. La observé con atención hasta la puesta del sol, y entonces empezó a extenderse de repente hacia el Este y el Oeste, ciñendo el horizonte con una estrecha faja de vapor que parecía una extraña playa baja. Atrajo en seguida mi interés el aspecto rojo oscuro de la luna y la rara apariencia del mar. En éste tenía efecto una rápida transformación y el agua parecía más transparente que de costumbre. A pesar de que podía distinguirse con toda claridad el fondo, al halar la sonda comprobé que la profundidad era de quince brazas. Ahora el aire se había vuelto intolerablemente cálido, como cargado de emanaciones en espiral, semejantes a las que se desprenden del hierro calentado' al rojo. Mientras anochecía se desvaneció el menor soplo de viento y resultaría imposible concebir una calma más absoluta. En la popa ardía una bujía y su llama no vacilaba en absoluto y un largo cabello, sostenido entre el índice y el pulgar, colgaba sin que pudiera observarse la menor oscilación. Sin embargo, aunque el capitán dijo que no podía apreciar ninguna señal de peligro, y como sea que estábamos derivando hacia la costa, ordenó que se arriaran las velas y se echara el ancla. No se apostó ningún vigía y la tripulación, integrada sobre todo por malayos, se tumbó sobre la cubierta a descansar. Yo bajé a mi camarote presa de un presentimiento preñado de peligros. Todas las apariencias justificaban el temor de un simún inminente. Hice al capitán partícipe de mis temores, pero hizo muy poco caso de mis palabras y me dio la espalda sin dignarse responderme. Sin embargo, mi inquietud me impedía dormir y alrededor de medianoche subí al puente. Al franquear el último peldaño de la escalera de toldilla, fui sorprendido por un fuerte ruido parecido a un zumbido, como el que produciría la rotación rápida de las aspas de un molino, y antes de poder adivinar su significado me di cuenta de que el barco Se estremecía en su interior. Inmediatamente después una montaña de espuma se abalanzó sobre nosotros por el lado de babor y, envolviéndonos de popa a proa, barrió toda la cubierta de punta a punta.

La extraordinaria furia de la ráfaga representó, en gran medida, la salvación del barco. Aunque sumergido por completo, como sus mástiles cayeron por la borda, se levantó al cabo de un minuto, pesadamente desde la sima, vaciló unos segundos bajo el tremendo impacto de la tempestad y por último se enderezó.

No podría decir en virtud de qué milagro escapé a la destrucción. Aturdido por el choque del agua me encontré, al recuperar el sentido, embutido entre el codastre y el gobernalle. Con gran dificultad me puse de pie y miré en torno, mareado, y de momento pensé que estábamos en los rompientes de la costa, tan terrible —más allá de la imaginación más desbocada— era el remolino que formaban las encrespadas olas y el océano espumoso dentro del que nos hallábamos sumidos. Al poco rato oí la voz de un viejo sueco, que se había embarcado con nosotros cuando levábamos

anclas. Le llamé con todas mis fuerzas y en seguida vino hacia mí tambaleándose. Pronto pudimos apreciar que éramos los únicos supervivientes del accidente. Todo cuanto había en cubierta, excepto nosotros dos, fue barrido por las olas. El capitán y los tripulantes debieron perecer mientras dormían, ya que las aguas inundaron los camarotes. Sin ayuda, poco podíamos conseguir para la seguridad del navío y nuestros esfuerzos fueron paralizados al principio frente a la creencia momentánea de que nos íbamos a pique. Sin duda el cabo del ancla se rompió como un cordel al primer embate del huracán, de otro modo nos hubiéramos hundido al instante, íbamos con tremenda velocidad antes de que el mar y el agua nos arrastrara. El armazón de popa había sufrido daños irreparables y, bajo todos los aspectos, el barco estaba muy maltrecho. Pero con gran alegría por nuestra parte vimos que las bombas funcionaban y que el lastre apenas se había desplazado. La primera y principal furia de la ráfaga había amainado y ya no era tan grande el peligro procedente de la violencia del viento. Pero nos aterrorizaba la idea de que fuera a cesar de un momento a otro, ya que temíamos que, en nuestras lamentables condiciones, zozobraríamos en el oleaje agitado que le seguiría. Pero este temor, perfectamente explicable, no parecía en modo alguno que fuera a justificarse. Durante cinco días completos con sus noches, durante los cuales nuestra única subsistencia consistió en una pequeña cantidad de melaza de palma que con grandes dificultades nos procuramos en el castillo de proa, el casco del buque corrió a una velocidad que desafiaba todo cálculo, empujado por rápidas y sucesivas ráfagas de viento que, a pesar de no tener la violencia inicial del simún, eran terriblemente más fuertes que cualquier tempestad que jamás hubiera presenciado. Nuestra derrota, durante los primeros cuatro días, fue, con variaciones sin importancia, de Sud-Sudeste y con seguridad que pasamos cerca de la costa de Nueva Holanda. Al quinto día el frío fue tremendo, a pesar de que el viento había girado un punto hacia el Norte. Salió el sol de un color amarillo enfermizo y se elevó unos pocos grados en el horizonte, irradiando una luz indecisa. No había nubes a la vista, pero el viento arreciaba y soplaba con una furia irregular e insegura. Cerca de mediodía, sólo aproximadamente lo podíamos calcular, nuestra atención se dirigió de nuevo a la apariencia del sol. No daba luz, hablando con propiedad, sino un brillo sin reflejos, apagado y tétrico, como, si todos sus rayos estuviesen polarizados. Poco antes de ponerse en el mar hinchado, su fuego central se extinguió de repente, como si un poder inexplicable lo hubiera apagado. Fue un aro pálido, como de plata, lo que quedó de él antes de sumergirse rápidamente en el mar insondable.

Esperamos en vano la llegada del sexto día. Este día no llegó para mí. Y para el sueco nunca llegó. Desde aquel punto y hora quedamos envueltos en una negra oscuridad, que no permitía ver a un objeto a veinte pasos del barco. La noche eterna continuó envolviéndonos, sin contar siquiera con el alivio de la brillantez fosfórica del mar a la que nos habíamos acostumbrado en los trópicos. Observamos también

que, a pesar de que la tempestad seguía con tenaz violencia, ya no podíamos apreciar la apariencia habitual del oleaje, o de la espuma, que hasta entonces nos envolviera. Todo a nuestro alrededor era horror, densa oscuridad y un negro y bochornoso desierto de ébano. El terror supersticioso aumentaba poco a poco en el espíritu del sueco y mi propia alma estaba envuelta en maravillado silencio. Dejamos de cuidar el navío, peor que inútil, y nos amarramos lo mejor que pudimos en el tocón del palo de mesana, mirando con amargura la inmensidad del océano. No contábamos con medios para calcular el tiempo ni podíamos adivinar nuestra situación. Estábamos, sin embargo, totalmente convencidos de haber ido más al Sur que ningún navegante antes que nosotros y experimentamos una gran sorpresa al no encontrarnos con los lógicos obstáculos del hielo. Entretanto, cada segundo amenazaba con ser el último y olas gigantes como montañas se precipitaban para destruirnos. El oleaje rebasaba cualquier posibilidad que yo hubiera imaginado y el que no fuéramos instantáneamente sepultados era un milagro. Mi compañero me hablaba de las condiciones marineras de nuestro barco y aludió a la ligereza del cargamento. No me era de ninguna ayuda pensar en la inutilidad de toda esperanza y me preparaba tristemente a morir, y creía que nada iba a evitar que sucediera al cabo de una hora a lo sumo, ya que, a cada nudo que el navío recorría, el oleaje de aquel mar horrendo y tenebroso se volvía más aterrador. A veces boqueábamos perdido el aliento cuando nos elevábamos más altos que un albatros, otras veces nos mareaba lo vertiginoso de nuestro descenso hacia algún infierno líquido, donde el aire se volvía estancado y ningún sonido turbaba el sueño de los «kraken».

Estábamos en el fondo de uno de esos abismos, cuando un repentino grito de mi compañero se alzó terrible en la noche: «¡Mire!, ¡mire! —exclamaba, gritando a mis oídos—, ¡Dios Todopoderoso!, ¡mire, mire!» Mientras él voceaba, advertí un apagado y tétrico resplandor rojizo corriendo a los lados de la vasta sima en la que descansábamos el cual derramaba un brillo irregular sobre el puente. Dirigiendo mi vista hacia arriba percibí un espectáculo que me heló la sangre. A tremenda altura, directamente encima de nosotros y sobre el mismo borde del tremendo abismo, estaba suspendido un barco enorme de quizá cuatro mil toneladas. Aunque se hallaba en la cresta de una ola cien veces más elevada que su propia altura, su tamaño aparente excedía con mucho al de cualquier barco de línea o de la Compañía de las Indias Orientales. Su enorme casco era de un profundo y deslustrado color negro y no tenía ninguna de las acostumbradas tallas y mascarones de los barcos. Una única hilera de cañones de bronce asomaba por sus portañolas. Las pulidas superficies de los cañones reflejaban la luz de innumerables linternas de combate, que se balanceaban en las jarcias. Pero lo que mayormente nos inspiró horror y estupefacción fue ver que el barco tenía todas las velas desplegadas en las mismas fauces de aquel mar sobrenatural y de aquel huracán indomeñable. Cuando lo vimos por primera vez sólo

percibimos la proa al empezar a surgir del profundo y horrible golfo del que venía. Durante un instante de intenso horror permaneció inmóvil sobre el vertiginoso pináculo, como contemplando su propia sublimidad. Luego tembló y se sacudió antes de precipitarse en el abismo.

Ignoro qué repentina serenidad se apoderó de mi espíritu en aquel momento. Tambaleante retrocedí cuanto pude hacia proa y allí esperé, sin miedo, el desastre que se nos venía encima. Nuestro propio barco estaba escorando cansado de la pelea y hundiéndose de proa. El choque de la masa que se precipitaba le sacudió, en consecuencia, en ese punto de su estructura que ya estaba bajo las aguas y el resultado inevitable fue lanzarme a mí, con violencia irresistible, contra las jarcias de la nave recién aparecida.

Cuando caí, el barco viró y siguió su camino y atribuyo a la confusión reinante el hecho de que la tripulación no se diera cuenta de mi presencia. Sin que se apercibieran de mí me abrí camino, con pocas dificultades, hasta la escotilla principal, que estaba abierta a medias y pronto tuve la oportunidad de esconderme en la cala. Me sería muy difícil explicar por qué lo hice. Un indefinido sentimiento de temor se apoderó de mi mente desde el primer instante que vi a los tripulantes de la nave y con seguridad que eso estuvo en el origen de mi encierro. No era mi deseo confiarme a quienes me habían dado la impresión, en seguida que les di una rápida ojeada, de vaga extrañeza, duda y aprensión. En consecuencia creí que lo mejor sería procurarme un escondrijo en la cala. Me fue fácil lograrlo sacando una pequeña parte de las tablas movedizas, de forma que me agencié un lugar conveniente entre las gruesas cuadernas del barco.

Apenas hube dado fin a mi tarea cuando unas pisadas en la cala me obligaron a usar el escondite. Un hombre pasó cerca de donde me hallaba, caminando con paso inseguro y débil. No pude verle la cara pero sí tuve la oportunidad de observar su apariencia general. Daba la impresión, por otra parte evidente, de que era muy viejo y que estaba enfermo. Sus rodillas temblaban bajo el peso de los años, y su cuerpo se estremecía bajo la carga. Murmuraba para sí en tono bajo y quebrado palabras en un idioma para mí desconocido y se puso a trastear en un rincón donde había amontonados diversos instrumentos de apariencia singular y deterioradas cartas de navegación. Su comportamiento era una extraña mezcla de mal humor de la segunda infancia y la solemne dignidad de un dios. Al fin regresó al puente y ya no volví a verle.

Un sentimiento, para el cual no doy con el nombre, se había apoderado de mi alma, una sensación que no admitía el análisis, para el cual las lecciones de la experiencia no eran válidas y, mucho me temo, que ni siquiera el futuro me dará la clave. Para una mente constituida como la mía, esta última consideración es una

tortura. Nunca podré, tengo la seguridad de ello, encontrar satisfacción respecto a la naturaleza de mis concepciones. Con todo no es sorprendente que esas concepciones sean indefinidas, dado que tienen su origen en fuentes de tan extraordinaria novedad. Un nuevo sentido, una nueva entidad se agrega a mi alma.

Hace ya mucho que subí por vez primera al puente de este navío horrible y creo que los rayos de mi destino se están concentrando en un foco. ¡Gentes incomprensibles! Absortos en una meditación de un tipo que no puedo comprender, se cruzan en mi camino sin prestarme atención. Esconderme sería por mi parte una total locura, ya que esa gente no quiere ver. Precisamente ahora mismo pasé frente al piloto. No hace mucho que me atreví a penetrar en el camarote del capitán, donde cogí los materiales con los que estoy escribiendo ahora y las notas que ya he tomado. De vez en cuando seguiré escribiendo este diario. Claro está que no encontraré la oportunidad de transmitirlo al mundo, pero no voy a dejar de hacer el intento. En el instante postrero encerraré el manuscrito en una botella y lo confiaré al mar.

Ha ocurrido un incidente que me ha dado nuevas oportunidades de pensar. ¿Son tales sucesos el resultado de un azar incontrolado? Había subido al puente donde me eché, sin atraer la atención de nadie, entre un montón de flechastes y viejas velas, en el fondo de un bote. Mientras meditaba acerca de la singularidad de mi destino, empecé sin darme cuenta a pintarrajear con un pincel mojado de brea los bordes de una vela que estaba cuidadosamente plegada encima de un barril cercano. La vela ahora está desplegada en el barco y las irreflexivas pinceladas se extienden formando la palabra «descubrimiento».

Últimamente he hecho varias observaciones acerca de la estructura del barco. A pesar de aparecer bien armado, no creo que sea de guerra. Ni los aparejos, ni la construcción, ni su equipo concuerdan con tal suposición. Puedo darme perfecta cuenta de lo que no es, pero temo que me es imposible decir lo que es. No sé cómo es el barco, pero al escrutar su extraña forma, el tipo singular de sus mástiles, su enorme tamaño, su desmesurado velamen, su proa de severa sencillez y su anticuada popa, ocasionalmente cruza mi recuerdo una sensación de cosas familiares, siempre entremezcladas con sombras indistintas del recuerdo, inexplicable, de viejas crónicas extranjeras y de épocas remotas.

He estado contemplando el maderamen del navío. Está construido con un material desconocido para mí. La madera tiene una textura peculiar que me sorprende y que me da la impresión de que no es la adecuada para el fin a que se la ha destinado. Me refiero a su extraordinaria *porosidad*, prescindiendo de su carcoma que es una consecuencia de la navegación por esos mares y de la podredumbre resultante de su

vejez. Parecerá quizás una observación asaz curiosa, pero la madera tiene todas las características del roble español, en el caso de que el roble español fuera distendido por medios artificiales.

Al leer la frase anterior me viene a la memoria un extraño dicho de un viejo lobo de mar holandés. «Es tan seguro —solía afirmar cuando alguien ponía en duda la veracidad de sus palabras— como que existe un mar en el cual un barco crece de forma idéntica a como lo hace el cuerpo de un marinero».

Hace una hora que tuve la osadía de mezclarme con un grupo de tripulantes. No me prestaron la menor atención y, a pesar de que estaba entre ellos, parecían estar totalmente al margen de mi presencia. Igual que el primero que había visto antes en la cala, todos daban la impresión de ser de edad muy avanzada… Sus rodillas enfermizas entrechocaban, sus hombros estaban cargados por la decrepitud, sus epidermis ajadas se estremecían al viento, su voz era sorda, trémula y rota, el brillo de sus ojos velado por antiguas legañas y sus cabellos canos alborotadísimos por el viento. A su alrededor, por todas partes en el puente, estaban desperdigados instrumentos náuticos de construcción singular y anticuada.

He mencionado ya la colocación de un ala en el trinquete. Desde entonces el buque, librado a la merced del viento, ha proseguido su rumbo terrible hacia el Sur, con todo el trapo recogido, desde el racamento de la verga hasta los botalones, bañando frecuentemente sus mastelerillos de juanete en el más impresionante diluvio que puede llegar a imaginarse la mente humana. Acababa de abandonar la cubierta, donde me fue imposible caminar como deseaba, aunque la tripulación parecía caminar por ella sin grandes inconvenientes. Me parece el mayor de los milagros el que nuestra inmensa mole no se fuera a pique en un abrir y cerrar de ojos. Sin duda estamos condenados a navegar indefinidamente al borde de la eternidad, sin llegar a la zambullida final en el abismo. Con la grácil facilidad de una veloz gaviota, nos deslizábamos por encima de olas mil veces más impresionantes de las que nunca antes viera. Colosales, enderezaban su cabeza sobre nosotros como demonios surgidos del abismo, demonios que al parecer sólo debían amedrentarnos, sin llegar a destruirnos. Me inclino a atribuir esas frecuentes escapadas a la única causa natural que podría ocasionar tal efecto. He de creer que el navío está bajo la influencia de una fuerte corriente o de una fuerza superior que nos arrastra por debajo de la quilla.

He visto al capitán cara a cara y en su propio camarote, pero, como era de suponer, ni siquiera me ha hecho caso. Aunque para un observador casual el aspecto del capitán no es ni superior ni inferior al de otro mortal, he experimentado, sin embargo, un sentimiento reverente y de temor que se mezclaba con la sensación de asombro con que le contemplaba. Es más o menos de mi estatura, es decir, un metro setenta poco más o menos. Es de constitución mediana pero sólida, no muy robusta y

no veo otra condición a señalar. Pero es la singularidad de la expresión de su rostro, la intensa, la maravillosa, la emocionante evidencia de la ancianidad, tan total, tan extrema, la que inspira en mi espíritu un sentimiento inefable. Su frente, a pesar de carecer de arrugas, parece estar marcada por una miríada de años. Sus grises cabellos son recuerdos del pasado y sus ojos grisáceos son sibilas del futuro. Desparramados por el suelo de la cabina había raros infolios con broches de hierro y mohosos instrumentos científicos y mapas obsoletos y olvidados, de tiempos idos. Su cabeza estaba apoyada en sus manos y escudriñaba con inquieta y enfebrecida mirada un documento que tomé por un nombramiento, el cual, en todo caso, tenía la firma de un monarca. Murmuraba para sí, del mismo modo que lo hacía el primer marinero con quien me topé en la cala, palabras malhumoradas y quedas en una lengua extranjera. A pesar de que hablaba cerca de mi hombro, sus palabras parecía que me llegaban desde la distancia de una milla.

El barco y cuanto hay en él está impregnado de *Vetustez*. La tripulación se desliza de aquí para allá como los fantasmas de los siglos idos, sus ojos lucen una expresión inquieta y anhelante, y cuando sus dedos tantean a través de mi camino en el raro resplandor de las farolas, experimento lo que jamás noté anteriormente, a pesar de que durante toda mi vida he comerciado con antigüedades y me he empapado de las sombras de las columnas caídas de Balbek, Tadmor y Persépolis hasta que mi alma se ha convertido en una ruina.

Cuando miro a mi alrededor me siento avergonzado de mis aprensiones de antes. Si temblaba ante las ráfagas que hasta ahora nos han acompañado, ¿no debería horrorizarme ante esta pelea del viento y del océano, para dar una idea de la cual los términos tornado y simún son triviales y carecen de sentido? Todo en la inmediata proximidad del navío es la oscuridad de una noche eterna y un caos de agua espumosa, pero a cosa de una legua, a un lado y otro, se pueden percibir claramente y a intervalos, fantásticas murallas de hielo, elevándose hasta los cielos desolados, y que semejan las murallas del universo.

Como ya suponía, resulta que el barco está dentro de una corriente. Si así puede nombrarse con propiedad un flujo que ululante y rugiente llega del blanco hielo y atruena y se precipita hacia el Sur con una velocidad parecida a la caída de una catarata.

Creo que sería del todo imposible hacerse una idea cabal de mi situación. Sin embargo, predomina incluso sobre mi desesperación la curiosidad de averiguar los misterios de esas regiones espantosas, que lograría reconciliarme con el más odioso aspecto de la muerte. Es evidente que nos dirigimos velozmente hacia algún descubrimiento excitante, algún secreto que nunca deberemos compartir con nadie y cuyo conocimiento representa morir. Sin duda esta corriente nos lleva directamente al polo Sur. Forzoso es confesar que esa suposición, en apariencia tan disparatada, tiene todas las probabilidades a su favor.

La tripulación recorre la cubierta con pasos trémulos e inquietos. Pero en su expresión, en su continente hay más anhelo de esperanza que apatía de desespero.

Mientras tanto el viento sigue aún a popa y dado que navegamos a velas desplegadas, el barco a veces parece volar sobre el mar. ¡Horror de los horrores!

Las grandes masas de hielo nos abren paso apartándose a derecha e izquierda y empezamos a girar vertiginosamente en inmensos círculos concéntricos, dando vueltas y más vueltas, bordeando un inmenso anfiteatro, la cima de cuyas paredes se pierden en la oscuridad y en la altura. Pero ya me queda muy poco tiempo para meditar sobre mi destino. Los círculos se van estrechando rápidamente y nos estamos zambullendo enloquecedoramente en las fauces de la vorágine, entre rugidos, bramidos y el retumbar del océano y de la tempestad. ¡Todo el navío tiembla! ¡Dios mío… se hunde!…

* * *

Nota. — El *Manuscrito hallado en una botella* fue publicado originalmente en 1831 y hasta varios años después no conocí los mapas de Mercator, en los cuales el océano está representado como corriendo velozmente, a través de cuatro fauces y precipitándose en el golfo Polar (nórdico), para ser absorbido por las entrañas de la Tierra; el propio Polo aparece representado como un negro peñasco, elevándose a una altura prodigiosa.

LA SINGULAR AVENTURA DE UN TAL HANS PFAALL

Con un corazón rebosante de furiosas fantasías
De las cuales soy el capitán,
Con una ardiente lanza y *un caballo de aire*
Me dirijo al desierto.

(*Canción de Tom O'Bedlam*)

Según noticias procedentes de Rotterdam, esta ciudad parece vivir en extraordinaria excitación filosófica. La verdad es que han ocurrido allí fenómenos de naturaleza tan insólita, tan enteramente nuevos y opuestos a opiniones preconcebidas, que, a mi modo de ver, no dejan lugar a dudas de que, a estas alturas, toda Europa debe estar alborotada, conmocionada toda la física y salidas de madre toda razón y astronomía.

Parece ser que el día… (no estoy seguro de la fecha exacta) una multitud, llevada de un propósito que no se especifica con claridad, se reunió en la gran plaza de la Bolsa de la muy acondicionada ciudad de Rotterdam. La jornada era calurosa —lo cual no es frecuente en esa época del año— y la brisa era apenas perceptible. A la muchedumbre no le malhumoraba ser rociada por amistosos chubascos de momentánea duración procedentes de grandes nubes blancas distribuidas por la bóveda azul del firmamento. Sin embargo, a eso del mediodía una ligera pero evidente agitación se apoderó de todos los presentes; diez mil lenguas comenzaron a badajear, e instantes después diez mil caras se volvieron a lo alto, diez mil pipas cayeron de las comisuras de otras tantas bocas y un grito, sólo comparable al rugir del Niágara, resonó largo, estentórea y furiosamente, por la ciudad entera y los alrededores de Rotterdam.

La causa del alboroto no tardó en descubrirse. Por detrás de la enorme masa de uno de esos nubarrones de recortado perfil, a los cuales ya me he referido, se vio surgir despaciosa, en un claro abierto en, el espacio azul, una sustancia extraña, heterogénea, aunque de apariencia sólida, de forma tan singular y fantástica a la vez que resultaba por completo incomprensible, y no debidamente admirada por la multitud de vigorosos ciudadanos que abajo seguían boquiabiertos. ¿Qué podría ser? Por todos los demonios de Rotterdam, ¿cabía considerarlo un presagio? Nadie lo sabía, nadie podía imaginarlo. Nadie, ni siquiera el burgomaestre Mynheer Superbus Von Underduk, facilitó la más pequeña clave que permitiera desentrañar el misterio. Así las cosas, puesto que nada más razonable se podía hacer, cada hombre volvió a colocarse cuidadosamente la pipa en la comisura de la boca, y, fijos los ojos en el

fenómeno, fumaron, descansaron, anadearon de un lado para otro, gruñeron significativamente… volvieron a sus anadeos, gruñidos, descansos y finalmente… fumaron de nuevo.

Mientras, el objeto de tanta curiosidad y tanto humo comenzó a descender más y más sobre aquella importante ciudad. Pocos minutos más tarde estaba tan cerca que se le podía distinguir con claridad. Resultó ser, sí, no había duda, una especie de globo, aunque huelga decir que un globo como aquél nunca se había visto antes en Rotterdam. Porque, pregunto yo, ¿quién había oído hablar alguna vez de un globo construido enteramente de mugriento papel de periódico? En Holanda nadie, por cierto. Y, sin embargo, todos los presentes tenían ante sus mismísimas narices, o, mejor dicho, encima de ellas, el objeto en cuestión, confeccionado (me consta gracias a testimonios dignos de crédito) con el material indicado, el cual, como todo el mundo sabe, no es el más adecuado para semejante propósito. Esto constituía un atroz insulto para el sentido común de los ciudadanos de Rotterdam. Consideraron, además, que la forma presentada por el fenómeno era, si cabe, aún más reprensible. Era ni más ni menos que un inmenso gorro de bufón vuelto del revés. Tal similitud no quedó por cierto suavizada cuando, tras una inspección más atenta, la muchedumbre advirtió que del ápice colgaba una borla. En torno al borde superior o base del cono, se formaba un círculo de pequeños instrumentos parecidos a cascabeles que, entre todos, interpretaban sin cesar la canción de *Betty Martin*.

Pero aún había algo peor. Sujeto por medio de cintas azules atadas al extremo de aquel fantástico armatoste, colgaba, a modo de barquilla, un gigantesco sombrero de piel de castor con alas anchísimas, copa hemisférica, ancha cinta negra y hebilla de plata. Por curioso que pueda parecer, muchos ciudadanos de Rotterdam juraron que no veían dicho sombrero por primera vez. Es más: la mayoría lo contempló como si se tratase de algo familiar y la *vrow* Gretten Pfaall, cuando lo vio, lanzó una exclamación de gozosa sorpresa, declarando que era idéntico al que usara en otros tiempos el bueno de su marido.

A este respecto conviene advertir que cinco años antes Pfaall, junto con otros tres compañeros suyos, desaparecieron de Rotterdam de manera imprevista e inexplicable, y hasta el momento de escribir esta narración fracasaron todos los intentos de obtener datos sobre su paradero. Bien es verdad que unos cuantos huesos que se creían humanos se encontraron en un montón de basura, en un descampado que se halla hacia el este de la ciudad. Algunos hasta llegaron a imaginar que en aquel lugar se había cometido un horrible asesinato cuyas víctimas habían sido probablemente Hans Pfaall y sus amigos. Pero continuemos.

El globo (pues eso era a todas luces) había ido descendiendo, y se encontraba ya a no más de treinta metros del suelo, lo cual permitía a la multitud, apiñada debajo, tener una visión suficientemente clara de su tripulante. Se trataba de alguien

verdaderamente singular. No medía más de unos sesenta centímetros de altura, lo cual no le deparaba especial equilibrio, pues se tambaleaba dentro de la canasta que colgaba del globo, hasta el punto que hubiese caído al suelo de no contar aquélla con una baranda circular que le llegaba al pecho, de la cual salían unas cuerdas que unían la plataforma al globo. El cuerpo del hombrecillo era desproporcionadamente ancho, de modo que todo él resultaba muy redondo y absurdo. Sus pies, naturalmente, quedaban ocultos. Enormes resultaban sus manos. Llevaba el cabello casi blanco peinado hacia atrás y unido en una *queue* a la altura de la nuca. Tenía una nariz desmesurada, torcida y muy roja; ojos grandes, brillantes e inteligentes; barbilla y mofletes, aunque arrugados por los años, carnosos y colgantes. En cuanto a orejas, nada. En caso de que contara con ellas, no presentaba trazas visibles.

El extraño hombrecillo vestía un gabán suelto, de raso celeste, y ceñidos calzones de montar del mismo color que se ajustaban a la altura de las rodillas con broches de plata. Su chaqueta era de una extraña tela amarilla y refulgente. Se tocaba con un sombrero de tafetán blanco airosamente ladeado. Completaba su atuendo un largo pañuelo de seda carmesí que, tras darle vueltas en torno al cuello, se separaba de éste para caer delicadamente sobre su pecho, donde formaba un fantástico lazo de enormes proporciones.

Cuando se encontraba, como he dicho, a unos cien pies del suelo, el pequeño y anciano caballero pareció sentirse víctima de agudos temblores. No se diría que le agradaba en absoluto la perspectiva de llegar a la *terra firma*. En consecuencia comenzó a arrojar arena que llevaba en un saco de tela, tras levantarlo con grandes esfuerzos. Efectuada la maniobra, el artefacto quedó un rato suspendido en el aire, durante el cual su pasajero se puso a buscar y rebuscar entre sus ropas hasta dar con una voluminosa cartera de piel. La sopesó un poco con gesto inseguro, mientras la contemplaba con clara sorpresa, como admirado por su peso. Por fin la abrió para extraer de ella un sobre muy y grande, lacrado y atado cuidadosamente con una cinta roja, que dejó caer a los pies del burgomaestre Superbus von Underduk. Su Excelencia se inclinó para recogerlo, mientras el aeronauta, sin abdicar por un momento de su inquietud, se dispuso a largarse cuanto antes, como si ya nada quedara en Rotterdam que le retuviera. Tal era su premura que, al descargar el lastre para aligerar el peso de la nave, no se dio el trabajo de vaciar el contenido de los sacos, sino que los echó llenos, uno tras otro, de tal suerte que —media docena en total— fueron a dar sobre las espaldas del infortunado dignatario, quien no menos de seis veces rodó por el suelo, ante los ojos de todos los ciudadanos de Rotterdam. No debe suponerse, no obstante, que el gran Underduk dejó pasar impunemente tal impertinencia del hombrecillo. Se asegura que durante su media docena de revolcones, lanzó no menos de otras tantas claras y furiosas bocanadas de su pipa, que no dejó de morder con todas sus fuerzas mientras duró el episodio. Por otra parte

se afirma que, Dios mediante, no está dispuesto a desprenderse de ella antes de que le llegue la muerte.

Entretanto, el globo ganaba altura. Como la alondra, se elevó sobre la ciudad, hasta desaparecer serenamente detrás de una nube muy parecida a aquella tras la cual surgiera poco antes. Así, los buenos ciudadanos de Rotterdam vieron con ojos maravillados la desaparición definitiva del visitante. La atención de todos se centró pues en la carta cuya caída y consecuencias tan fatalmente subversivas resultaran para la persona y la dignidad de Su Excelencia Von Underduk. En honor de éste cabe manifestar que en el curso de sus movimientos circunvalatorios no descuidó ni por un instante la capital misión de preservar la epístola, que no hubiese podido caer en más adecuadas manos, puesto que iba dirigida a él mismo y al profesor Rubadub, que ostentaban oficialmente los cargos de presidente y vicepresidente en la Escuela de Astronomía de Rotterdam. Ambos dignatarios decidieron abrir el sobre en el acto, y se encontraron con la siguiente extraordinaria y, ni que decir tiene, seria comunicación:

«A Sus Excelencias Von Underduk y Rubadub, presidente y vicepresidente de la Escuela de Astrónomos, ciudad de Rotterdam.

»Sus Excelencias acaso recuerden a un humilde artesano llamado Hans Pfaall, de profesión remendón de fuelles, quien, en compañía de otros tres hombres, desapareció de la ciudad de Rotterdam hace aproximadamente cinco años en circunstancias que muchos considerarían inexplicable. Con la venia de Sus Excelencias, yo, redactor del presente mensaje, vengo a declarar que soy precisamente el citado Hans Pfaall.

»Es bien sabido por la mayoría de mis conciudadanos, que durante cuarenta años ocupé la pequeña edificación cuadrada, de ladrillos, que se halla al iniciarse la senda llamada de Sauerkraut. La misma constituía mi residencia habitual hasta el momento de mi desaparición. Mis antepasados, desde tiempos inmemoriales, ya la habían habitado, y he de recordar que ellos antes que yo habían ejercido escrupulosamente la respetable y lucrativa profesión de remendón de fuelles. A decir verdad, hasta hace pocos años, es decir, hasta que las cabezas de las gentes se trastornaran con la política, pocos oficios mejores y más lucrativos podía desempeñar un honesto ciudadano de Rotterdam: gozábamos de créditos liberales, nunca nos faltaba trabajo y no carecíamos de dinero y buena voluntad. Pero, como he dicho, pronto comenzamos a padecer los efectos de la libertad, los largos discursos, el radicalismo y todo eso. Personas que fueron hasta poco antes los más serios clientes de mi tienda no encontraban un momento para pensar en nosotros. Empleaban todo su tiempo en lecturas sobre todo lo referente a revoluciones y adecuar el paso a los progresos de la

inteligencia y del espíritu de la época. Si el fuego del hogar necesitaba aire, salían del paso abanicándolo con el periódico y, en tanto el gobierno se debilitaba, se habría dicho que el cuero y el hierro lograban durabilidad, porque en poco tiempo no hubo fuelle en Rotterdam que necesitara una sola puntada ni el más insignificante toque de martillo. La situación no podía durar. En poco tiempo me vi más pobre que las ratas y, con mujer e hijos que alimentar, mi penuria no tardó en hacerse insoportable. Me puse a considerar cada vez con mayor frecuencia el modo más adecuado de poner fin a mis días. Los acreedores no me dejaban tiempo para la contemplación. Mi casa fue literalmente asediada de la mañana a la noche. Tres individuos, en particular, no dejaban de custodiar mi casa, para amenazarme con poner en marcha la ley en cuanto me veían asomar la nariz por la puerta. Juré que me vengaría de ellos en cuanto pudiera tenerles a mi merced. Creo que tal idea fue la que apartó de mi mente la tentación del suicidio, que pensaba en principio llevar a cabo utilizando un mosquete con el que me volaría la tapa de los sesos. Tras pensarlo mejor resolví disimular mi ira, con promesas y palabras corteses en espera de que llegase el momento en que, por un giro favorable de la suerte, pudiese llevar a cabo mi venganza.

»Un día en que conseguí burlarles, aunque con ello no me sintiese menos abatido, me puse a dar vueltas al azar por las más recónditas callejas. De pronto me encontré ante los escaparates de un librero. Entré en su tienda y, al ver una silla que por allí había destinada a la clientela, me dejé caer sobre ella pues estaba rendido. A poco y sin saber por qué, eché mano al primer libro que vi en un anaquel cercano y me puse a hojearlo. Resultó ser un opúsculo sobre astronomía especulativa, escrito no sé bien si por el profesor Encke, de Berlín, o por un francés de nombre parecido. Contenía sumarias informaciones sobre la especialidad, expuestas de manera tan interesante que a poco me cautivó su contenido hasta abstraerme por completo. Lo leí dos veces de cabo a rabo antes de volver a cobrar conciencia de lo que sucedía a mi alrededor. Anochecía, de modo que resolví volver a casa. Pero el folleto (que asociaba ahora en mi mente a un descubrimiento sobre neumática que me comunicara en gran secreto un primo mío que vive en Nantes) había dejado en mí una impresión indeleble. Mientras deambulaba por las calles sombrías, daba vueltas y revueltas a los audaces y a veces ininteligibles razonamientos del autor. Ciertos pasajes, sobre lodo, afectaron grandemente mi imaginación y, cuanto más meditaba sobre ellos, más intenso se tornaba el interés que el librito despertara en mí.

»Era yo hombre de muy limitada cultura general y desconocía, desde luego, todo cuanto guarda relación con la filosofía natural; pero, lejos de que tales deficiencias me llevasen a desconfiar de interpretaciones apresuradas, estimulaban aún más mi encendida imaginación. Hasta fui lo bastante engreído (o, por el contrario, sensato) como para preguntarme si aquellas vagas ideas, surgidas de mentes desordenadas y apenas susceptibles de presentar meras apariencias a mi mal preparada mente, no

contendrían a menudo toda la fuerza, la realidad y todas las propiedades inherentes al instinto o la intuición.

»Era ya tarde cuando volví a mi hogar, e inmediatamente me acosté. Sin embargo, mi mente estaba demasiado excitada, no podía dormir y pasé la noche entera sumido en honda meditación. Al día siguiente me levanté muy temprano, volví a la librería y me gasté el poco dinero que me restaba, a cambio de varios volúmenes sobre mecánica y astronomía práctica. Ya felizmente en casa de ellos, dediqué desde entonces la mayor parte de mi tiempo libre a estudiarlos, hasta que me vi dueño de un saber suficiente como para llevar a la práctica un proyecto inspirado no sé si por el diablo o por mi ángel tutelar. Al mismo tiempo me esforcé por llegar a acuerdos con los tres acreedores que mayores quebraderos de cabeza me depararan hasta entonces. Terminé por lograr mi propósito, aunque viéndome obligado a vender buena parte de mis muebles con el fin de satisfacer la mitad de lo que les adeudaba. En cuanto al resto, les aseguré, se lo entregaría en cuanto pudiese poner en marcha una idea que tenía en perspectiva. Para llevarla a efecto, agregué, necesitaba el apoyo de ellos. No me vi en grandes dificultades para ganarlos a mi causa porque eran hombres ignorantes.

»Así las cosas me esforcé, auxiliado por mi mujer y actuando con el mayor secreto y cautela, por convertir en dinero cuantos bienes poseía y solicité empréstitos que (me avergüenza confesarlo) no estaba en condiciones de reembolsar. Así pude reunir una suma considerable, que empecé por gastar en la compra de cierta muselina francesa muy fina, en piezas de once metros. También adquirí bramante, barniz de caucho y demás. Por fin mandé tejer expresamente una cesta de mimbre amplia y profunda con lo que completé todo lo necesario para armar y equipar un globo de extraordinarias dimensiones. Di instrucciones a mi mujer para que lo confeccionará lo antes posible y le expliqué cómo quería que lo hiciese. Tejí el bramante hasta formar una red del tamaño requerido, dotándola de amarras y de cuerdas. Compré acto seguido una serie de instrumentos de precisión y materiales útiles para experimentar en las regiones más altas de la atmósfera.

»Esperé finalmente la ocasión favorable para transportar por la noche a cierta retirada zona del este de Rotterdam cinco barriles forrados de hierro con capacidad de unos doscientos litros cada uno y otro aún mayor. También llevé seis tubos de estaño, que medían siete centímetros y medio de diámetro y tres metros de largo, a más de cierta cantidad de *una determinada sustancia metálica, o semimetal,* cuyo nombre no revelaré. Por último trasladé al lugar una docena de botellones conteniendo *un ácido de uso muy frecuente*. El gas que resulta de poner en contacto estos dos elementos no había sido obtenido jamás con anterioridad a mis trabajos y, de serlo, nunca se aplicó a propósitos parecidos a los míos. Me limitaré a insinuar que se trata de *un componente del azoe,* casi generalmente considerado irreductible, y «pie su densidad

es 37,4 veces *menor que la del hidrógeno*. Se trata de una sustancia que carece de sabor, aunque no de olor. En estado puro arde con llama verdosa y resulta instantáneamente letal para los seres vivos. Por mi parte no tendría inconveniente en revelar este secreto; pero pertenece (como ya he sugerido) a un ciudadano de Nantes, Francia, quien me lo comunicó con la mayor reserva. El mismo individuo, desconociendo por completo mis intenciones, me comunicó un medio de confeccionar globos a partir de las membranas de cierto animal, a través de las cuales cualquier escape de gas resulta prácticamente imposible. Estudié el proyecto, pero decidí no adoptarlo porque el coste era demasiado elevado. Por otra parte consideré que si la muselina francesa especial se recubría de barniz de caucho, podría rendir resultados parecidos a un precio muy inferior. Hago mención de tal circunstancia debido a que me creo en el deber de efectuar de antemano una declaración en su favor, pues estimo probable que más tarde el personaje en cuestión intente un ascenso en globo sirviéndose del nuevo gas y el material al que he aludido. En tal caso no desearía arrebatarle el honor que sobre él pudiese recaer en mérito a su singular invento.

»En los lugares donde, según mis planes, habrían de colocarse los barriles más pequeños durante la tarea de inflar el globo, practiqué en secreto pequeños agujeros. El conjunto de éstos formó así un círculo de siete metros y medio de diámetro. En medio de él había proyectado colocar el barril mayor, de modo que cavé un hoyo más hondo. En cada uno de los cinco agujeros pequeños coloqué un bote con capacidad para contener unos veintidós kilos de pólvora de cañón y en el mayor, un barrilito en el que cabían sesenta y siete kilos. Luego comuniqué los botes con el barrilito por medio de un reguero de pólvora disimulado y en uno de aquéllos introduje una mecha que sobresalía algo más de un metro. Cubrí entonces el hoyo mayor, colocando sobre él el barril grande. El otro extremo de la mecha asomaba apenas veinticinco milímetros y no era fácilmente perceptible porque quedaba casi cubierto por el barril. Acto seguido rellené los orificios restantes, colocando sobre ellos los correspondientes recipientes.

»Aparte de los materiales que he enumerado, llevé secretamente al *dépôt* una versión mejorada del aparato de condensación del aire atmosférico debido al señor Grimm. Sin embargo, no tardé en advertir que el artefacto requería considerables transformaciones si había de servir al propósito concreto al cual lo destinaba. Puse pues manos a la obra y puedo decir que, con gran esfuerzo y perseverancia, conseguí finalmente dejarlo todo a punto. El globo quedaba en condiciones de ser usado. Contendría en definitiva más de doce mil metros cúbicos de gas, suficientes, según mis cálculos, para elevarme por los aires junto con mis aparatos y también, siempre que supiese ingeniármelas, con ochenta kilos de lastre. Le di tres capas de barniz, y pude comprobar que la muselina tenía las cualidades de la seda en cuanto a

resistencia, y que su costo resultaba mucho más reducido.

»Cuando todo quedó dispuesto, exigí a mi mujer que me jurase guardar el mayor secreto sobre cada una de mis acciones, a partir de mi primera visita a la librería. A cambio, le prometí estar de regreso en cuanto las circunstancias lo permitiesen. Puse en sus manos todo el dinero que me sobró y me despedí de ella sin albergar a su respecto la menor inquietud. Era lo que la gente llama una mujer notable, capaz de hacer frente, sin mi ayuda, a cualquier problema. A decir verdad, creo que siempre me ha considerado un pobre diablo, uno del montón sólo capaz de edificar castillos en el aire, y creo que se sintió mejor al verse libre de mí.

»Era una noche muy oscura cuando nos despedimos. Al dejar mi casa por última vez, llevé conmigo en calidad de *aides de camp* a los tres acreedores que tantos quebraderos de cabeza me causaron. Entre todos acarreamos la barquilla, el globo y los aparejos, llevándolos por senderos apartados hacia el lugar donde se encontraba el resto del equipo. Nadie había tocado nada, y de inmediato comencé los preparativos.

»Estábamos a primero de abril. Como ya he dicho, la noche era muy oscura. No se alcanzaba a ver una sola estrella y de vez en cuando caía una fina llovizna que nos molestaba mucho, pero el globo era el motivo de mi ansiedad. A pesar de las capas de barniz que lo cubrían, se hacía cada vez más pesado a causa de la humedad. También la pólvora estaba expuesta a sufrir daños. Insté pues a mis tres acreedores a que trabajaran con diligencia. Debían machacar hielo en torno al barril central y agitar el ácido en los otros. No dejaban, sin embargo, de importunarme preguntándole qué pensaba hacer con semejante aparato, y quejándose por el trabajo agotador que les obligaba a hacer. Según decían, eran incapaces de concebir qué se conseguía calándose hasta los huesos a cambio de participar en aquella horrible ceremonia ritual. Por mi parte, comencé a sentir tremenda inquietud, y seguí trabajando con todas mis energías, porque estaba seguro de que aquellos imbéciles pensaban que había hecho un pacto con el demonio y lo que yo hacía nada tenía de bueno. Temía asimismo que me abandonaran. Sin embargo, pude evitarlo prometiéndoles que les pagaría hasta el último céntimo lo adeudado si lograba llevar a buen término mis proyectos. Como es natural, interpretaban a su modo mis palabras, imaginando sin duda que no iba a tardar en verme dueño de grandes sumas de dinero y con tal de que les pagase las sumas adeudadas y algo más como pago por sus servicios, no creo que se inquietasen por lo que pudiera suceder a mi alma o a mis huesos.

»Después de cuatro horas y media de trabajo consideré que el globo estaba ya suficientemente inflado. Le incorporé la barquilla instalados en el interior mis aparatos: telescopio, barómetro con importantes modificaciones; termómetro, electrómetro, compás, brújula, reloj con segundero, campana, megáfono, etcétera. También incorporé a mi aparejo un globo de cristal, en el que había hecho el vacío, cuidadosamente cerrado con su tapón, sin olvidar el condensador, cal viva, una barra

de lacre, abundante agua de reserva y gran cantidad de comestibles de los que, como el *pemmican*, contienen alto valor nutritivo y ocupan escaso espacio. También metí en la barquilla un par de palomas y una gata.

»La noche ya casi había transcurrido, y consideré que había llegado el momento de iniciar mi viaje. Como por descuido dejé caer al suelo el cigarro que estaba fumando y, al agacharme para recogerlo, disimuladamente prendí fuego a la mecha la cual, como va he dicho antes, asomaba por debajo de uno de los barriles. Ninguno de mis tres acreedores advirtió la maniobra, salté a la barquilla, corté la única cuerda que me retenía a tierra y sentí el gozo de ver que el globo se elevaba con pasmosa rapidez, llevando sin esfuerzo los ochenta kilos de lastre y hubiese podido llevar mucho más. En aquel momento mi barómetro marcaba setecientos sesenta y dos milímetros, y el termómetro, diecinueve grados centígrados.

»Pero, apenas alcanzados los cuarenta y cinco metros de altura, llegó a mis oídos un estruendo, seguido de un verdadero huracán de fuego, pedruscos y maderas encendidas, metal al rojo vivo y miembros humanos destrozados, lo que me llenó de espanto y me hizo caer en el fondo de la barquilla, temblando de terror. Comprendí haber subestimado de veras algunos aspectos de mi proyecto y que las peores consecuencias del mismo aún estaban lejos de agotarse. Un segundo después, toda mi sangre pareció agolpárseme en las sienes y en ese instante un gran estrépito que no olvidaré jamás estalló en la noche y fue como si la bóveda del cielo se hendiese por la mitad. Más tarde, con tiempo y paz para reflexionar, deduje que, por lo que a mí respecta, la explosión había sido extremadamente violenta porque precisamente me hallaba sobre el lugar donde se produjo, es decir, en la línea de su mayor potencia. Pero en ese momento sólo pensé en salvar la vida. El globo acusó la conmoción y en seguida se dilató furiosamente y comenzó a girar con velocidad vertiginosa. Por último, moviéndose con la incertidumbre y las vacilaciones de un ebrio, me lanzó por encima de la barquilla y quedé colgando a tremenda altura, cabeza abajo y el rostro hacia fuera, apenas sujeto por una débil cuerda de un metro de largo, que por azar colgaba de una grieta cerca del piso de la barquilla de mimbre, en la cual, cuando ya me precipitaba en el vacío, se enredó providencialmente mi pie izquierdo.

»Es imposible, completamente imposible, hacerse una idea del horror de mi situación. Jadeé tratando de respirar, estremecimientos convulsivos, comparables a los que produce la fiebre, agitaban en mi cuerpo cada nervio y cada músculo, y parecía como si los ojos se me fuesen a escapar de sus órbitas. Sentí unas espantosas náuseas y finalmente perdí el conocimiento.

»Cuánto tiempo permanecí en tal estado es algo que no acertaría a establecer. Sin embargo, no debió de ser poco porque al recobrar, aunque parcialmente, el sentido de la existencia, amanecía ya y el globo se encontraba a prodigiosa altura sobre la inmensidad del mar, y no se divisaba la menor porción de tierra en el vasto horizonte.

No obstante, mis sensaciones no eran tan aterradoras como algunos podrían suponer. Ciertamente, había mucho de demencial en la frialdad con que examiné la situación. Me llevé ambas manos a la altura de los ojos, una primero y luego la otra, considerando por qué razón mis venas estaban tan hinchadas y mis uñas tan espantosamente oscuras. Presté luego cuidadosa atención a mi cabeza, sacudiéndola varias veces hasta convencerme de que no se encontraba, como temiera en un principió, tan hinchada como el globo. Después hundí las manos en los familiares bolsillos de mis pantalones, advirtiendo que no se encontraban allí ciertas tabletas ni la cajita con mondadientes que solía llevar. No sabiendo a qué atribuir las desapariciones, pese a lo mucho que me esforcé, me sentí inexplicablemente preocupado. Me pareció entonces que algo debía estar hiriéndome el talón izquierdo, y en ese momento una débil comprensión de los hechos comenzó a abrirse paso en mi cabeza. Pero, por extraño que parezca, no sentí asombro ni me horroricé. Si algo cruzó por mi mente fue una cómica satisfacción ante la habilidad que me sería menester desplegar para salir airoso del trance. Ni por un momento se me ocurrió pensar que mi seguridad estaba en grave peligro.

»Por espacio de unos minutos permanecí sumido en la más profunda meditación. Recuerdo muy bien que con frecuencia apretaba los labios, llevándome el pulgar a un lado de la nariz y efectuando los gestos y muecas propios del hombre que, cómodamente apoltronado, reflexiona sobre asuntos intrincados o importantes. Una vez que consideré haber puesto suficientemente en orden mis ideas, me llevé con cautela y deliberación las manos a la espalda para desprender la gran hebilla de acero del cinturón que sujetaba mis pantalones. La hebilla tenía tres dientes los cuales, por estar algo oxidados, giraban dificultosamente en su eje. Tras no pocos esfuerzos conseguí, sin embargo, situarlos en ángulo recto con respecto al resto y constaté con agrado que quedaban firmes en tal posición. Sosteniendo la hebilla entre los dientes, me dispuse a deshacer el nudo de mi corbata. Me fue preciso descansar varias veces antes de llevar mi intento a feliz término, aunque conseguí lo que me proponía. Afirmé luego la hebilla a uno de los extremos de la corbata, y para mayor seguridad, me até firmemente el otro en torno a la muñeca. Dirigiendo entonces el cuerpo hacia arriba en un prodigioso despliegue de fuerza muscular, logré al primer intento lanzar la hebilla por encima de la baranda de la barquilla y fijarla, como lo tenía previsto, en el borde circular del cesto de mimbre.

»Mi cuerpo se hallaba en esos momentos inclinado hacia el lado de la barquilla, formando con él un ángulo de unos cuarenta y cinco grados, pero no ha de creerse que, en consecuencia, me encontraba tan sólo a cuarenta y cinco grados de la línea de aplomo. Lejos de ello, permanecía en posición casi paralela al plano del horizonte, puesto que el cambio de situación que acababa de llevar a efecto había forzado la inclinación de la barquilla, alejándola de mí, con lo cual mi situación se hacía mucho

más peligrosa. El lector ha de considerar sin embargo que, cuando me vi arrojado fuera de la cesta, si hubiese caído con el rostro vuelto hacia el globo y no hacia fuera, que fue lo que sucedió —o si, por otra parte, la cuerda de la que estaba suspendido hubiese asomado accidentalmente por encima del borde superior de la barquilla y no de una grieta cerca del fondo— no habría podido alcanzar lo que acababa de conseguir y la posteridad se hubiera visto privada para siempre de las revelaciones que ahora hago. Tenía, por tanto, sólidas razones para sentirme agradecido aunque, a decir verdad, estaba aún demasiado atontado para sentir lo que fuera. Seguí, pues, colgado de tan extraordinaria manera por espacio de un cuarto de hora más, tal vez, sin esbozar siquiera un movimiento, mientras mi mente seguía en un estado muy extraño, de gozo torpe. Pero esta sensación no tardó en desvanecerse, dando paso al horror, la congoja y una especie de desamparo y de desastre. En realidad la sangre acumulada durante tanto tiempo en los vasos del cerebro y la garganta, que hasta entonces me levantara delirantemente el ánimo, comenzaba ahora a retirarse a sus cauces naturales. La claridad que vino a sumarse a mi percepción del peligro sólo sirvió, sin embargo, para privarme del dominio de mí mismo y del valor para afrontarlo. Por fortuna esta debilidad no duró mucho. A tiempo vino en mi auxilio la desesperación. Lanzando gritos frenéticos y esforzándome en sacudir mi cuerpo hacia arriba, conseguí asirme ron mano férrea al tan anhelado borde de la barquilla. Retorciéndome pude deslizarme por encima de él y al fin caí de bruces dentro de la cesta, presa de intensos escalofríos.

»Hasta un poco más tarde no pude recuperarme lo bastante para prestar atención al globo. Tras examinarlo con detención lo encontré intacto, circunstancia que me proporcionó intenso alivio. Todo mi instrumental estaba a salvo y no había perdido provisiones ni lastre. Tanto empeño había puesto en asegurar ambas cosas que, a decir verdad, no era posible que algo malo les sucediese. Mi reloj marcaba las seis. El ascenso continuaba a ritmo vivo: el barómetro señalaba una altitud real de seis mil metros. Exactamente debajo de mí, en medio del océano, se veía un pequeño objeto negro, más bien oblongo, que se asemejaba, por su tamaño y varios caracteres más, a una pieza de dominó. Dirigiendo a él mi telescopio, vi con toda claridad que se trataba de un barco de guerra inglés dotado de noventa y cuatro cañones, cabeceando vigorosamente con la proa puesta al Oeste-Sudoeste. Cerca de él no se veía nada, fuera del océano, el cielo y el sol, que se encontraba ya alto.

»Pero ya va siendo tiempo de que explique a Sus Excelencias el objeto de mi viaje. Recordarán Sus Excelencias las malhadadas circunstancias que me empujaron en Rotterdam a tomar la resolución de poner fin a mis días. No era que me disgustase la vida por sí misma, sino a causa de las miserias resultantes de mi situación. En tal estado de ánimo, deseoso de vivir aunque cansado de la vida, el folleto que hallé en casa del librero, unido al oportuno descubrimiento de mi primo de Nantes, abrieron

nuevos horizontes a mi imaginación. Por último me decidí. Resolví marcharme y seguir con vida; dejar el mundo pero continuar existiendo. En resumidas cuentas, y para hacer a un lado los enigmas, me propuse llegar a *la luna*, sucediera lo que sucediese. Ahora, aun a riesgo de que se me tome por más loco de lo que realmente soy, detallaré de la mejor manera que pueda los argumentos que me llevaron a creer que un logro tal, aunque sin duda dificultoso y lleno de peligros, no se hallaba más allá de lo posible para un espíritu audaz.

»La separación real entre la luna y la tierra era lo primero que debía ser considerado. Ahora bien, la distancia media entre los *centros* de los dos planetas equivale a 59,9643 veces al *radii* ecuatorial de la tierra, es decir, unos trescientos ochenta y dos mil kilómetros. Me refiero al trecho promedial; pero es menester tener presente que la órbita de la luna es la de una elipse cuya excentricidad suma no menos del 0,05484 del semieje mayor de la propia elipse. Como el centro de la tierra está situado en su foco, si yo llegara de algún modo a la luna hallándose ésta en su perigeo, la distancia enunciada disminuiría materialmente. Pero, aun sin referirnos por ahora a tal posibilidad, me parecía casi seguro que, de todos modos, podría deducir de aquellos trescientos ochenta y dos mil kilómetros, el *radius* de la tierra —digamos míos seis mil quinientos— y el de la luna, que es aproximadamente de mil setecientos cuarenta. En total, cabía restar ocho mil doscientos cuarenta, con lo cual la distancia real a recorrer bajo circunstancias promediales era de trescientos setenta y tres mil setecientos sesenta kilómetros. Tal no era, cavilaba yo, una distancia tan extraordinaria. Viajando, se ha recorrido la tierra varias veces a un promedio de noventa y cinco kilómetros por hora; y una velocidad mayor era previsible en el futuro. Pero aun a ese paso me bastarían ciento sesenta y un días, no más, para alcanzar la superficie lunar. Por lo demás, muchas particularidades me inducían a pensar que mi velocidad promedio de crucero podría superar en mucho los noventa y cinco kilómetros por hora. Dado que estos razonamientos dejaron honda impresión en mí, volveré luego a ellos con más detenimiento.

»El punto que debía ser abordado después era de importancia muy superior. Según las indicaciones proporcionadas por el barómetro, nos encontramos con que en los ascensos, a partir de la superficie de la tierra, al llegar a los trescientos metros de altura hemos dejado atrás aproximadamente un tercio de la masa de aire atmosférico; que a tres mil doscientos hemos dejado dos tercios y a cinco mil quinientos, elevación que no está lejos de la del Cotopaxi, hemos superado la mitad de la masa material, o, por lo menos, la masa *ponderable* de aire que circunda nuestro planeta. Podemos calcular asimismo que a una altitud que no exceda la centésima parte del diámetro de la tierra, es decir, ciento veintinueve kilómetros, la rarefacción del aire sería tal que la vida no podría soportarla. Por otra parte, los más delicados instrumentos que poseemos para afirmar la presencia de la atmósfera serían inadecuados para

asegurarnos que existe. Sin embargo, no pasé por alto el hecho de que estos últimos cálculos se fundan enteramente en nuestros conocimientos experimentales sobre las propiedades del aire y en las leyes mecánicas que regulan su dilatación y compresión en lo que podríamos llamar, expresándonos en términos comparativos, *la vecindad inmediata* de la tierra misma. Al propio tiempo se admite en general que la vida de los seres es y debe ser esencialmente incapaz de modificarse a cualquier distancia inalcanzable desde la superficie de nuestro planeta. Ahora bien: el conjunto de esos razonamientos y datos ha de ser considerado, por supuesto, como simplemente analógico. La mayor altura jamás alcanzada por el hombre es la de siete mil seiscientos metros y fue registrada por la expedición aeronáutica de los señores Gay-Lussac y Biot. La cifra es muy modesta, incluso si se la compara con los ciento veintinueve kilómetros a que nos hemos referido, y no se puede descartar la idea de que el punto admite dudas y otorga amplios márgenes a la especulación.

»Pero lo real es que, al ascender a cualquier altitud, la cantidad ponderable de aire superado en un ascenso *ulterior* no guarda en absoluto relación con la altura adicional que se alcance (como puede deducirse claramente de cuanto ya se ha expuesto), sino con una *proporción* constantemente decreciente. En consecuencia resulta obvio que por mucho que se ascienda es imposible, literalmente hablando, llegar a un límite más allá del cual no haya atmósfera. Ésta *debe* existir, concluí, *aunque sólo sea* en estado de infinita rarefacción.

»Por otra parte yo sabía que no faltaban las argumentaciones que pretendían probar la existencia de un límite atmosférico real y definido, pasado el cual no habría aire en absoluto. Pero quienes defendían tal límite habían descuidado, a mi modo de ver, un hecho que, si bien no implica una refutación lisa y llana de sus teorías, merece cuidadoso análisis. Al comparar los intervalos que median entre las sucesivas apariciones del cometa de Encke en su perihelio y observar del modo más preciso todas las perturbaciones debidas a la atracción de los planetas, se comprueba que los períodos disminuyen gradualmente, es decir, que el eje mayor de la elipse del cometa se acorta de manera lenta pero perfectamente regular. Pues bien: tal sería el caso si imaginamos la resistencia experimentada por el cometa en un *medio etéreo extremadamente rarificado* que reinara en las regiones en que se inscribe su órbita, pues resulta evidente que tal medio debe, al retardar la velocidad del cometa, aumentar su fuerza centrípeta mediante la desaceleración de su fuerza centrífuga. En otras palabras, la atracción solar estaría alcanzando de continuo mayor poder y así el cometa sería atraído un poco más a cada revolución. A decir verdad no hay otro modo de explicar la variación indicada. Pero insisto: puede observarse que el diámetro real de la nebulosidad del cometa se contrae rápidamente ante la proximidad del sol, y se dilata con igual rapidez al encaminarse el astro a su afelio. ¿Me asistía o no razón al suponer con M. Valz que tal aparente condensación de volumen tiene su origen en la

compresión del mismo medio etéreo al que he aludido, el cual se densifica en relación directa a su proximidad con el sol? El fenómeno de forma lenticular que también suele llamarse luz zodiacal, merecía toda atención. La brillantez, muy apreciable en los trópicos e imposible de confundir con otras de origen meteórico, se extiende oblicuamente y hacia arriba partiendo del horizonte, siguiendo, por lo general, la dirección del ecuador solar. A mí me ha parecido que se relaciona con una atmósfera rarificada que se extendería desde el sol hasta llegar, por lo menos, a la órbita de Venus, aunque opino que va infinitamente más lejos[1].

»A decir verdad, no considero que el medio del que hablo se reduzca a la zona en la cual se inscribe la elipse del cometa y a la inmediata vecindad del sol. Es fácil, por el contrario, creer que reina en todas las regiones de nuestro sistema planetario, aunque condensado en lo que llamamos atmósfera de los planetas. En algunos de éstos quizá se modifique en función de consideraciones puramente geológicas, es decir, que cambie o varíe de proporciones (o de naturaleza absoluta) por obra de materias volatilizadas desde las órbitas respectivas.

»Una vez adoptado tal punto de vista en la materia, no vacilé más. Dando por sentado que durante mi viaje me encontraría con una atmósfera esencialmente igual a la que baña la superficie de la tierra, concebí que, mediante el muy ingenioso aparato del señor Grimm, no tardaría en verme capaz de condensarla en cantidad suficiente para poder respirar. Así quedaba superado el principal obstáculo del viaje a la luna. Había gastado bastante dinero y trabajado mucho en adaptar el aparato a los fines que me proponía, y contemplaba confiado la perspectiva de usarlo con éxito, siempre que pudiese completar mi viaje en un período razonable de tiempo.

»Esto me lleva de nuevo a tratar el *índice de velocidad* al que me sería posible viajar.

»Es cierto que los globos, en las primeras etapas del ascenso desde la tierra, se elevan a una velocidad relativamente moderada. Ahora bien, la fuerza de elevación radica por entero en la gravedad superior del aire atmosférico si se le compara con la del gas encerrado en el globo. Aparentemente no se estima probable que, a medida que éste gana altitud y llega sucesivamente a estratos atmosféricos en que las densidades disminuyen con rapidez, la velocidad original se vaya acelerando. Por otra parte yo ignoraba que en anteriores ascensiones registradas, lo que resultaba aparente era una *disminución* en el índice absoluto de la velocidad ascendente. Sin duda ello sucedió, entre otras causas, por culpa de algún escape de gas posibilitado por globos mal construidos y cubiertos por barniz ordinario. Se diría, pues, que el efecto del escape bastaba para neutralizar los efectos de la aceleración que cabía esperar al disminuir la distancia entre el globo y el centro de gravedad. Consideré entonces que, de encontrar durante mi viaje el medio que imaginara y resultar que el mismo se constituía esencialmente de lo que denominamos aire atmosférico, poco importaría a

qué extremo de Tarificación lo encontraría —es decir, en lo concerniente a mi poder de ascensión— puesto que el gas contenido en el globo no sólo quedaría en sí sujeto a similar Tarificación (previendo la eventualidad estaba en condiciones de permitir un escape de gas suficiente para evitar una explosión) sino que, *siendo lo que era*, continuaría en todos los casos presentándose específicamente más liviano que cualquier compuesto de nitrógeno y oxígeno. Podría, pues, suceder —en verdad existía una seria posibilidad en tal sentido— que *a cierta altura alcanzase un punto en el que los pesos sumados de mi inmenso globo, del gas inconcebiblemente ligero encerrado en él, de la barquilla y su contenido, igualaran el peso de la masa atmosférica desplazada*. Se comprenderá en seguida que ello constituía la única circunstancia capaz de detener mi vuelo hacia las alturas. Sin embargo, aunque esto sucediera, me quedaba el recurso de deshacerme de lastre y otros objetos pesados hasta totalizar ciento treinta kilos. En tanto, la fuerza gravitacional seguiría disminuyendo a ritmo constante en proporción al cuadrado de las distancias, con lo que, a velocidad prodigiosamente acelerada, llegaría por fin a las remotas regiones donde la fuerza de atracción de la tierra sería superada por la de la luna.

»Existía, empero, otra dificultad que me causaba cierta inquietud. Se ha observado que en los ascensos en globo se sufren, a partir de determinada altura, no ya sólo dolores al respirar, sino grandes molestias en la cabeza y el cuerpo, acompañadas habitualmente de hemorragias por la nariz. Se presentan además, según se dice, síntomas de índole alarmante, todo lo cual no deja de aumentar a medida que se asciende[2]. Esto representaba una objeción capaz de causar espanto. ¿Y si tales síntomas se fuesen intensificando hasta causar la muerte? Tras mucho cavilar concluí que eso no era posible. El origen debía buscarse en los efectos de la progresiva disminución de la presión atmosférica *habitual* sobre la superficie del cuerpo y en la consecuente distensión de los vasos sanguíneos superficiales. No podían reflejar una verdadera desorganización del sistema biológico, como en el caso de la dificultad respiratoria, porque la densidad atmosférica es *químicamente insuficiente* para renovar como es debido la sangre en un ventrículo cardíaco. Fuera de esta falta de renovación no veía, pues, motivo para que la vida no pudiese preservarse aun en el vacío, pues la expansión y compresión del pecho, que recibe comúnmente el nombre de respiración, no es más que una doble acción muscular que constituye la *causa*, no el *efecto* del respirar. En pocas palabras, llegué a la conclusión de que, al acostumbrarse el cuerpo a la falta de presión atmosférica, las sensaciones dolorosas disminuirían gradualmente. Mientras no fuese así, confiaba, para soportarlas, en mi férrea constitución física.

»Hasta aquí, con la venia de Sus Excelencias, he detallado algunas, aunque no todas las consideraciones que me llevaron a proyectar el viaje a la luna. Proseguiré mi relato exponiendo los resultados de intento tan audaz en apariencia y, de todos

modos, tan totalmente sin precedentes en los anales de la humanidad.

»Tras alcanzar la altitud que he mencionado —es decir, seis mil metros— arrojé fuera del transportador unas cuantas plumas, las cuales me indicaron que seguía subiendo con suficiente rapidez. No era menester, por tanto, descargar lastre, lo cual me alegró, ya que deseaba conservar tanto peso como me fuera posible. La razón era obvia: no podía saber *con certeza* cuál sería el índice de gravitación ni la densidad atmosférica de la luna. Hasta entonces no había sufrido ninguna molestia física, respiraba con libertad y no sentía dolor alguno de cabeza. La gata descansaba, muy compuesta, sobre el abrigo que me quité un momento antes, contemplando con aire de *nonchalance* a las palomas. Éstas, con las patas atadas para evitar que escaparan, picoteaban con entusiasmo el arroz que yo esparciera para ellas por el suelo de la barquilla.

»A las seis y veinte el barómetro indicaba una elevación de algo más de ocho mil metros. El panorama que se extendía a mis pies parecía ilimitado. En realidad no era difícil calcular, con ayuda de la trigonometría esférica, qué extensión de tierra se presentaba a mis ojos. La superficie convexa de un segmento cualquiera de una esfera es a toda la superficie de dicha esfera lo que el seno verso del segmento es al diámetro de la esfera. Ahora bien: en mi caso, el seno verso —es decir, el *espesor* del segmento que se extendía por debajo de mí— era más o menos igual a mi elevación, o elevación del punto de observación sobre la superficie. Por tanto, “entre ocho mil y trece mil metros” es la frase que expresaría la proporción de área terrestre que contemplaba. En otras palabras, divisaba la mil seiscientasava parte de la superficie total del globo. El mar se veía tan sereno como un espejo aunque, mirado a través del telescopio, pude percibirlo en estado de violenta agitación. El navío no se atisbaba ya. Sin duda se había perdido hacia el Este.

»Comencé a sentir intermitentes aunque intensos dolores de cabeza, en especial cerca de los oídos, aunque continuara respirando con suficiente holgura. Ni la gata ni las palomas mostraban signos de sufrir molestia alguna.

»A las siete menos veinte el globo penetró en una zona de densas nubes que me causaron grandes problemas pues no sólo dañaron mi condensador sino que me empaparon las ropas. Se trataba, por cierto, de un, singular *rencontre*: no hubiese creído posible que nube de tal naturaleza pudiera hallarse a tanta altura. Pensé que lo mejor sería soltar dos sacos de dos kilos cada uno, con lo que me reservaba aún setenta y seis kilos más. No tardé así en superar la dificultad y de inmediato pude advertir que había logrado un fuerte aumento de velocidad A los pocos segundos de sobrepasar la nube, un rayo de vivida luz la recorrió de un extremo al otro, incendiándola por entero, como si estuviese compuesta de carbones inflamables. Esto, lo recuerdo, sucedía a plena luz diurna. No hay fantasía que pueda describir lo sublime que el espectáculo hubiese resultado en medio de las tinieblas de la noche. El

propio infierno hubiese hallado en él su imagen. Aun así me espeluzné al mirar hacia el abismo que se abría bajo mis pies, aunque permití a mi imaginación que bajase a recorrer los extraños espacios abovedados, las arreboladas simas y los escalofriantes precipicios creados por el fuego horrendo e insondable. Me había salvado de milagro. Si el globo hubiese permanecido un poco más dentro de la nube —es decir, si las inconveniencias de la humedad no me hubieran aconsejado descargar lastre— mi destrucción habría sido probablemente la consecuencia. Tales peligros, aunque no suelan tenerse en cuenta, figuran sin duda entre los mayores que se puedan encontrar en los viajes en globo. Afortunadamente yo había alcanzado ya una elevación demasiado grande para albergar temores al respecto.

»Ascendía ahora con rapidez. A eso de las siete, el barómetro marcaba una altura no inferior a los quince mil metros. Empecé a sentir verdadera dificultad para respirar. Además, me dolía mucho la cabeza. Sentí humedad en las mejillas, y descubrí que era sangre que me salía de los oídos. También los ojos me preocuparon mucho. Al pasar una mano por ellos tuve la impresión de que se habían separado considerablemente de sus cuencas. Todos los objetos existentes en la barquilla y hasta el propio globo se me antojaban deformados. El conjunto de síntomas superó lo que preveía, infundiéndome cierta alarma. En ese momento, con gran imprudencia y sin detenerme a pensar, arrojé por la borda tres unidades de lastre de dos kilos cada una. La acelerada velocidad de ascenso me elevó con excesiva brusquedad, sin la necesaria gradación, hacia un *stratum* altamente rarificado de la atmósfera, y el resultado fue casi un saldo fatal para la expedición y para mí mismo. Fui súbitamente víctima de un espasmo que me duró más de cinco minutos; y aun al cesar éste en cierta medida, apenas podía aspirar aire a largos intervalos y jadeando. La hemorragia por oídos y nariz, entretanto, continuaba. Hasta sangraba un poco por los ojos. Las palomas parecían extraordinariamente afectadas y hacían esfuerzos por escapar. La gata maullaba con acento lastimero, la lengua colgándole fuera de la boca, y recorría la barquilla de acá para allá, como envenenada.

»Demasiado tarde comprendí la gran temeridad que significó la descarga de lastre y tuve la impresión de que moriría al cabo de pocos minutos. Los padecimientos físicos que experimenté contribuyeron a incapacitarme casi por completo para realizar cualquier esfuerzo para salvar mi vida. Me quedaba un escaso poder de reflexión y la intensidad de mi jaqueca parecía acrecentarse por momentos. Consideré, pues, que mis sentidos no tardarían en abandonarme por completo, y ya había echado mano a una de las cuerdas que accionaban las válvulas con el fin de intentar el descenso, cuando el recuerdo de la mala pasada que les había jugado a mis tres acreedores y las posibles consecuencias que la misma tendría que acarrearme en caso de volver a tierra, me disuadieron por el momento. Tumbándome sobre el suelo traté de recuperar mis facultades. Así pude al menos considerar la conveniencia de

sangrarme. Careciendo de bisturí me vi obligado a efectuar la operación de la mejor manera posible, dadas las circunstancias. Finalmente acerté a abrirme una vena del brazo izquierdo con ayuda de mi cortaplumas. Apenas comenzó a brotar la sangre sentí un claro alivio; y al perder algo así como el contenido de media jofaina de dimensiones corrientes, la mayor parte de los trastornos más graves se disipó por completo. Sin embargo, no consideré del caso ponerme de pie en seguida. Como pude me até el brazo, permanecí inmóvil alrededor de un cuarto de hora, al cabo del cual me incorporé para encontrarme más libre de cualquier *dolor* que en el transcurso de la última hora y cuarto. No obstante, la dificultad de respirar seguía siendo casi la misma, y me di cuenta de que pronto me sería absolutamente necesario hacer uso de mí condensador. Entretanto, al ver a la gata, que de nuevo había hecho cama de mi abrigo, descubrí asombrado que durante mi indisposición había dado a luz una camada de tres mininos. Un aumento en el número de pasajeros era algo que, para mí, resultaba completamente inesperado; pero me causó alegría porque venía a proporcionarme una posibilidad de poner en cierto modo a prueba cierta hipótesis que, más que cualquier otra cosa, me había impulsado a intentar el ascenso. Yo suponía que la resistencia *habitual* a la presión atmosférica en la superficie de la tierra era la causa, al menos parcial, de los padecimientos propios de los seres vivos colocados a cierta altura de dicha superficie. Si los gatitos mostraban sufrir molestias *en igual medida que la madre*, debía considerar que mi teoría era errónea. En cambio, si sucedía otra cosa, tendría una poderosa confirmación.

»Hacia las ocho me encontraba ya a veintisiete mil metros de altitud. Estimaba evidente que el índice de velocidad no sólo se incrementaba, sino que tal fenómeno hubiese ocurrido, aunque en menor medida, si no hubiera descargado lastre alguno. A intervalos volvieron los dolores violentos de cabeza y oídos, y de nuevo sangré intermitentemente por la nariz. Sin embargo, en conjunto sufría mucho menos de lo que pudiera esperar, aunque la respiración no dejara de resultarme cada vez más penosa. Cada aspiración iba acompañada de un desagradable espasmo del pecho. Extraje el aparato condensador y me dispuse a prepararlo para su uso inmediato.

»La vista de la tierra era, a esta altura de mi viaje, realmente maravillosa. Hacia el Oeste, Norte y Sur la mirada se perdía en una infinita sábana oceánica, al parecer estática, que por momentos se enriquecía con matices de azul más y más profundo. Hacia el Este, muy lejos, la distancia no impedía discernir las islas de la Gran Bretaña, las costas atlánticas completas de Francia y España y un pequeño trecho de la parte septentrional del continente africano. No se divisaba ni rastro de edificios: las más orgullosas ciudades de los humanos se habían esfumado de la faz de la tierra.

»Lo que más me sorprendió en lo que aparecía debajo de mí fue la aparente concavidad de la superficie del planeta. Sin haberlo pensado mucho, esperaba ver la verdadera *convexidad* hacerse más evidente a medida que subía. Sin embargo, me

bastó una rápida reflexión para explicar la discrepancia. Una línea que se trazara perpendicularmente desde mi posición hasta la tierra habría formado la perpendicular de un triángulo rectángulo en el cual la base se extendería desde el ángulo recto hasta la línea de horizonte y la hipotenusa desde ésta hasta mi posición. Pero mi altura era casi nula en comparación con mi panorama. En otras palabras, la base y la hipotenusa del supuesto triángulo hubiesen tenido en mi caso tal longitud, comparadas con la perpendicular, que las otras dos podían casi considerarse paralelas. Tal es la razón por la cual el horizonte del aeronauta parece siempre encontrarse *por encima del nivel de la barquilla*. Pero como el punto situado directamente debajo de él le parece, y con razón, hallarse a gran distancia, también cree, naturalmente, verse a gran distancia por debajo del horizonte. De ahí la impresión de concavidad, que ha de mantenerse hasta que la altura observe una proporción tan grande con respecto al panorama, que el aparente paralelismo de base e hipotenusa desaparezca.

»Por entonces las palomas parecían experimentar tales sufrimientos que decidí dejarlas en libertad. Comencé por desatar una, de magnífico plumaje gris moteado, y colocarla sobre la baranda de la barquilla. Daba muestras de agudo malestar. Miraba ansiosamente en torno, movía las alas y dejaba escapar quejas. No resultaba fácil persuadirla de que abandonara la nave. Al fin resolví cogerla para lanzarla a media docena de yardas, por los aires. Pero, contra lo esperado, nada hizo por descender sino que se puso a intentar con todas sus ansias el retorno al globo, al tiempo que no cesaba de lanzar agudos y penetrantes chillidos. Consiguió por fin su designio; pero, apenas logrado, la cabeza le cayó sobre el pecho y se desplomó, muerta, sobre el suelo de la cesta.

»La otra no iba a ser tan desafortunada. Para evitar que siguiese el mismo camino que su compañera y se abstuviera de intentar la vuelta, la lancé con toda energía hacia abajo, alegrándome al advertir que continuaba descendiendo por sí sola a gran velocidad, sirviéndose cómoda y naturalmente de sus alas. No tardó en desaparecer de mi vista. Sin duda volvió sana y salva a la tierra. En cuanto a la gata, que parecía haberse recobrado en gran medida de su malestar, se puso a devorar alegremente el ave muerta, tras lo cual se durmió con todo el aspecto de sentirse satisfecha. Su cría se mostraba muy animada y, por ahora, no daba signo alguno de desazón.

»A las ocho y cuarto, no pudiendo respirar sin sufrir intolerables dolores, me dispuse a ajustar en torno a la barquilla el dispositivo que formaba parte del equipo de condensación. Tal dispositivo requerirá una pequeña explicación. Sus Excelencias habrán de tener bondadosamente en cuenta que mi propósito fundamental era rodearme por entero de una defensa que me aislara de la atmósfera altamente rarificada que me rodeaba. Mediante mi condensador me proponía introducir en el recinto así practicado cierta cantidad de atmósfera que sirviese para respirar. Con tal fin había preparado un saco muy fuerte, absolutamente a prueba de escapes de aire y

hecho de caucho flexible. En él, que era de dimensiones suficientes, cabía toda la barquilla. Quiero decir que aquél debía desplegarse por debajo del piso y elevarse por los costados a lo largo de las cuerdas hasta llegar al borde más alto o anilla a la que se fijara la red. Pasé pues el saco por debajo, dejando todo encerrado en su interior. Faltaba ahora fijar sus extremos superiores al aro de la red. En otras palabras, era menester colocarlos entre la red y la anilla. Pero si la red era separada de la anilla con el fin de permitir el paso del saco, ¿cómo se sostendría entretanto la barquilla? Pues bien: la red no estaba atada a la anilla directamente, sino a una serie de lazos corredizos, o dogales, de modo que sólo deshice los nudos uno a uno, dejando que la barquilla colgara del resto. A medida que insertaba una porción del extremo del saco volvía a hacer los nudos, aunque no en la anilla, lo cual hubiese sido impracticable porque ahora el saco se encontraba en medio, sino a una hilera de grandes botones que se hallaban en el material de que estaba hecho el saco, a cosa de un metro por debajo de la boca de éste. Los espacios entre los botones correspondían a los intervalos existentes entre los lazos. Hecho esto, desaté unos cuantos nudos más del borde, para meter por la abertura más cantidad de saco, de modo que los lazos sueltos pudiesen unirse a los botones. De este modo conseguí introducir toda la parte superior del saco entre la red y la anilla. Como es natural, la anilla colgaría ahora dentro de la barquilla, mientras todo el peso de éste y de su contenido se sostendría sólo por los botones. Esto podría crear a primera vista cierta inadecuada dependencia. Sin embargo, no era así en absoluto, no sólo por la fortaleza de los botones, sino porque se hallaban tan cerca entre sí que apenas una porción insignificante del peso total era sostenida por cada uno. En verdad, si la barquilla y lo que acarreaba hubiesen pesado el triple, no me habría inquietado. Levanté de nuevo la anilla dentro de la cobertura de caucho elástico, empujándola hasta su altura anterior, aproximadamente, con ayuda de tres varas livianas previstas para el caso. Con esto buscaba, como es obvio, mantener el saco distendido arriba y fijar en su sitio la parte inferior de la red. Todo lo que ahora restaba por hacer era unir la boca del saco, lo cual pronto quedó arreglado cuando recogí los pliegues de la tela para unirlos y retorcerlos con fuerza por dentro mediante una especie de *tourniquet* fijo.

»En los lados del envoltorio así dispuesto en torno a la nave, había previsto la colocación de tres cristales gruesos pero claros, a través de los que podía mirar horizontalmente sin dificultad en todas direcciones. En la zona del suelo había una cuarta ventana de la misma especie, que correspondía con una pequeña abertura existente en el suelo de la barquilla. Esto me habilitaba para mirar hacia abajo. Me resultó imposible colocar un dispositivo similar en la parte superior debido al método de cierre adoptado, a causa de las arrugas de la tela, de modo que hube de conformarme con no ver posibles objetos situados directamente en mi cénit. Esto, claro, carecía de importancia pues, aunque me las hubiera arreglado para colocar una

ventana en la parte de arriba, el globo me habría impedido ver gran cosa a través de ella.

»A unos treinta centímetros por debajo de una de las ventanas laterales se veía un boquete de siete centímetros y medio de diámetro, dotado de un aro de bronce que en su parte interior llevaba un labrado en hélice. A él se atornillaba el largo tubo del condensador. El resto de éste quedaba, por supuesto, dentro del recinto protegido por la tela elástica. A través de dicho tubo fluía la corriente de atmósfera rarificada del exterior, atraída por un vacío creado en el cuerpo del aparato, para ser descargada en estado de condensación dentro del recinto, donde se mezclaba con el escaso aire existente allí. Al repetir la operación varias veces, el lugar terminó por llenarse de una atmósfera apta para la respiración. No obstante, en espacio tan reducido no tardaría en viciarse, haciéndose nocivo para el frecuente contacto con los pulmones. Cierta válvula colocada en el suelo de la barquilla lo expulsaba aprovechando la circunstancia de que el aire denso no tardaba en proyectarse en la atmósfera más tenue que reinaba en la parte inferior. Con el fin de evitar el inconveniente de provocar un vacío total en algún momento, no efectuaba jamás la purificación en un solo acto, sino de manera gradual: la válvula se abría tan sólo unos segundos para cerrarse luego hasta que uno o dos impulsos de la bomba del condensador hubiesen sustituido la atmósfera desalojada. Por el simple gusto de experimentar puse a la gata y a su cría en una cesta pequeña, que suspendí de un gancho colocado bajo el suelo junto a la válvula, a través de la cual podía alimentar a los animales cuando fuera preciso. Conseguí esto corriendo un pequeño riesgo antes de cerrar la boca de la cámara y sirviéndome de una de las varas antes mencionadas, al extremo de la cual había fijado un garfio. En cuanto el aire denso fue admitido en el recinto, la anilla y las varas fueron innecesarias. La expansión de la atmósfera encerrada distendió la tela de caucho.

»Al dejar completadas las operaciones antedichas y lleno ya el recinto como he indicado, sólo faltaban diez minutos para las nueve. Mientras estuve trabajando hube de soportar tremendas dificultades para respirar, al tiempo que me arrepentía por la negligencia, incluso la demencia, que me llevaran a dejar para último momento asunto de tal importancia. Sin embargo, una vez resuelto, no tardé en cosechar los beneficios de mi invento. De nuevo respiraba con total libertad y soltura. Y en verdad ¿por qué no habría de ser así? También estaba agradablemente sorprendido de verme aliviado en gran medida de los intensos dolores que hasta poco antes me atormentaran. Cierta ligera jaqueca acompañada de una especie de distensión en las muñecas, tobillos y garganta era lo único de lo que podía ahora quejarme. Me resultaba evidente que la mayor parte de los malestares debidos a la escasa presión atmosférica se habían ido desvaneciendo como yo esperaba y también que gran parte de los dolores que tuviera que soportar en el curso de las dos horas últimas debían

atribuirse por entero a la deficiente respiración.

»A las nueve menos veinte, es decir, poco antes de cerrar la abertura del recinto, el mercurio había llegado a su límite o, para expresarlo mejor, dejó de funcionar el barómetro, el cual, como he manifestado antes, era una versión mejorada del aparato conocido. Por entonces indicaba una altura de cuarenta mil metros. Podía divisar en consecuencia no menos de unas trescientas veinteavas partes de la superficie terrestre. A las nueve había perdido otra vez de vista la tierra hacia el Este, aunque no antes de advertir que el globo viraba rápidamente hacia el Nor-Noroeste. El océano a mis pies continuaba presentando una aparente concavidad, aunque mi visión era interrumpida con frecuencia por obra de las masas nubosas que aparecían flotando acá y allá.

»A las nueve y media intenté el experimento de lanzar un puñado de plumas por la válvula hacia el exterior. Lejos de quedar suspendidas, como yo esperaba, cayeron perpendicularmente hacia abajo con la rapidez de una bala, *en masse* y a la mayor velocidad. En muy pocos segundos estuvieron fuera del alcance de mis ojos. No acerté a explicarme en seguida la razón de tan extraordinario fenómeno, ya que no me inclinaba a pensar que mi velocidad ascensional se hubiese incrementado de tan prodigiosa manera. Sin embargo, no tardé en comprender que la atmósfera era ya demasiado rara para sostener nada. Ni aun las plumas. De ahí que cayeran tan pesadamente. Me habían confundido las velocidades sumadas e inversas de lo que caía y lo que se elevaba llevándome a mí dentro.

»Hacia las diez observé que tenía muy poco de qué ocuparme. Todo iba bien en el globo que, según pensaba, ascendía a ritmo creciente. Lamenté carecer ya de medio alguno que me indicase los progresos que iba realizando. No sufría dolores ni incomodidades de especie alguna, sintiéndome mejor que en cualquier otro momento a contar desde mi partida de Rotterdam. Me ocupé en examinar mis variados aparatos y en regenerar de vez en cuando la atmósfera reinante. Resolví cuidar de esto último a intervalos regulares de cuarenta minutos, más con el fin de conservarme en perfecta salud que por absoluta necesidad, pues no era menester renovarla con tanta frecuencia. Entretanto no dejaba de imaginar lo que podría suceder en el futuro. Mi fantasía se desbordaba por los ignotos y soñados campos lunares. La imaginación, por una vez libre de ataduras, vagaba a su antojo entre las variopintas maravillas de una tierra sombría e inestable. Creía ver selvas lívidas y añosas, dentados precipicios y cataratas que se precipitaban en medio de gran estrépito por abismos sin fondo. Luego, en pleno mediodía, llegaba a soledades quietas, nunca alcanzadas por los aires del cielo, en las que crecían vastos prados cubiertos de amapolas y de gráciles flores parecidas a los lirios, inmóviles para siempre en medio del silencio. Otras veces viajaban, muy abajo, hacia otro país que era un lago impreciso y sombrío, de fronteras marcadas por una línea de nubes.

»Pero fantasías tales no eran las únicas que poblaban mi mente. También visiones más sombrías y horrendas se abrían paso con demasiada frecuencia para sacudir las profundidades de mi alma con la vaga posibilidad de que se materializaran. Sin embargo, rehusé entregarme por demasiado tiempo a mis pensamientos ni dejarme llevar por tales especulaciones, ya que juzgaba razonablemente que los peligros reales y tangibles de mi viaje bastaban para reclamar por entero mi atención.

»A las cinco de la tarde, mientras me ocupaba de regenerar la atmósfera, aproveché para observar por la válvula a la gata con su prole. La pobre parecía sufrir mucho y no tuve dificultad en atribuir la mayor parte de sus pesares a dificultades respiratorias. Pero el experimento mostraba resultados extrañísimos con los gatitos. Esperaba, naturalmente, notar en ellos ciertos signos de malestar, aunque no tan marcados como los de la madre. Esto habría bastado para mostrar la exactitud de mi teoría respecto a la resistencia habitual contra la presión atmosférica. Pero me sorprendió encontrarlos, tras atento examen, gozando a lodas luces de plena salud. Respiraban con la mayor soltura y la más perfecta regularidad, sin mostrar la más ligera señal de malestar. Sólo pude explicármelo llevando más lejos mi teoría. Supuse que la atmósfera altamente rarificada acaso no fuera, como yo daba por sentado, químicamente insuficiente para la vida y que el ser nacido en tal *medio* podría probablemente ignorar los inconvenientes respiratorios. En cambio, de descender hacia los *estrata* más densos, cercanos a la tierra, quizá sufriese torturas de naturaleza similar a las que yo mismo experimentara últimamente.

»Me causó hondo pesar el fastidioso accidente que, poco después, fue causa de la pérdida de mi pequeña familia gatuna, privándome, además, del conocimiento en esta materia que una experimentación continuada podría haberme deparado. Al pasar una mano por el orificio de la válvula con el fin de alcanzar un vaso de agua a la gata, la manga de mi camisa se enredó en el nudo que sostenía el cesto, de modo que se desprendió del gancho. Si el todo se hubiese desvanecido de pronto en el aire, no se hubiera borrado de mi vista de manera más brusca e instantánea. No exagero al decir que no transcurrió más de una décima de segundo entre el desprendimiento de la canasta y su desaparición con todo lo que en ella iba. Mis mejores deseos la siguieron en su camino a la tierra aunque, como es lógico, no albergase esperanzas de que la gata ni sus pequeños llegaran a vivir para narrar sus infortunios.

»A las seis observé gran parte del área visible de la tierra hacia el Este. Estaba envuelta en espesa penumbra que continuó extendiéndose con gran rapidez hasta que, a las siete menos cinco, toda la superficie observable quedó sumida en la oscuridad nocturna. Sin embargo, hasta mucho más tarde los rayos del sol poniente no dejaron de iluminar el globo; y tal circunstancia, aunque por cierto perfectamente prevista, no dejó de proporcionarme un gozo infinito. Era evidente que, llegada la mañana, podría contemplar el naciente resplandor muchas horas antes que los ciudadanos de

Rotterdam, a pesar de que la ciudad se encontraba más al Este. Y así, proporcionalmente a la altura alcanzada, disfrutaría cada día de períodos más y más largos de luz solar.

»Resolví llevar un diario de mi viaje en el que consideraría como una jornada cada espacio de tiempo de veinticuatro horas continuas, sin prestar consideración a los intervalos de oscuridad.

»A las diez sentí sueño y decidí tumbarme para dormir durante el resto de la noche. Pero se me presentó una dificultad que, por notoria que resulte, había escapado a mi atención hasta aquellos momentos. Si dormía como era mi intención, ¿cómo se regeneraría *ad interim* la atmósfera en el recinto? Respirar la misma durante más de una hora sería imposible. Si extendiera tal período quince minutos más, las peores consecuencias eran de temer. La consideración de tal dilema me causó no poca inquietud; y, tras los peligros que había pasado, costará creerme cuando digo que tan serio se me antojaba que por un momento perdí toda esperanza de cumplir con mi designio, pensando que me iba a ser necesario emprender el descenso. Pero fue un flaquear pasajero. Reflexioné que el hombre es, de todos los seres, el más esclavo de la costumbre y me dije que muchos hechos en la rutina de su existir son considerados por él *esenciales* y solamente lo son porque los ha incorporado a sus hábitos. Cierto que no podía vivir sin dormir; pero me era posible, en cambio, despertar a cada hora durante toda la duración de mi reposo. La operación de regenerar bien la atmósfera me llevaría cinco minutos cono máximo. La única dificultad real radicaba en ingeniar un sistema que sirviera para despertarme en el momento debido. El problema me ocasionó, he de confesarlo, no pocas dificultades antes de dar con una solución. Naturalmente, conocía la anécdota del estudiante que, para evitar dormirse sobre sus libros, sostenía entre sus manos una esfera de cobre. El estruendo que ésta causaba si el sueño le hacía relajar la mano, servía para despertarle con un sobresalto. Pero el recurso era inaplicable a mi caso, en verdad muy diferente, ya que no deseaba permanecer despierto sino ser despabilado a intervalos regulares de tiempo. Al fin di con el siguiente sistema que, por simple que parezca, saludé como un invento por entero comparable al del telescopio, la máquina de vapor o la propia imprenta.

»Es preciso dejar constancia de que el globo, a la altura alcanzada, seguía su curso hacia lo alto a ritmo parejo y sin desviarse. En consecuencia arrastraba la barquilla con tan perfecta firmeza que no hubiese sido posible discernir en él la más leve oscilación. Este hecho me favoreció mucho al llevar a la práctica cierto proyecto. Mi reserva de agua había sido colocada a bordo en barriles de veinte litros que yo afirmara en torno al piso de la barquilla. Deshice las ataduras de uno de ellos y, tomando dos cuerdas, las até firmemente y de forma paralela a dos puntos opuestos de la baranda, de manera que formaran una suerte de sostén, sobre el cual deposité el

cuñete, afirmándolo en posición horizontal. A unos veinte centímetros más abajo de las cuerdas y a cosa de metro y medio del suelo dispuse otro sostén, hecho éste de una tabla delgada que era la única pieza de madera de tal formato que llevaba conmigo. Sobre este anaquel y exactamente debajo del barril coloqué un jarro de tierra cocida, y practiqué en seguida un agujero debajo de aquél y frente al jarro, que tapé con un cono de madera blanda. Maniobrando con el espiche hacia dentro y hacia fuera del hoyo, conseguí al cabo de mucho experimentar colocarlo en el grado exacto de compresión requerido para que el agua, al colarse por el agujero y caer dentro del jarro, lo desbordara a los sesenta minutos. La operación era sencilla: bastaba considerar qué cantidad caía en determinado espacio de tiempo. Una vez puesto a punto el dispositivo, el resto era obvio. Arrastré la cama hasta la parte delantera de la barquilla, de modo que, al acostarme, la cabeza me quedara precisamente debajo de la boca de la jofaina. Era evidente que al transcurrir una hora ésta, al quedar llena, tendría que desbordarse por la boca, la cual quedaba un poco por debajo del borde. No menos claro resultaba que el líquido, al caer desde una altura mayor de un metro, no podía sino dar en mi rostro, con lo que me despertaría de inmediato, aunque me hallara sumido en el sueño más profundo.

»Habían pasado las once cuando quedó lista mi obra. En seguida me metí en el lecho, confiando por completo en la eficacia de mi invento. No fui defraudado: cada sesenta minutos exactos, mi leal cronómetro me despertó. Tras vaciar entonces la jofaina en el barril y hacer funcionar el condensador, me volvía a tumbar en la cama. Las interrupciones regulares del sueño me causaron, he de decirlo, menos molestias de las que había previsto. Cuando por fin me levanté eran las siete y el sol había alcanzado varios grados por encima de la línea de mi horizonte.

»*3 de abril*. El globo se halla realmente a inmensa altura y la convexidad de la tierra se manifiesta ahora con mi sorprendente claridad. Debajo de mí, sobre el océano, se ha extendido un grupo de manchas que eran, sin duda, islas. Sobre mi cabeza, el cielo se veía negro azabache y sobre él se destacaban las brillantes estrellas. De hecho ha sido así desde el primer día de mi ascensión. Lejos, hacia el Norte, he percibido una línea o franja fina, blanca y extraordinariamente luminosa, que se extendía por los límites del firmamento. No dudo de que se trataba del disco meridional d los hielos del mar polar. Mi curiosidad se ha visto muy avivada, pues esperaba pasar mucho más al Norte y encontrarme acaso en algún momento encima mismo del Polo. Deploro que mi gran elevación me haya impedido efectuar un prolijo examen del panorama, que es lo que hubiese deseado. Mucho es, sin embargo, lo que podría afirmarse. Nada más extraordinario ha ocurrido durante la jornada. Todos mis instrumentos han seguido funcionando correctamente y el globo continúa subiendo sin movimientos perceptibles. El frío ha sido tan intenso que me fue preciso

ajustarme bien el abrigo. Al extenderse la oscuridad sobre la tierra me acosté, aunque durante muchas horas fue aún pleno día en torno mío. El reloj de agua desempeñó puntualmente su misión y dormí profundamente hasta la mañana, descontando las periódicas interrupciones.

»*4 de abril*. He despertado con buena salud y excelente ánimo para asombrarme ante el singular cambio que se ha producido en el aspecto del mar. Ha perdido en gran medida la profunda coloración azul que le fuera propia hasta ahora para asumir un tono gris blancuzco, cuyo brillo encandila. La convexidad del océano es tan marcada que toda la masa de agua distante parece precipitarse hacia los abismos del horizonte; tanto que por un momento me encontré prestando involuntaria atención a los ecos de la colosal catarata. Las islas ya no se ven. No sabría decir si se han perdido en el horizonte por el Sudeste o si mi aumento de elevación las ha colocado fuera del alcance de mi vista. El frío ya no es intenso. No ha ocurrido nada de importancia. Pasé el día leyendo gracias a que cuidé de proveerme de libros.

»*5 de abril*. He contemplado el singular fenómeno del sol que se elevaba mientras toda la superficie terrestre aún visible seguía envuelta en sombras. A su tiempo, sin embargo, la luz se extendió por doquier y de nuevo pude apreciar la línea de hielo hacia el Norte. Resultaba hoy muy perceptible y también de un azul más intenso que el de las aguas del océano. Sin iluda me acerco a ella y muy de prisa, por lo demás. He creído distinguir de nuevo una franja de tierra hacia el Este y otra más por el Oeste, aunque no podría afirmarlo. Tiempo clemente. Nada digno de mención ha sucedido durante el día. Temprano a la cama.

»*6 de abril*. Sorprendido de ver la línea de hielo a distancia media y un inmenso campo, también de hielo, extendiéndose por el horizonte septentrional. Es evidente que, de mantener el globo su actual derrotero, no tardará en situarse por encima del Océano Helado. No dudo de que terminaré viendo el Polo. Durante toda la jornada seguí acercándome al hielo. Al llegar la noche los límites del horizonte se ampliaron materialmente de pronto, por obra sin duda de la conformación de la tierra, que presenta el aspecto de un esferoide achatado en ambos polos, y del hecho de sobrevolar el globo las planas superficies del círculo polar ártico. Cuando por fin me rodeó la penumbra, me fui ansiosamente a la cama, temiendo atravesar la zona que tanta curiosidad suscitaba en mí, cuando no tuviese oportunidad de observarla.

»*7 de abril*. Me levanté temprano y pude por fin contemplar con indecible gozo lo que no podía sino ser el propio Polo Norte. Allí, precisamente bajo mis pies, estaba, fuera de toda duda. Pero —¡ay!— tan inmensa era la altura a que me hallaba, que no era posible ver nada con nitidez. En verdad, a juzgar por la progresión de los números que indicaban mis distintas altitudes en diferentes momentos entre las seis de la mañana del 2 de abril y las nueve menos veinte del mismo día y meridiano (a dicha hora dejó de ser útil el barómetro), podía concluir razonablemente que el globo volaba, a las cuatro de la madrugada del 7 de abril, a una altura que *no podía ser inferior* a los ciento diecisiete kilómetros por encima del nivel del mar. Tal distancia podrá, parecer inmensa; no obstante, los datos a partir de los cuales la he calculado, arrojaron un resultado que muy probablemente se queda corto. De todos modos he observado, fuera de toda duda, la totalidad del diámetro más vasto de la tierra. Todo el hemisferio norte se desplegaba ante mí como una carta en proyección ortogonal y el gran círculo del ecuador venía a formar los límites de mi horizonte. Sus Excelencias podrán, empero, imaginar sin esfuerzo que las escondidas regiones, inexploradas hasta hoy, que se sitúan dentro de las fronteras del círculo polar ártico, aunque directamente bajo mis pies y vistas, por tanto, de frente, y no sesgadas, resultaban comparativamente diminutas por hallarse a distancia demasiado alejada del punto de vista. No admitían, en consecuencia, un análisis más preciso. Mas lo que podía percibirse era ciertamente singular y apasionante. Hacia el norte del amplísimo borde ya mencionado y que aun el más inexperto podría considerar el límite más dilatado dentro del conocimiento de estas regiones, una sábana de hielo ininterrumpida, o casi, continúa extendiéndose. En los primeros grados, su nivel es muy claramente plano. Más adelante se deprime formando un valle y, por último, haciéndose *no poco cóncava*, desemboca, ya en el Polo mismo, en un centro circular nítidamente definido, cuyo diámetro aparente subtiende con respecto al globo un ángulo de unos sesenta y cinco segundos. Su coloración sombría, aunque variable en intensidad, era siempre más oscura que cualquier otro punto situado en el hemisferio visible, y hasta llegaba a la más absoluta negrura. Sobre lo que existe más allá, poco podría decirse.

»Hacia las doce, el centro circular había disminuido claramente en circunferencia y a eso de las siete de la tarde le perdí por completo de vista: el globo sobrevoló el brazo izquierdo del hielo deslizándose lejos, en dirección al ecuador.

»*8 de abril*. He notado una sensible disminución del diámetro aparente de la tierra, aparte de una alteración muy patente del color y la apariencia generales. Toda el área visible presentaba en diferente medida tintes amarillos pálidos y un brillo que

en ciertas zonas resultaba doloroso a la vista. Mi percepción hacia abajo se veía, además, considerablemente entorpecida por la densa atmósfera de las cercanías de la tierra, cargada de nubes, entre las cuales sólo de vez en cuando acertaba, a atisbar la tierra. Esta dificultad de obtener una visión directa me había fastidiado en diverso grado durante las últimas veinticuatro horas. Pero mi actual altura, enorme como era, parecía reunir los flotantes y vaporosos cuerpos, con lo que el inconveniente se fue haciendo, como es natural, más y más acentuado. Aun así, pude percibir diáfanamente que el globo planeaba por encima de los grandes lagos del continente norteamericano y que adoptaba una ruta hacia el Sur, como si quisiera llevarme pronto a los trópicos.

»Esto último no dejó de brindarme la más cordial satisfacción. Lo consideré como el feliz augurio de mi definitivo éxito. En verdad el rumbo que hasta hoy llevara me había causado honda inquietud, pues era evidente que, de continuar por él mucho más tiempo, no habría posibilidad de llegar ni remotamente a la luna, cuya órbita se inclina hacia la eclíptica, formando un ángulo pequeño de cinco grados, ocho minutos y cuarenta y ocho segundos. Por raro que parezca, sólo en estos momentos tardíos comencé a comprender el gran error que cometiera al no despegar de la tierra desde algún punto situado *en el plano de la elipse lunar*.

»*9 de abril*. Hoy el diámetro de la tierra había disminuido en grado sumo y el color de la superficie adquiría a cada hora que transcurría un matiz amarillo más acusado. El globo mantuvo su rumbo con firmeza hacia el Sur, llegando a las nueve de la noche al borde septentrional del golfo de México.

»*10 de abril*. A eso de las cinco de la madrugada fui súbitamente arrancado al sueño por un fuerte y aterrador estrépito parecido al crepitar de una gigantesca llama. No he podido explicarme cuál podría ser la causa. Ha sido de muy breve duración y en nada parecido a algo que yo hubiese experimentado anteriormente en la tierra. Innecesario resultará añadir que me alarmé mucho. Lo primero que se me ocurrió pensar fue que el globo había explotado. Pero, tras examinar toda la nave, no pude descubrir nada irregular. Pasé gran parte del día meditando sobre suceso tan extraordinario, sin dar con la clave que lo explicara. Me acosté insatisfecho, lleno de ansiedad y agitación.

»*11 de abril*. Descubrí que el diámetro de la tierra se había reducido de manera sobrecogedora y aumentado por primera vez de modo considerable el de la luna. Faltan sólo dos días para el plenilunio. Necesito ahora largos y penosos trabajos para

condensar aire atmosférico dentro de mi recinto en cantidad suficiente para permitirme seguir con vida.

»*12 de abril*. Se ha producido una singular alteración en el curso del globo que no por aguardada dejó de proporcionarme inequívoca delicia. Habiendo alcanzado en su dirección anterior un punto cercano al paralelo veinte de latitud sur, se volvió de pronto, describiendo un ángulo agudo hacia el Este. Así continuó a lo largo de todo el día, manteniéndose cerca, si no plenamente, *al plano exacto de la elipse lunar*. La perceptible vacilación de la barquilla, que merece ser señalada, fue consecuencia de tal cambio de rumbo y perduró, con variada intensidad, durante muchas horas.

»*13 de abril*. De nuevo me sentí alarmadísimo al repetirse el fuerte ruido crepitante que me aterrara el día 10. He pensado mucho sobre el fenómeno sin poder lograr una explicación satisfactoria. Gran merma del diámetro aparente de la tierra que ahora subtiende con relación al globo un ángulo de unos veinticinco grados. No se veía en absoluto la luna, que se halla cerca de mi cénit. He seguido en el plano de la elipse, aunque dirigiéndome ligeramente hacia el Este.

»*14 de abril*. Decrecimiento extremadamente rápido del diámetro de la tierra. Hoy he pensado mucho sobre la idea de que el globo recorre en realidad la línea de ápsides hacia el punto de perigeo. En otras palabras, mantiene directamente el derrotero que le llevará a la zona de la órbita lunar que se acerca más a la tierra. La luna estaba precisamente sobre mi cabeza y en consecuencia oculta para mí. Pesadísima y larga faena para mantener la necesaria condensación de la atmósfera.

»*15 de abril*. Ni siquiera los perfiles de continentes y mares de la tierra podían ya apreciarse con claridad. Hacia las doce oí por tercera vez el horripilante ruido que tanto me sobresaltara antes. Esta vez, sin embargo, duró unos momentos más y fue ganando gradual intensidad. Por último, mientras, estupefacto y lleno de espanto, esperaba no sé qué horrenda destrucción, la barquilla vibró con extremada violencia y una gigantesca y llameante masa de una materia que no acerté a distinguir, con el estrépito de mil rugientes truenos, pasó horrísona y flameando con furia junto al globo. Al calmarse en cierta medida mis temores y mi perplejidad, supuse fácilmente que debía tratarse de algún poderoso fragmento volcánico arrojado por aquel mundo al que tan rápidamente me aproximaba. Casi con certeza pertenecía a la singular especie de materias que ocasionalmente se recogen en la tierra y a las que, por falta

de apelativo más adecuado, se denominan meteoritos.

»*16 de abril*. Hoy, mirando lo mejor que pude hacia lo alto a través de las ventanas laterales, alternativamente pude contemplar, para mi gran contento, una pequeñísima parte del disco lunar, que parecía sobresalir de la enorme circunferencia del globo. Mi agitación fue extrema pues ya me quedaban pocas dudas de que pronto iba a culminar mi peligrosa travesía. En verdad el trabajo exigido ahora por el condensador alcanza un grado angustioso y apenas me deja tiempo para descansar un poco. Dormir me ha resultado casi imposible. Me he sentido muy enfermo. El cuerpo me temblaba por causa del agotamiento. Consideraba imposible que la naturaleza humana pudiese tolerar tan intenso padecimiento por mucho tiempo más. Durante uno de los intervalos, ahora breves de oscuridad, un nuevo meteorito ha pasado cerca de mí. La frecuencia de estos fenómenos ha comenzado a ocasionarme mucha aprensión.

»*17 de abril*. Esta mañana hará época en mi viaje. Ha de recordarse que el trece, la tierra subtendió una amplitud angular de veinticinco grados. El catorce la misma había decrecido en gran parte. El quince observé una disminución aún más rápida; y, al recogerme, la noche del dieciséis, observé un ángulo no mayor de unos siete grados y quince minutos. ¡Cuál no sería, en consecuencia, mi estupor al despertar esta mañana de un sueño breve y penoso y encontrarme con que la superficie que se extendía a mis pies había aumentado de volumen hasta el límite de subtender no menos de treinta y nueve grados en su diámetro angular aparente! ¡Estaba aterrorizado! No hay palabras que den una idea adecuada del horror sin límites y de la sorpresa que me invadieron, me poseyeron y me abrumaron por completo. Las rodillas me temblaban, me castañeteaban los dientes y se me erizaban los cabellos. ¡De modo que el globo había estallado! Tales fueron las primeras y tumultuosas ideas que cruzaron velozmente mi mente. ¡Sin duda, el globo había estallado! ¡Caía y caía, con impetuosa y jamás vista celeridad! ¡A juzgar por la inmensa distancia que dejaba atrás tan rápidamente, no tardaría más de diez minutos en encontrarme con la superficie y ser aniquilado! Pero al cabo vino en mi ayuda la reflexión. Hice una pausa y comencé a dudar. Eso era imposible. Razonablemente no podía caer a tanta velocidad. Aunque me aproximaba con toda evidencia al plano sólido que se extendía debajo de mí, lo hacía a un ritmo que no guardaba en absoluto relación con la presteza que al principio concibiera. Tal consideración sirvió para calmar mi perturbado ánimo, hasta que logré considerar al fenómeno bajo su justo ángulo. En realidad la sorpresa debió privarme bonitamente de mis sentidos, ya que había sido incapaz de apreciar la enorme diferencia aparente entre la superficie que se hallaba

debajo de mí y la de la madre tierra. Ésta se encontraba en realidad encima de mi cabeza, oculta totalmente tras el globo, mientras la luna, la mismísima luna en toda su gloria, yacía allá abajo, a mis pies.

»El anonadamiento y la sorpresa que en mi mente produjo tan extraordinario cambio en el planteo de la situación era tal vez a fin de cuentas la porción de mi aventura menos susceptible de ser explicada. En sí, el *bouleversement* no sólo era natural e inevitable, sino que yo mismo lo había previsto mucho antes como un hecho que cabía esperar si llegaba en mi viaje a cumplir la etapa en la cual la atracción del planeta dejaría paso a la del satélite o, más precisamente, aquella en que la gravitación del globo hacia la tierra sería menos poderosa que la gravitación hacia la luna. De seguro había despertado de un pesado sueño con los sentidos alterados para concebir un fenómeno estremecedor que, aunque esperado, no creía tan próximo. La revolución en sí misma debió, claro está, tener lugar de manera suave y gradual; y no resultaba en absoluto indubitable que, de haberme hallado despierto cuando ocurriera, hubiese captado alguna evidencia *interior* de una inversión, es decir, un inconveniente o desajuste de mi persona o de mi instrumental.

»Será casi superfluo decir que en cuanto me hice cargo de la situación real, luego de superar el pánico que había anulado todas mis facultades, mi atención se centró, en primerísimo lugar, sobre la apariencia física de la luna. Se desplegaba debajo de mí como un mapa y, aunque la consideraba aún a respetable distancia, los accidentes de la corteza se presentaban muy definidos a mis ojos, con nitidez patente y por completo inexplicable. Me extrañó la total ausencia de océanos, mares y aun lagos, ríos o masas acuáticas cualesquiera. A primera vista, esta característica se me presentó como el rasgo más extraordinario de la condición geológica lunar. Sin embargo, por raro que parezca, avizoraba vastas regiones llanas de aspecto decididamente aluvial, aunque la mayor parte del hemisferio visible estaba cubierta casi enteramente de innumerables montañas volcánicas de forma cónica que se hubiesen dicho artificiales antes que protuberancias naturales. La más elevada de ellas no excede los cinco mil trescientos metros, pero un mapa de las zonas volcánicas de los *Campi Phlegraei* proporcionaría a Sus Excelencias idea más cabal de la superficie en conjunto que cualquier irrisoria descripción que yo juzgara del caso intentar.

»La mayor parte de los volcanes se halla evidentemente en actividad, lo cual me han dado a entender tremendamente la furia y el poder de que son capaces al despedir repetidas veces y con gran estrépito materias que llamamos por error meteoritos, los cuales escapaban hacia arriba y pasaban cerca del globo con frecuencia cada vez más aterradora.

»*18 de abril*. Hoy me he encontrado con un enorme aumento de la masa aparente

de la luna. La evidentemente acelerada velocidad de mi carrera descendente comenzó a infundirme gran alarma. Conviene tener presente que en la etapa más temprana de mis especulaciones sobre la viabilidad de un viaje a la luna, la existencia en su contorno de una atmósfera cuya densidad correspondiese a la masa del planeta, entraba ampliamente en los cálculos, pese a muchas teorías contrarias y he de añadir, al escepticismo general sobre la existencia de atmósfera lunar alguna. Pero, además de lo que de mi parte concluyera en lo referente al cometa de Encke y a la luz zodiacal, me habían afirmado en mis creencias ciertas observaciones del señor Schroeter, de Lilienthal. Éste había observado la luna a los dos días y medio de hallarse en cuarto creciente, a poco de ponerse el sol y antes de que fuese visible la parte sombría. Continuó así su observación hasta que ésta se hizo manifiesta. Los dos cuernos del satélite se fueron adelgazando hasta formar prolongaciones muy agudas y evanescentes cuyos extremos aparecían ligeramente iluminados por los rayos solares antes de que nada fuese aparente en el hemisferio oscuro. Poco después, todo el limbo en sombras se iluminó. Esta prolongación de los cuernos hasta más allá del semicírculo, pensé, debía ser consecuencia de la refracción de los rayos del sol en la atmósfera lunar. Calculé asimismo la altura de la atmósfera (que podía refractar luz suficiente hacia el hemisferio oscuro como para producir un crepúsculo más luminoso que la luz reflejada desde la tierra cuando la luna se halla a treinta y dos grados del cuarto creciente). Deduje que tal altura debía ser de cuatrocientos veinte metros de París. En consecuencia supuse que la mayor altura entre las capaces de refractar el rayo solar se situaba en los mil seiscientos treinta y ocho metros. Mis hipótesis sobre el punto recibieron confirmación, además, en un pasaje del volumen ochenta y dos de las *Memorias filosóficas* en el cual se establece que durante un ocultamiento de los satélites de Júpiter, el tercero desapareció tras permanecer uno o dos segundos en estado indefinido mientras el cuarto se hizo invisible cerca del limbo[3].

»Sobre la resistencia o, dicho con más propiedad, sobre el apoyo de una atmósfera existente en el estado de densidad imaginado, tenía yo, naturalmente, puestas todas mis esperanzas. Confiaba en ella para efectuar con éxito la última etapa de mi descenso. Si, después de todo, me equivocaba, sólo podía esperar, como final de mi aventura, mi desintegración en átomos al aplastarme contra la rugosa superficie del satélite; y a fe mía que me sobraban razones para estar aterrado. Me encontraba a una distancia comparativamente ínfima de la luna. Entretanto, el trabajo exigido por el condensador no se había reducido en lo más mínimo y no acertaba a dar con signo alguno que indicase un decreciente enrarecimiento del aire.

»*19 de abril*. Esta mañana, a eso de las nueve, para mi gran alegría, cuando la superficie de la luna se encontraba aterradoramente cercana y mis aprensiones al

máximo, la bomba de mi condensador dio por fin señales evidentes de una alteración atmosférica. Alrededor de las diez tuve razones para creer que su densidad había aumentado considerablemente. A las once poco trabajo reclamaba ya el aparato y a las doce, luego de algunas vacilaciones, me aventuré a destornillar el *tourniquet*. Al no advertir consecuencias adversas, abrí del todo el revestimiento de goma elástica, quitándolo del lugar que ocupara. Como era de esperar, espasmos y jaqueca fueron los efectos inmediatos de experimentación tan precipitada y ahíta de peligros. Pero decidí enfrentarme lo mejor posible a ésas y otras dificultades de la respiración, puesto que no llegaban a amenazar mi vida y quedarían sin duda atrás en cuanto me aproximara a los *estrata* cercanos a la luna, cuya densidad sería superior. La aproximación resultaba extremadamente arriesgada. No tardé en comprobar con alarma que aunque tal vez no me engañara en cuanto a la existencia de una atmósfera cuya densidad fuese proporcional a la masa del satélite, había errado al suponer que tal densidad, aun en la superficie, pudiera ser suficiente para sostener el gran peso contenido en la barquilla de mi globo. Aunque tal *debiera* haber sido el caso y eso en la misma medida que en la superficie de la tierra, la gravedad real de los cuerpos en ambos planetas dependía de la medida o grado de condensación atmosférica. Mi precipitada caída aportaba, sin embargo, pruebas de que tal *no era* el caso. *Por qué* no lo era, resulta algo que sólo puede explicarse haciendo referencia a las posibles perturbaciones geológicas a las que ya he aludido. De todos modos, ya estaba cerca del planeta y caía con terrible ímpetu. Me apresuré, en consecuencia, a arrojar por la borda, ante todo, el lastre, luego los barriles de agua, después mi aparato condensador con su agregado de goma elástica y por fin todo cuanto de peso había en la barquilla. Pero en vano. Seguía cayendo con terrible rapidez y apenas me encontraba a ochocientos metros de la superficie. Como último recurso, pues, me quité abrigo, sombrero y zapatos tras lo cual corté las cuerdas que unían la barquilla, cuyo peso no era escaso, al globo propiamente dicho, quedando yo colgado por ambas manos a la red. Apenas me quedó tiempo para observar que todo el campo, hasta donde se perdía de vista, estaba sembrado de innumerables y diminutos habitáculos. No tardé en caer de bruces en pleno corazón de una ciudad de fantástica apariencia y en medio de una gran muchedumbre de feos y pequeños seres, ninguno de los cuales dejó escapar una sílaba ni se dio el trabajo de prestarme auxilio. Permanecían allí, los muy imbéciles, riendo ridículamente y mirando recelosos mi persona y al globo. Volví el rostro con desdén hacia lo alto, donde se hallaba la tierra que poco antes abandonara, quizás para siempre. Parecía un inmenso escudo de cobre opaco de unos dos grados de diámetro, inmóvil en medio de los cielos y tocado en uno de sus bordes por un semicírculo creciente que se hubiese dicho del más brillante oro. No se veían huellas de tierra ni de agua y el conjunto aparecía moteado en diversos sitios. Las zonas tropicales y ecuatoriales lo circundaban.

»De tal modo, y espero con esto dar placer a Sus Excelencias, tras una serie de grandes ansiedades, peligros inauditos y escapadas únicas, había alcanzado a culminar felizmente mi travesía a los diecinueve días de partir de Rotterdam, sin duda la más extraordinaria y trascendental jamás acometida o concebida por cualquier habitante de la tierra.

»Pero aún he de continuar con el relato de mis aventuras. Sus Excelencias bien podrán imaginar que tras residir cinco años en un planeta no sólo profundamente interesante en sí gracias a su propio y peculiar carácter, sino, además, por la íntima conexión que guarda con el mundo habitado por el hombre, del cual es satélite, poseo información secreta que quisiera confiar tan sólo a la Escuela de Astrónomos del Estado. La misma supera en importancia al relato de las peripecias, por maravillosas que se juzguen, propias del *voyage* tan afortunadamente concluido. Tal es la situación. Poseo muchos, muchos conocimientos que comunicaría con el mayor placer. Gran parte de ellos tiene que ver con el clima del planeta, con sus prodigiosas alternancias de frío y calor, con su luz solar implacable y abrasadora que dura una quincena para dar luego paso a otra, de temperaturas más frías que las polares. Podría referirme también a la constante transferencia de humedad por destilación como la que se opera in vacuo desde el punto inmediatamente situado bajo el sol hasta el más alejado de él; a la zona variable de agua que corre; a los seres mismos, a sus costumbres, maneras e instituciones políticas; a la peculiar apariencia física que presentan; a la fealdad que les distingue; a su carencia de orejas, inútiles apéndices en una atmósfera tan particularmente modificada; a su consecuente ignorancia del uso y las propiedades del habla; al modo como sustituyen a la palabra acudiendo a un singular sistema de intercomunicación; a la incomprensible conexión entre cada individuo de la luna con algunos individuos de la tierra, conexión análoga a la de las órbitas del planeta y su satélite e igualmente dependiente, en virtud de lo cual vidas y destinos de los habitantes de uno se entretejen con las vidas y los destinos de los habitantes del otro. Pero sobre todo, si así place a Sus Excelencias, podré revelar muchos y oscuros misterios que existen en las regiones exteriores de la luna, regiones que, debido a la sincronización casi milagrosa de la rotación del satélite sobre su propio eje y a su sideral revolución en torno a la tierra, jamás han mirado hacia la tierra y, si a Dios así le place, jamás lo harán, para someterse al escrutinio de los telescopios humanos. Todo ello y mucho más aún, describiré con sumo agrado.

»Pero, para ser breve, he de recibir mi recompensa. Estoy ansioso por volver a mi familia y a mi hogar. Como precio de las ulteriores informaciones que revele, y considerando la luz que estoy en condiciones de arrojar sobre muchas ramas importantes de la ciencia física y metafísica, he de solicitar que, en mérito a la influencia del honorable cuerpo que Sus Excelencias rigen, se me absuelva del delito del que soy culpable por haber dado muerte a mis acreedores poco antes de dejar

Rotterdam. Tal es el propósito perseguido por la presente comunicación. El portador, habitante de la luna a quien he persuadido para que oficiara de mensajero tras instruirle adecuadamente, aguardará todo el tiempo preciso la decisión que Sus Excelencias tengan a bien adoptar, para retornar a mí con el perdón solicitado, si es que puede de algún modo obtenerse.

»Tengo el honor de quedar, etcétera. De Sus Excelencias el muy humilde servidor,

»Hans Pfaall».

Al terminar la lectura de tan extraordinario documento, el profesor Rubadub dejó, según se dice, caer al suelo su pipa, presa de extremada perplejidad; y Mynheer Superbus von Underduk, quien se había quitado las gafas, se puso a limpiarlas para guardarlas luego en uno de sus bolsillos. Había olvidado a estas alturas su persona y su rango hasta el punto de dar tres vueltas sobre sus tacones, en el colmo del asombro y la admiración. No le cabían dudas al respecto: el perdón debía concederse. Al menos eso fue lo que juró rotundamente el profesor Rubadub y lo que pensó por fin el ilustre Von Underduk al agarrar del brazo a su colega científico mientras, sin pronunciar palabra, Se abría camino hacia su casa, donde deseaba deliberar sobre las medidas que hubieran de adoptarse. Al llegar a las puertas del hogar del burgomaestre, el profesor se aventuró a sugerir que, dado que el mensajero había juzgado prudente desaparecer, atemorizado mortalmente a no dudarlo por la salvaje apariencia de los ciudadanos de Rotterdam, el perdón de poco valdría, puesto que nadie más que un hombre de la luna emprendería tan largo viaje. El burgomaestre concedió que la afirmación era certera y el asunto quedó pues en un punto muerto. No sucedió lo mismo con los rumores y las especulaciones. Al publicarse la carta hubo gran variedad de habladurías y menudearon las opiniones. Alguno que otro sabihondo se cubrió de ridículo al sostener que todo el episodio era pura paparrucha. Pero tal palabra es, según creo, un término general que tal clase de personas aplica a toda materia que se sitúa más allá de su comprensión. I’or mi parte, me siento incapaz de concebir sobre qué datos se fundaba la acusación.

Veamos lo que dicen.

Primero. Que ciertos bromistas de Rotterdam albergan cierta especial antipatía por ciertos burgomaestres y astrónomos.

Segundo. Que un extraño enanito y brujo de aldea que perdiera ambas orejas por obra de una fechoría, falta desde hace varios días de la vecina ciudad de Brujas.

Tercero. Que los papeles de periódico pegados por toda la superficie del globo correspondían a diarios de Holanda, de modo que no podían proceder de la luna. Se trataba de papeles sucios en extremo; y Gluck, el impresor, estaba dispuesto a jurar

sobre la Biblia que habían visto la luz en Rotterdam.

Cuarto. Que el propio Hans Pfaall, considerado como un pillo y un borracho, y los tres caballeros holgazanes a los que la carta llamaba acreedores del primero habían sido vistos dos o tres días antes en un bodegón de los suburbios, recién llegados, con dinero en los bolsillos, de un viaje ultramarino.

Finalmente. Que según opinión aceptada por la gran mayoría, o que debiera serlo, el Colegio de Astrónomos de la ciudad de Rotterdam, como todos los del resto del mundo —por no hablar de colegios y astrónomos en general— no son ni un ápice mejores ni mayores ni más sabios de lo que deben ser.

* * *

NOTA. — Estrictamente hablando, apenas existen similitudes entre el esbozo sin pretensiones que se ha leído y la *Historia de la Luna*, del señor Locke; pero, dado que ambos tienen el carácter de *paparruchas* (aunque el primero contiene mucha sorna en tanto el otro es un trabajo absolutamente serio) y que en los dos casos el tema es el mismo, vale decir la luna —los dos tratan, por lo demás, de acentuar la verosimilitud acudiendo a detalles científicos— el autor de *Hans Pfaall* considera necesario decir en defensa propia que su propio *jeu d'esprit* se publicó en el «Southern Literary Messenger» unas tres semanas antes de iniciarse el del señor L. en el «New York Sun». Imaginando una similitud que acaso no exista, algunos diarios de Nueva York copiaron el *Hans Pfaall*, cotejándolo con la *Paparrucha Lunar*, como medio de identificar al escritor del primero con el otro.

Dado que muchas personas más resultaron en verdad defraudadas por la *Paparrucha Lunar* aunque no quieran reconocerlo así, podría resultar divertido mostrar por qué nadie debió sentirse engañado, y puntualizar los detalles de la historia que debieron bastar para dejar sentado su verdadero carácter. En verdad, por rica que fuese la imaginación desplegada en este ingenioso relato, el mismo carece de gran parte de la fuerza que pudo darle un cuidado más escrupuloso de los hechos y la analogía general. Que el público se haya visto despistado, así fuera un instante, es hecho que sirve para probar la ignorancia enorme que prevalece en general cuando de temas astronómicos se trata.

La distancia entre la tierra y la luna es, en números redondos, de trescientos ochenta mil kilómetros. Si deseásemos establecer en qué medida una lente puede acercar el satélite (o cualquier objeto distante) sólo debemos, naturalmente, dividir la distancia por la ampliación o, más estrictamente, por el

índice de poder de penetración espacial del cristal. El señor L. hizo que su lente tuviera un poder de cuarenta y dos mil aumentos. Si se divide trescientos ochenta mil (distancia real a que se encuentra la luna) por aquella cifra, se obtienen noventa kilómetros, que vendrá a constituirse en distancia aparente. Ningún ser vivo podría ser visto a tal distancia y menos aún los diminutos puntos particularizados en la narración. El señor L. habla de las flores que llegó a ver Sir John Herschel (la *papaver rhoeas*, etcétera) y que distinguió el color y la forma de los ojos de los pajarillos. Poco antes, además, observó que su lente no podía captar objetos cuyo diámetro fuese inferior a cuarenta y cinco centímetros; pero aún esto, como he dicho, es conceder demasiada potencia al telescopio. Dicho sea de paso, se afirma que tan prodigiosa lente fue confeccionada en la óptica de los señores Hartley and Grant, en Dumbarton. Sin embargo, dicho establecimiento dejó de trabajar mucho antes de que la paparrucha se publicara.

En la página trece de su edición en forma de folleto, al referirse a un «velo velludo» existente sobre los ojos de una especie de bisonte, el autor sostiene: «Acudió de inmediato a la aguda inteligencia del doctor Herschel que tal era un rasgo providencial que servía para proteger la vista del animal de los cambios de luminosidad que iban desde el máximo brillo a la oscuridad completa, a que se ven sometidos periódicamente todos los habitantes del lado visible de la luna». No obstante, lo dicho no puede considerarse una observación muy «aguda» del doctor. Los habitantes del lado visible de la luna no conocen en absoluto la oscuridad, de modo que mal puede hablarse de los «máximos» que él menciona. En ausencia de sol, cuentan con la luz procedente de la tierra, que equivale a trece veces la de una luna, sin nubes.

La topografía es por doquier, aunque se adopte en general como bueno el mapa lunar de Blunt, enteramente distinta de lo que éste o cualquier otro mapa establecen y también varía mucho de una zona a otra. También los puntos cardinales están confundidos de manera inextricable. El autor parece ignorar que en un mapa lunar correcto tales puntos no se concuerdan con los terrestres. El Este se encuentra a la izquierda, etcétera.

Engañado tal vez por designaciones tan vagas como las de *Mare Nubium, Mare Tranquillitatis, Mare Foecunditatis*, etcétera, otorgadas a las zonas oscuras por astrónomos del pasado, el señor L. ha entrado en minucias respecto a océanos y otras masas de agua en la luna, cuando no hay punto en materia astronómica más positivamente probado que el referente a la total ausencia de tales masas en ella. Si se examinan las fronteras entre luz y sombra (hallándose el satélite en creciente) cuando tal frontera atraviesa alguna de dichas zonas oscuras, se observa que la línea divisoria es rugosa y

dentada. Si las mismas estuvieran cubiertas de líquido se las vería, evidentemente, tersas.

La descripción de las alas del murciélago-hombre en la página veintiuna no es sino una copia textual del informe de Peter Wilkins sobre las alas de sus isleños voladores. Este solo hecho podría haber suscitado sospechas, por tratarse aquélla de una obra de ficción.

En la página veintitrés nos encontramos con lo siguiente: «¡Cuán prodigiosa influencia ha de haber ejercido nuestro planeta, trece veces mayor que su satélite y sujeto pasivo de afinidad química, encontrándose ambos en estado embrionario en la matriz del tiempo!» La frase es muy bonita; pero bueno será señalar que ningún astrónomo habría formulado afirmación parecida a ningún periódico y menos aún a una revista científica, pues la tierra, en el sentido de que hablamos, no es trece sino cuarenta y nueve veces mayor que la luna. Objeción similar merece toda la parte final de la paparrucha. En ella, con el fin de introducir al lector en lo referente a ciertos descubrimientos sobre Saturno, el filosófico informante se adentra en una detallada descripción del planeta en términos más propios de un escolar, ¡y esto en el «Edinburgh Journal of Science»!

Pero hay un punto en particular que descubre la ficción. Imaginemos que alguien poseyera el poder realmente necesario para llegar a distinguir seres vivos en la superficie lunar. ¿Qué sería lo primero en atraer la atención del observador terrestre? Ciertamente no la conformación ni el tamaño ni demás particularidades de esa especie, sino, ante todo, su notable posición. ¡Podrían aparecérsele andando de cabeza, como las moscas en un techo! El observador real habría dejado escapar de inmediato una interjección de sorpresa (por preparado que se encontrase, gracias a conocimientos previos) ante la singularidad de la posición en que los viera. ¡En cambio el observador *ficticio* ni siquiera hace mención del asunto y dice haber visto los cuerpos enteros de tales criaturas cuando se le podría demostrar que pudo haber visto tan sólo el diámetro de sus cabezas!

También podría hacerse notar, a modo de conclusión, que el tamaño, y en particular los poderes, de los hombres murciélagos (la capacidad de éstos, por ejemplo, para volar en atmósfera tan enrarecida si es que en verdad la luna tiene atmósfera), así como la mayor parte de las demás fantasías sobre la existencia de animales y vegetales, se oponen en general a todos los razonamientos analógicos sobre estos temas. Sin embargo, aquí la analogía suele hacer las veces de demostración concluyente. Acaso resulte interesante agregar que todas las sugerencias atribuidas a Brewster y Herschel a principios del trabajo, sobre «una transfusión de luz artificial a través del objeto focal de

visión», etcétera, pertenecen a la especie de escritura figurada que cae propiamente bajo la denominación de galimatías.

Existe un límite real y muy preciso para efectuar descubrimientos ópticos entre las estrellas; un límite cuya naturaleza se comprende con sólo establecerlo. Si en verdad la construcción de telescopios llegase a ser tal como se requiere, el ingenio humano terminaría por colocarse a la altura de la tarea y podríamos tenerlos de todos tamaños. Lamentablemente, el aumento en el volumen de las lentes y, en consecuencia, en el poder de penetrar los espacios es proporcional a la disminución de la luz en el objeto, por obra de la difusión de sus rayos. Éste es un inconveniente contra el cual la inteligencia humana nada puede, puesto que sólo es posible ver un objeto mediante la luz directa o reflejada que lo envuelve. La única luz *artificial* que podría proporcionar el señor Locke sería la que él pudiese arrojar no ya sobre el «objeto focal de visión», sino sobre el objeto real que desea ver. En otras palabras, *sobre la luna*. Se ha calculado reiteradamente que cuando la luz proveniente de una estrella se difunde tanto que llega a hacerse tan débil como la luz natural que procede del conjunto de las estrellas en una noche clara y sin luna, la misma ya no es visible a efectos prácticos.

El telescopio del conde de Ross construido recientemente en Inglaterra, posee un *speculum* que mide ciento tres metros y medio de superficie reflectante, en tanto el de Hersche apenas cuarenta y seis. El tubo metálico de aquél tiene ciento ochenta y tres centímetros de diámetro y su ancho es de trece centímetros en los bordes y doce y medio en el centro. Pesa tres toneladas. La distancia focal llega a poco más de quince metros.

He leído recientemente un librito singular y bastante ingenioso, en cuya portada se lee: «*L'Homme dans la Ivne, ou le Voyage Chimérique fait au monde la Ivne, nouvellement découvert par Dominique González, Aduanturier Es pagnol, autrement dit le Courier Volant. Mis en notre langue par J. B. D. A. Paris, chez François Piot, près la Fontaine de Saint Benoist. Et chez J. Geignard, au premier pilier de la grand'salle du Palais, proche les Consultations, MDCXLVIII*». 176 páginas.

El escritor asegura haber traducido del inglés la obra de un tal mister D'Avisson (¿Davidson?). Pero hay mucha ambigüedad en la afirmación: «*l'en ai eu* —dice— *l'original de Monsieur D'Avisson, médecin des mieux verzez qui soient aujourd'hui dans la cônoissance des Belles Lettres, et surtout de la Philosophie Naturelle. Je lui ai cette obligation entre les autres, de m'auoir non seulement mis en main ce Livre en anglois, mais encore le manuscrit du Sieur Thomas D'Anan, gentilhomme Ecossois, recomendable para sa vertu, sur la version du quel j'ad-voue que j'ay tiré le pian de la mienne*».

Luego de narrar irrelevantes aventuras al estilo de las de Gil Blas, las cuales le llevan treinta páginas, el autor cuenta que, sintiéndose enfermo durante una travesía por mar, la tripulación le abandonó junto con su sirviente negro en la isla Santa Elena. Con el fin de contar con mayores posibilidades de conseguir alimentos, ambos se separaron para vivir tan lejos uno del otro como les fuera posible. Esto implicaba adiestrar palomas con el fin de que les sirviesen de correo. A poco, las mismas aprendieron a llevar también paquetes de cierto peso, que fue aumentado gradualmente. Al fin se les ocurre la idea de sumar las fuerzas de gran número de aves para que transporten al propio autor. Conciben un artefacto para llevar a cabo tal propósito y del cual el libro nos ofrece una detallada descripción, que se completa con un grabado en metal. En él vemos al señor González con gorguera y gran peluca, jinete en algo que se parece mucho a un palo de escoba, sostenido en el aire por multitud de cisnes salvajes (*ganzas*[4]), de cuyas colas cuelgan las cuerdas que sustentan al aparato.

El principal acontecimiento descrito en la narración del señor González gira en torno a un hecho de gran importancia del que no se da noticia al lector hasta acercarse el final del libro. Las ganzas, con las cuales llega a familiarizarse, no habitan en realidad la isla de Santa Elena, sino la luna. Siguiendo una inmemorial costumbre, emigran anualmente desde nuestro satélite hasta alguna zona de la tierra. Pero al llegar la estación propicia deben, naturalmente, volver a casa. Así el autor, que sólo pretendiera un día requerir los servicios de las aves con el fin de realizar un corto viaje, es llevado inesperadamente hacia las alturas hasta que, luego de un tiempo muy breve, llega al satélite. Allí se encuentra, entre otras cosas raras, con que las gentes disfrutan de una felicidad extrema; que carecen de leyes; que mueren sin sufrir; que miden de uno a diez metros; que viven quinientos años; que son regidos por un emperador llamado Irdonozur y que les es posible saltar dieciocho metros y, libres de la fuerza de gravitación, volar sirviéndose de abanicos.

No resisto la tentación de ofrecer un espécimen de la *filosofía* general del libro.

«He de describir al lector —dice el señor González— la naturaleza del lugar en que me encontré. Todas las nubes estaban bajo mis pies o, si se prefiere, extendidas entre mi persona y la tierra. En cuanto a las estrellas, *como no había allí noche, mostraban siempre él mismo aspecto. No brillante como nos resulta habitual, sino pálido y muy semejante al de la luna por la mañana*. Sin embargo, eran perceptibles unas pocas que parecían diez veces (si no me equivoco) más grandes de lo que resultan vistas desde la tierra. La luna, a la

que sólo faltaban dos días para estar llena, era tremendamente grande.

»Debo recordar que las estrellas sólo aparecían en el lado del globo vuelto hacia la luna; y que cuanto más cerca de ellas se hallaban, mayores parecían. Recuerdo asimismo que, fuese el tiempo bonancible o borrascoso, me encontraba siempre en medio de la distancia más corta entre la luna y la tierra. Estaba convencido de ello por dos razones: porque mis aves volaban siempre en línea recta y porque en cuanto intentábamos descansar *éramos arrastrados insensiblemente en torno al globo terráqueo*. Por mi parte comparto la opinión de Copérnico, quien sostiene que la tierra nunca deja de girar de *Este a Oeste*, pero no sobre los polos equinocciales, llamados comúnmente polos del mundo, sino sobre los del zodiaco. Sobre este punto me propongo hablar con mayor amplitud cuando cuente con tiempo para refrescarme la memoria en materia astrológica, la cual estudié en Salamanca siendo joven para olvidarla luego».

Dejando de lado los dislates que he reproducido en cursiva, el libro no carece de cierto derecho a ser atendido, ya que proporciona una muestra ingenua de las nociones astronómicas al uso en nuestros días. Una de ellas consiste en presumir que el «poder gravitacional» sólo se extiende hasta una distancia corta de la superficie terrestre. Así vemos a nuestro viajero «arrastrado insensiblemente en torno al globo», etcétera.

Ha habido otros «viajes a la luna», pero ninguno tan meritorio como el que acabo de mencionar. El de Bergerac es absolutamente insensato. En el tercer volumen de la «American Quarterly Review» se encontrará una minuciosa crítica sobre cierto «viaje» de la especie que nos ocupa; una crónica en la que resultaría difícil decidir qué pone más de manifiesto el crítico, si la estupidez del libro o su propia y absurda ignorancia de la astronomía. No recuerdo el título de la obra, pero el medio empleado para viajar, deplorable en su concepción, resulta más pobre que el de las ganzas imaginadas por nuestro buen amigo el señor González. El aventurero, al cavar la tierra, da con un metal peculiar por el que la luna siente fuerte atractivo. De inmediato construye con él una caja que, dejada sin ninguna atadura terrestre, vuela; con ella despega el escritor rumbo al satélite. *El vuelo de Thomas O'Rouke* es un *jeu d'esprit* no del todo desdeñable y ha sido traducido al alemán. Thomas, héroe de la historia, es en realidad guardabosque de un noble irlandés, cuyas excentricidades son las que dan lugar al relato. El «vuelo» se lleva a cabo sobre un águila que se eleva desde Bantry Bay.

En todas esas *brochures*, el propósito es siempre la sátira, ya que describen las costumbres de los selenitas cotejándolas con las nuestras. En ninguna hay esfuerzos que persigan la credibilidad de los detalles del viaje en sí. Se diría

que los autores desconocen por completo en todos los casos cuanto tiene que ver con la astronomía. En *Hans Pfaall* la concepción es original y lo mismo cabe decir del intento de dar verosimilitud al relato por aplicación de principios científicos (en la medida en que la antojadiza naturaleza del tema lo permite) a la descripción del viaje entre la tierra y la luna.

LA CONVERSACION DE EIROS Y CHARMION

Te traeré el fuego.

(Eurípides, *Andrómaca*)

EIROS

¿Por qué me llamas Eiros?

CHARMION

Te llamarás así desde hoy y para siempre. También habrás de olvidar mi nombre terrenal y llamarme Charmion.

EIROS

¡Realmente esto no es un sueño!

CHARMION

Ya no hay sueños entre nosotros. Pero de estos misterios hablaremos luego. Me alegra verte como si estuvieras vivo, y oírte razonar. El velo de sombra ya ha desaparecido de tus ojos. Ten ánimo y nada temas: se cumplieron tus asignados días de sopor y mañana yo misma te introduciré en todas las alegrías y las maravillas de tu nueva existencia.

EIROS

Ciertamente no siento sopor alguno. En absoluto. El violento malestar y la oscuridad terrible me han abandonado y ya no oigo ese ruido disparatado, impetuoso y horrible, parecido a «la voz de numerosas aguas» del Apocalipsis. Sin embargo, mis sentidos están ofuscados, Charmion, por la agudeza con que perciben lo nuevo.

CHARMION

Unos pocos días borrarán todo eso; te comprendo muy bien y sé cómo te sientes. Hace ya una década terrenal que pasé por lo que tú pasas y el recuerdo aún pesa sobre mí. Pero ya has sufrido todos los padecimientos que debías soportar en Aidenn[5].

EIROS

¿En Aidenn?

CHARMION

En Aidenn.

EIROS

¡Oh, Dios mío! ¡Apiádate de mí, Charmion! Estoy abrumada ante la majestad de todas las cosas; ante lo desconocido ahora conocido; ante el Futuro conjeturado que se funde en el augusto y cierto Presente.

CHARMION

No te aferres ahora a tales reflexiones. Mañana hablaremos de eso. Tu mente vacila; pero su agitación hallará alivio en el ejercicio de los recuerdos simples. No mires a tu alrededor ni hacia delante, sino hacia atrás. Ardo de ansiedad por oír detalles sobre el prodigioso suceso que te ha arrojado a nuestro seno. Cuéntame. Conversemos de temas conocidos en el viejo y familiar lenguaje del mundo que tan espantosamente ha perecido.

EIROS

¡Espantosamente, sí! En verdad, no es sueño.

CHARMION

Ya no hay sueños. ¿Fui muy llorada, Eiros mío?

EIROS

¿Llorada, Charmion? Oh, sí; muchísimo. Hasta aquel instante, final para todos, pendió una nube de intenso pesar y de devota pena sobre tu familia.

CHARMION

Y ese instante final… Háblame de él. Ten en cuenta que, aparte del escueto hecho de la catástrofe misma, lo desconozco todo. Cuando, tras abandonar el reino de los hombres, penetré en la Noche franqueando la Tumba… Por entonces, si recuerdo bien, la calamidad que recayó sobre vosotros era completamente imprevisible. Aunque, a decir verdad, poco sabía yo de la filosofía especulativa de aquel tiempo.

EIROS

Esa calamidad en particular resultaba, como dices, enteramente imprevisible; sin embargo, desventuras análogas eran tema de discusión entre los astrónomos desde tiempo atrás. No será menester decirte, amiga mía, que incluso cuando tú nos dejaste, los hombres habían coincidido en interpretar los pasajes de los más sagrados escritos que hablan de la final destrucción de todas las cosas por el fuego, como alusiones referentes tan sólo al globo de la tierra. Pero en lo que respecta al agente inmediato de la destrucción, los razonamientos estaban errados desde aquella era del conocimiento astronómico en la que los cometas fueran despojados de la terrorífica condición de incendiarios. La modestísima densidad de tales cuerpos había quedado bien establecida. Se les había observado a su paso entre los satélites de Júpiter, sin producir ninguna alteración sensible en las masas ni en las órbitas de esos planetas secundarios. Hacía tiempo que considerábamos a esos vagabundos como vaporosas creaciones de inconcebible ligereza, completamente incapaces de causar daño alguno a nuestro macizo globo, ni siquiera en el caso de que se produjese un contacto. Pero tampoco el contacto se esperaba, ya que los elementos de todos los cometas se conocían con exactitud. Que entre ellos debiéramos buscar al agente de la temida destrucción ígnea era algo que durante muchos años se consideró una idea inadmisible. Pero en los últimos días, portentos y desatinadas fantasías menudearon extrañamente entre los hombres; y, aunque la verdadera aprensión prevaleciera tan sólo en un reducido grupo de ignorantes, lo cierto es que, al anunciar los astrónomos un *nuevo* cometa, la noticia fue acogida en general con un no sé qué de agitación y desconfianza.

Los elementos del extraño orbe fueron calculados de inmediato y todos los observadores admitieron unánimemente que su curso, en el perihelio, le acercaría mucho a la tierra. Dos o tres astrónomos de menor autoridad sostuvieron resueltamente que el contacto era inevitable. No puedo expresarte bien el efecto que dicha afirmación causó en la gente. Durante unos días todos se negaron a creer una aseveración que sus mentes, por tanto tiempo ocupadas en consideraciones profanas, eran por completo incapaces de concebir. Pero la verdad de un hecho de vital importancia no tarda en abrirse paso hasta la comprensión de los más estúpidos. Por fin todos aceptaron que el conocimiento astronómico no mentía y esperaron al cometa.

Al principio no se acercó a velocidad perceptible y su aspecto no revestía carácter insólito. Era de un rojo apagado y su estela apenas apreciable. Durante siete 11 ocho días no vimos un aumento material en su diámetro aparente; sólo una parcial alteración del color. Entretanto, las ocupaciones ordinarias de los hombres fueron descuidadas y todo el interés se centró en las crecientes discusiones, comenzadas por los científicos, que planteaban el problema de la naturaleza del cometa. Hasta los más rematados ignorantes espolearon sus remolonas capacidades para alternar en el

intercambio de consideraciones. Los instruidos *por fin* dedicaron su inteligencia, su alma, a algo distinto de sus esfuerzos por disipar el miedo o sostener una preciada teoría. Buscaron y se afanaron por hallar ideas correctas. Clamaron por un conocimiento perfeccionado. *La verdad* se alzó con la pureza que da la fuerza y la completa majestad, de modo que los sabios se postraron para adorarla.

Que del temido choque resultaran daños materiales a nuestro globo y sus habitantes, era opinión que fue perdiendo gradualmente fuerza entre los doctos; y éstos gozaban ya de plenos poderes para gobernar la razón y la fantasía de las multitudes. Se demostró que la densidad del *núcleo* del cometa era mucho menor que la de nuestro gas más rarificado y se hizo hincapié sobre el inocente paso de un visitante similar entre los satélites de Júpiter. Esto último sirvió en buena medida para aliviar el terror. Los teólogos, con gravedad alimentada de miedo, se atuvieron a las profecías bíblicas y las explicaron a las gentes con llaneza y simplicidad tales que no conocían precedentes. Que la destrucción final de la tierra sobrevendría por obra del fuego era un concepto machacado con tal celo que ganaba la convicción de todo el mundo; y que los cometas no eran de naturaleza ígnea (como todos sabían ya) era una verdad que a todos tranquilizaba ante el temor de que pudiera acaecer la gran calamidad predicha. Conviene destacar que los prejuicios populares y los errores comunes en lo que tiene que ver con pestilencia y guerras —errores que tienden a prevalecer en cuanto aparece algún cometa— resultaron completamente desconocidos en esta ocasión: como por obra de un súbito esfuerzo, la razón, por una vez, desterró de su trono a la superstición. La más débil de las inteligencias extrajo vigor del apasionado interés reinante.

En cuanto a los males menores que pudiera acarrear el contacto, constituyeron tema de complicadas discusiones. Los eruditos hablaron de alteraciones geológicas de poca monta, de probables cambios de clima y, en consecuencia, de vegetación; también aludieron a posibles influencias magnéticas y eléctricas. Muchos sostuvieron que ningún efecto perceptible o visible iba a producirse en absoluto. Mientras arreciaban las discusiones, el tema de las mismas no cesaba de aproximarse. Su diámetro aparente crecía y su brillo se tornaba más intenso. La humanidad palidecía más y más, a medida que se acercaba. Todas las actividades humanas quedaron suspendidas.

Llegó un momento en que el cometa alcanzó por fin un tamaño superior al de cualquier aparición previamente registrada. La gente entonces, dejando a un lado toda tenaz esperanza en la equivocación de los sabios, experimentó sin excepción toda la certidumbre del mal. Se esfumó el aspecto quimérico de los terrores. Los corazones de los hombres más recios de nuestra especie latieron con violencia en sus pechos. Y pocos días bastaron para fundir aún sensaciones tales en una masa de emociones más intolerables. Ya no podíamos aplicar al extraño orbe ningún concepto *ordinario*. Sus

atributos *históricos* habían desaparecido. Nos oprimía con su terrible *novedad*. Lo vimos no ya como un fenómeno astronómico en los cielos, sino como un peso en nuestros corazones y una sombra sobre nuestros cerebros. Había asumido, con inconcebible rapidez, el carácter de un gigantesco manto de raro fuego, que se extendía de horizonte a horizonte.

Un día más y los humanos respiraron con más libertad. Resultaba claro que nos encontrábamos ya dentro del campo de influencia del cometa; y sin embargo, vivíamos. Hasta llegamos a sentir una desacostumbrada elasticidad en los miembros y mayor vivacidad de razonamiento. La extremada ligereza del objeto de nuestros temores era ya aparente: los objetos celestiales eran claramente visibles a través de él. Mientras, nuestra vegetación se había alterado de forma evidente y cobramos confianza, porque tal circunstancia había sido predicha por los sabios. Una exuberancia de follaje tal como nunca se viera antes se dio en todos los vegetales.

Otro día más… y el mal no estaba en absoluto sobre nosotros. Era evidente ahora que lo primero que nos alcanzaría iba a ser su núcleo. Un formidable cambio se operó en todos; y la primera sensación de *dolor* fue el tremendo signo que dio paso a los lamentos y al espanto generales. Esta primera percepción dolorosa consistía en una constricción muy fuerte en el pecho y pulmones. La piel se nos resecó, causándonos insufribles padecimientos. No podía negarse que nuestra atmósfera había sido afectada de manera radical. La conformación de dicha atmósfera y las posibles modificaciones a las que quedaría sujeta constituían ahora los temas de todas las conversaciones. El resultado de las pesquisas desató un escalofrío eléctrico del más intenso terror a través del humano corazón universal.

Se sabía de antiguo que el aire que nos envolvía era una mezcla de oxígeno y nitrógeno, en proporción de veintiuna partes de oxígeno y setenta y nueve de nitrógeno por cada cien unidades de atmósfera. El oxígeno encerraba el principio de la combustión y era el vehículo del calor, de modo que resultaba absolutamente necesario para el mantenimiento de la vida. Se le consideraba el agente más poderoso y enérgico existente en la naturaleza. El hidrógeno, por el contrario, era incapaz de sostener la vida y la combustión. Una cantidad anormal de oxígeno daría por resultado, según se afirmaba, la exaltación de ánimos que experimentábamos precisamente por esos días. La extensión de dicha idea hasta su límite fue lo que motivó el pánico. ¿Cuál sería el resultado de una extracción total de nitrógeno? Pues una combustión inextinguible, devoradora, todopoderosa e inmediata; la realización cabal, en todos sus minuciosos y terribles detalles, del anuncio flamígero y aterrador contenido en las profecías del Libro Sagrado.

¿A qué pintarte, Charmion, el desencadenamiento del frenesí entre la especie humana? Aquella ligereza del cometa que al principio nos inspirara esperanza se transformó en fuente de amargura y desesperación. En su impalpable cualidad

gaseosa vimos con toda nitidez la consumación del Destino. Entretanto pasó un día más, llevándose consigo la última sombra de Esperanza. Jadeábamos en medio de la rápida modificación del aire. La sangre roja batía tumultuosamente en sus estrechos canales. Un furioso delirio se apoderó de todos y, con los brazos tendidos rígidamente hacia el cielo amenazante, todos temblaron y lanzaron alaridos. Pero el núcleo destructor se encontraba ya sobre nosotros… Aún aquí, en Aidenn, me estremezco al hablar. Seré breve, tan breve como la ruina que nos aplastó. Por un momento sólo se vio una fantástica y espeluznante luz, que alumbró y penetró todas las cosas. Luego, ¡postrémonos, Charmion, ante la suprema majestad del gran Dios! Luego se alzó un clamor estruendoso y general, que se hubiese dicho escapado de la propia boca de Él. Mientras duró, toda la masa de éter de que gozábamos y en la que existíamos estalló al mismo tiempo, transformándose en una especie de intensa llamarada para describir la cual, con su brillantez infinita y su calor hirviente, ni los ángeles del alto Cielo de la pura sabiduría tienen palabras. Así terminó todo.

UN DESCENSO EN EL MAELSTRÖM

«Los caminos de Dios en la Naturaleza, como en la Providencia, no son *nuestros* caminos. Tampoco las obras que edificamos pueden compararse, de ningún modo, a la inmensidad, profundidad e inescrutabilidad de Sus obras, *que tienen en si una profundidad mucho mayor que el pozo de Demócrito*.»

Joseph Glanville

Habíamos alcanzado ya la cumbre del risco más elevado y durante algunos minutos el viejo parecía estar demasiado exhausto para hablar.

—No hace mucho tiempo —dijo por fin— que yo podría haberle guiado por este camino tan bien como el más joven de mis hijos. Pero, hace cosa de tres años, me sucedió algo que nunca le ocurrió a otro mortal… o, por lo menos, a ninguno que sobreviviera para contarlo y las seis horas de terror espantoso que soporté entonces quebrantaron para siempre mi cuerpo y mi alma. Quizás usted crea que soy muy viejo, pero no es así. Bastó menos de un día para que mis cabellos negros como el azabache se volvieran blancos, mis miembros se debilitaron y mis nervios se alterasen tanto que me echo a temblar ante el menor esfuerzo y hasta una sombra me asusta. ¿Creerá usted que apenas puedo mirar desde esta pequeña altura sin sentir vértigo?

La «pequeña altura» a cuyo borde se había tendido a descansar, tan descuidadamente que la parte más pesada del cuerpo sobresalía del mismo de forma que gracias a que tenía apoyado el codo en el borde resbaladizo evitaba la caída, aquella «pequeña altura» se elevaba sobre un precipicio cortado a pico, cuyos costados eran de brillante roca, y que alcanzaba una profundidad de alrededor de quinientos metros, sobre muchísimos despeñaderos situados más abajo. Por nada del mundo yo me habría situado a menos de seis metros del borde. Estaba tan impresionado por la peligrosa postura de mi compañero que me tendí en el suelo, me aferré a los arbustos que tenía a mi alcance y ni siquiera me atreví a mirar al cielo, mientras luchaba en vano conmigo mismo para rechazar la idea de que los cimientos de la montaña peligraban debido a la furia de los vientos. Pasó bastante tiempo antes de que pudiera tranquilizarme y cobrar el valor suficiente para sentarme y mirar a la lejanía.

—Trate de dominar sus temores —dijo el guía—, ya que lo traje aquí para que gozara usted de la mejor vista del paraje donde ocurrió el hecho que le he mencionado y contarle toda la historia en el mismo lugar en que sucedió.

»Nos hallamos —prosiguió, con la afición a la prolijidad que le distinguía—, nos hallamos muy cerca de la costa noruega, a los sesenta y ocho grados de latitud, en la

gran provincia de Nordland, en el triste distrito de Lofoten. La montaña en cuya cima estamos se llama Helseggen, la Brumosa. Incorpórese un poco y agárrese de las matas si se marea… ¡eso es! Ahora mire usted hacia allá, hacia el mar, más lejos de este cinturón de vapor que nos rodea.

Miré, presa del vértigo, y contemplé una vasta extensión del océano. El color de las aguas era oscuro como la tinta y trajo a mi memoria el relato del geógrafo nubio del *Mare Tenebrarum*. Ninguna imaginación humana podría concebir un panorama más deploradamente desolado. A derecha e izquierda y hasta donde podía alcanzar la mirada veíanse extendidas, como murallas del mundo, hileras de acantilados negros parecidos a insectos que se encaramasen, y su lúgubre aspecto era acentuado por la espuma de las olas que rompían a gran altura su blanca y pálida cresta, entre aullidos y rugidos incesantes. Exactamente enfrente del promontorio en cuya cima estábamos y a unas cinco' o seis millas mar adentro, se divisaba una islita al parecer desierta; quizá sería más exacto decir que podía adivinarse su posición gracias a los alborotados rompientes que la rodeaban. A cosa de dos millas más cerca se veía otra islita, aún más pequeña, horriblemente abrupta y estéril, rodeada en varias partes por montones de rocas negras.

En el espacio que había entre la isla más distante y la orilla, el océano ofrecía un aspecto en verdad extraordinario. Aunque en aquel momento soplaba un fuerte viento hacia tierra, un bergantín que navegaba mar afuera, lo hacía con dos rizos en la vela mayor y desaparecía con frecuencia todo su casco oculto por las aguas; no obstante en el espacio mencionado no se apreciaba ningún impulso regular del viento y del mar, sólo unas acometidas cortas, rápidas y coléricas del agua en todas direcciones, tanto en la del viento como en las contrarias. No había mucha espuma, excepto en la inmediata proximidad de las rocas.

—La isla más alejada —continuó el guía— es llamada Vurrgh, por los noruegos. La más cercana es Moskoe. La que está a una milla hacia él Norte, se llama Ambaaren. Más lejos están Islesen, Hotholm, Keildhelm, Suarven, y Buckholm. Más apartadas aún, entre Móskoe y Vurrgh, se encuentran Otterholm, Flimen, Sandflesen y Skarholm. Tales son los verdaderos nombres de estos lugares, pero el que se les haya dado nombre a todos ellos es algo que ni usted ni yo podemos comprender. ¿Ha oído algo? ¿Ve algún cambio en el agua?

Llevábamos cerca de diez minutos en la cima del Helseggen, a la que ascendimos desde el interior de Lofoten, de modo que no pudimos ver el mar ni una sola vez hasta que se nos ofreció de improviso al llegar a la cima. Mientras el viejo hablaba, oí, efectivamente, un fuerte sonido que aumentaba por momentos y que parecía el mugido de un enorme rebaño de búfalos en una pradera americana. En seguida observé que el océano, hasta entonces picado, como dicen los marinos, cambiaba rápidamente, convirtiéndose en una corriente que iba en dirección Este. Mientras

miraba, la corriente adquirió una velocidad monstruosa. Por segundos aumentaba su velocidad hasta alcanzar una desatada impetuosidad. En cinco minutos todo el mar hasta Vurrgh estaba dominado por una furia incontenible, pero entre la costa y Moskoe el rugido se oía con más intensidad. Allí, la vasta superficie de las aguas parecía dividirse en mil distintas direcciones, que entrechocaban y se agitaban con convulsiones frenéticas, hinchándose, hirviendo, silbando y girando en gigantescos e incontables vórtices, pero siempre en dirección Este, con una velocidad que el agua no adquiere en ningún otro lugar, excepto en las cataratas y en las cascadas.

Al cabo de unos minutos se produjo otra radical alteración de la escena. La superficie en general se alisó algo y los remolinos fueron desapareciendo uno tras otro, en tanto que hacían su aparición unas prodigiosas líneas de espuma donde antes no había nada. Finalmente esas fajas extendiéndose a gran distancia y poniéndose en comunicación, iniciaron por sí mismas un movimiento giratorio semejante al de los desaparecidos remolinos y parecieron formar el germen de otro más amplio. De pronto, de manera repentina, adquirió una existencia clara y definida, convirtiéndose en un círculo de más de una milla de diámetro. El borde del remolino estaba representado por una ancha laja de espuma resplandeciente pero ni una sola gota de ella resbalaba al interior del tremendo embudo, cuya parte interna, a juzgar por lo que podía verse, la formaba una pared de agua lisa, brillante y negra como el azabache. Con respecto al horizonte la pared tenía la inclinación de un ángulo de cuarenta y cinco grados, y giraba incesante y rápida con un movimiento oscilante y tumultuoso y lanzando a los aires un sonido parecido a una voz suplicante, mitad chillido, mitad rígido, tan fuerte que ni siquiera el Niágara poderoso lo eleva tan alto hacia los cielos en su caída.

La montaña se sacudía hasta los cimientos y las rocas oscilaban. Volví a tenderme boca abajo y me aferré a los escasos matorrales embargado por una extraordinaria agitación.

—Esto —pude por fin decirle al viejo— no puede ser otra cosa que el gran remolino del Maelström.

—Así es como lo llaman a veces —respondió—. Nosotros, los noruegos, lo llamamos el Moskoe-ström, por encontrarse la isla de Moskoe a mitad de camino.

Las descripciones corrientes de aquel vórtice no me habían preparado de ningún modo para lo que vi. La relación de Joñas Ramus, que es acaso la más detallada de todas, no puede dar ni la más pálida idea del horror y de la magnificencia de la escena, como tampoco del pasmo y sensación de *novedad* que confunde al espectador. Ignoro desde qué punto de vista presenció el narrador aquel fenómeno y en qué época, pero sí estoy seguro de que no la vio desde la cumbre del Helseggen, ni durante una tormenta. He aquí algunos pasajes de su descripción que merecen citarse por los detalles, aunque la impresión es demasiado pobre comparada con la realidad

del espectáculo.

«Entre Lofoten y Moskoe —escribe—, la profundidad del agua anda entre las treinta y seis y las cuarenta brazas, pero del otro lado, en dirección a Ver (Vurrgh) esta profundidad disminuye tanto que no ofrece paso conveniente para un barco, a menos de correr el riesgo de encallar, lo que ocurre incluso en tiempo de bonanza. Durante la pleamar la corriente sube entre Lofoten y Moskoe con una rapidez extraordinaria, pero el rugido del impetuoso reflujo apenas es igualado por las cataratas más ruidosas e importantes. El estrépito se oye a la distancia de varias leguas y los vórtices y los abismos son tan extensos y profundos que si un barco es atraído por ellos es inevitablemente absorbido y arrastrado hasta el fondo, donde se despedaza contra las rocas y una vez que las aguas se han tranquilizado suben a la superficie los restos del naufragio. Pero esos intervalos de calma aparecen únicamente entre el flujo y el reflujo en tiempo bonancible y sólo duran un cuarto de hora y entonces, gradualmente, vuelve la violencia. Cuando la corriente es más impetuosa y su furia acrecentada por la tempestad, existe un gran peligro en acercarse a menor distancia de una milla noruega. Botes, yates y buques se han perdido por no tomar precauciones antes de llegar a su alcance. Igualmente sucede a menudo que las ballenas se acerquen demasiado a la corriente y son dominadas por su violencia; es imposible describir su clamor y sus mugidos tratando de escapar. En cierta ocasión, un oso que intentaba ir a nado desde Lofoten a Moskoe, fue atrapado por el remolino y el animal rugía tan fuerte que podía oírsele desde la costa. Grandes cantidades de troncos de abetos y de pinos, absorbidos por la corriente, reaparecen luego tan triturados y astillados que los fragmentos parecen erizados de espinas. Eso demuestra que el fondo está constituido por rocas puntiagudas contra las que los troncos son arrastrados de acá para allá. Esta corriente está regulada por el flujo y el reflujo del mar, de modo que cada seis horas alcanza el máximo de su intensidad. En el año 1645, por la mañana temprano del domingo de sexagésima, su ímpetu y violencia fue tal que hasta se cayeron piedras de las casas de la costa».

En cuanto a la profundidad del agua, no puedo imaginarme cómo pudieron averiguarla en la inmediata vecindad del vórtice. Las «cuarenta brazas» deben referirse sólo a aquellas partes del canal más cercanas a la costa de la isla de Lofoten o la de Moskoe. La profundidad en el centro del Moskoe-ström debe ser inconmensurablemente mayor y no hay mejor prueba de este hecho que la que se puede obtener con la contemplación del abismo del remolino desde la punta más elevada del Helseggen. Mirando hacia el fondo, desde el pináculo, al Flegeton rugiente, no pude por menos que sonreír al pensar en la simplicidad con que el sincero Joñas Ramus registra, como detalles difíciles de creer, las anécdotas sobre ballenas y osos. Lo que me parecía evidente era que los buques de mayor calado existentes que entraran en la zona de influencia de su mortal atracción, podrían

resistir aún menos que una pluma en el huracán y desaparecerían total e inmediatamente.

Los intentos para explicarse el fenómeno, algunos de los cuales recuerdo que me parecieron muy plausibles al leerlos, ahora aparecían bajo una luz muy diferente y poco satisfactoria. La idea, por lo general aceptada, era la de que aquel vórtice, y también tres más pequeños entre las islas Feroe, «no tienen otra causa que la colisión de las olas entre sí y contra una línea de rocas y arrecifes, en el flujo y en el reflujo, y el agua queda confinada de forma que se precipita como una catarata, y así, cuanto mayor es la altura de la marea, más profunda es la caída y la natural resultante es un remolino o vórtice, cuya prodigiosa succión ha sido suficientemente demostrada con experimentos hechos a pequeña escala». Ésos son los términos de la *Enciclopedia Británica*. Kircher y otros suponen que en el centro del canal del Maelström existe un abismo que se adentra en el globo terráqueo, cuya salida se encuentra en algún lugar muy remoto (el golfo de Botnia es, en un caso determinado, citado concretamente). Esta opinión, aunque carente de base, era la que creía más verosímil cuando contemplaba el espectáculo, y al comentarla con mi guía quedé bastante sorprendido al oírle decir que, a pesar de ser la opinión casi universalmente aceptada sobre el asunto por la mayor parte de noruegos, no era, sin embargo, la suya propia. En cuanto a la primera opinión me confesó que era incapaz de comprenderla, cosa en la que yo estaba de acuerdo, ya que, por muy clara que parezca al leerla, se hace del todo incomprensible, incluso absurda, cuando se percibe el trueno del abismo.

—Usted ha podido observar perfectamente el remolino —siguió mi guía— y si rodea usted este risco, para ponernos a sotavento a fin de que no nos moleste tanto el rugido del agua, le contaré una historia que le convencerá de que tengo mis razones para saber algo acerca del Moskoe-ström.

Me coloqué según sus deseos y el viejo prosiguió:

—Yo y mis dos hermanos éramos propietarios de un queche, arbolado como goleta, de cerca de setenta toneladas de desplazamiento y con él solíamos pescar entre las islas, más allá de Moskoe, cerca de Vurrgh. En determinadas oportunidades la pesca es abundante en las violentas mareas de esas aguas, pero hay que tener el valor de afrontarlas. En toda la costa de Lofoten, nosotros tres éramos los únicos que nos dedicábamos, de modo regular, a la pesca entre las islas. Los lugares más frecuentados están mucho más al Sur. Es donde puede faenarse a cualquier hora, con poco-riesgo y, en consecuencia, son los lugares preferidos. Los mejores puntos de ahí enfrente, entre las rocas, no solamente abundan en las vaciedades más finas, sino que la pesca es mucho más abundante. En esta forma a menudo pescábamos en un solo día más que otros más tímidos podían conseguir en toda una semana. En realidad, especulábamos temerariamente: el riesgo de la vida a cambio de menor trabajo, y el valor era nuestro capital.

»Fondeábamos el queche en una ensenada de la costa, unas cinco millas más arriba. Teníamos la costumbre, cuando el tiempo era bonancible, aprovechar los quince minutos de calma para avanzar a través del canal principal del Moskoe-ström, mucho más arriba del remolino y luego echábamos el ancla cerca de Otterholm o Sandflesem, donde los remolinos son menos violentos que en otras partes. Allí esperábamos hasta que renaciera la calma y entonces levábamos el ancla y nos dirigíamos hacia casa. Nunca emprendíamos la expedición si no podíamos contar con un viento regular de lado, tanto para la ida como para la vuelta (un viento en que poder confiar y que no nos fallaría al regreso) y muy pocas veces nos equivocábamos en este detalle. Sólo dos veces, en seis años, nos vimos obligados a permanecer anclados durante toda la noche a causa de la calma absoluta, cosa nada común en esos lugares. En otra ocasión tuvimos que permanecer casi una semana en nuestro lugar habitual, casi muriéndonos de hambre, debido a una galerna que empezó a soplar a nuestra llegada y que agitó tanto el canal que ni siquiera podía pensarse en atravesarlo. En esta ocasión habríamos podido ser arrastrados mar afuera a pesar de todo (porque los remolinos nos hacían girar con tanta violencia que al fin largamos el ancla y la íbamos arrastrando), si no hubiéramos ido a parar a una de las incontables corrientes de través, que hoy están y al otro día desaparecen, que nos condujo a sotavento de Flimen, donde por suerte nos detuvimos.

»No podría contarle ni la vigésima parte de las dificultades que atravesamos en “nuestro terreno de pesca”: no es lugar aconsejable para quedarse aun en bonanza, pero siempre nos atrevimos a retar el Moskoe-ström sin accidentes. Aunque, a decir verdad, en más de una ocasión se nos ponía un mido en la garganta si llegábamos allí un minuto antes o después del intervalo de calma. El viento no era a veces tan fuerte como creíamos a la salida y entonces avanzábamos menos de lo deseable, mientras que la corriente hacía difícil gobernar el queche. Mi hermano mayor tenía un hijo de dieciocho años y yo, por mi parte, era padre de dos robustos mozos. Nos habrían sido de gran ayuda en aquellos tiempos, ya fuera usando los remos, ya fuera ayudándonos en la pesca, pero si bien estábamos dispuestos a arrostrar el peligro nosotros mismos, nos hubiera partido el corazón poner a los muchachos en tales bretes ya que, en definitiva, era un peligro evidente, era un horrible riesgo. Ésa. es la verdad.

»Dentro de pocos días se cumplirán tres años de la aventura que le voy a relatar. Era el 10 de julio de 18…, un día que la gente de aquí nunca olvidará, ya que tal día sopló el huracán más terrible surgido de los cielos. Sin embargo, durante toda la mañana y hasta avanzada hora de la tarde sopló una suave brisa del Sudoeste y el sol brillaba resplandeciente, de forma que ni los más ancianos del lugar pudieron predecir lo que iba a suceder.

»Nosotros tres, mis dos hermanos y yo, habíamos ido hacia las islas a las dos de la tarde y muy pronto cargamos el queche con pesca de la más fina y en tan gran

cantidad, como no pudimos menos que reconocer, que en cualquier otra oportunidad que recordásemos. Eran exactamente las siete, *en mi reloj*, cuando levamos anclas y nos aprestamos para el regreso, con el fin de pasar el punto más peligroso del Ström en el período de calma, que ya sabíamos que era a las ocho.

»Avanzábamos con viento fresco de estribor y a buena velocidad,* sin pensar siquiera en peligros, puesto que, en realidad, no asomaba el menor indicio de alarma. De pronto nos vino de frente una brisa procedente de Helseggen. Era algo inesperado que nunca antes había sucedido. Empecé a inquietarme, ignorando por qué razones. Enfilamos contra el viento, pero no avanzábamos en absoluto por culpa de la contracorriente y me disponía a proponer que virásemos hacia nuestro punto de anclaje cuando, al mirar hacia popa, vi todo el horizonte cubierto por una nube singular de un color cobrizo que se elevaba con sorprendente rapidez.

»Entretanto amainó la brisa que hasta entonces nos había empujado y reinó una calma total. Derivábamos en todas direcciones. Ese estado de cosas no duró, sin embargo, suficientemente para pensar en él. La tempestad se abatió sobre nosotros en menos de un minuto y, antes de que transcurrieran dos, el cielo estuvo por completo encapotado. Oscureció tanto, y tan de repente, que en el queche tanto mis hermanos como yo no podíamos vernos mutuamente.

»Sería una temeridad pretender describir el huracán que sopló. Los más ancianos marineros noruegos nunca habían visto nada igual. Habíamos arriado todas las velas antes de que nos alcanzase, pero al primer embate del viento los dos mástiles salieron despedidos por la borda como si los hubieran aserrado, arrastrando el palo mayor a mi hermano pequeño, quien para mayor seguridad se había atado a él.

»Nuestra barca era como una leve pluma en el mar. La cubierta, despejada por completo, tenía sólo una pequeña escotilla, próxima a la proa, que teníamos la costumbre de cerrar perfectamente cuando cruzábamos el ström, como medida de precaución contra el agitado mar. En esta oportunidad y de no haber procedido siempre igual, habríamos zozobrado en un abrir y cerrar de ojos, ya que en algunos momentos estábamos cubiertos por las aguas. Cómo mi hermano mayor escapó entonces a la muerte no podría decirlo, ya que nunca pude averiguarlo. Por mi parte, después de arriar la vela de trinquete, me tendí en cubierta, apoyando los pies contra la regala estrecha de proa y con las manos agarradas de una anilla próxima a la base del trinquete. Fue mero instinto el que me obligó a obrar así y resultó ser lo mejor que hubiera podido hacer, además estaba demasiado aturdido para ponerme a pensar.

»Por algunos momentos estuvimos bajo un diluvio y durante todo ese tiempo contenía el aliento, aferrado a la anilla. Cuando no pude más me puse de rodillas, aunque sin soltar las manos, y así se me aclaró un poco la cabeza. Entonces nuestra pequeña nave se agitó como un perro saliendo del agua, sacudiéndose de encima el agua que la cubría. Trataba de dominar el estupor que se había apoderado de mí y

recobrar los sentidos a fin de ver lo que podía hacerse, cuando noté que alguien me agarraba del brazo. Era mi hermano mayor y mi corazón saltó de alegría, ya que daba por descontado que había caído por la borda, pero al punto toda mi alegría se convirtió en honor, porque puso su boca junto a mi oído y gritó: *¡Moskoe-ström*!

»Nunca sabrá nadie cuáles fueron mis sentimientos en aquel momento. Temblé de pies a cabeza como si sufriera el más agudo ataque de fiebre. Sabía demasiado lo que quería decir con esa sola palabra. Sabía lo que él deseaba hacerme comprender. ¡El viento que nos estaba impulsando nos llevaba en derechura al remolino del Ström y nada podía salvarnos!

»Piense usted que siempre que queríamos cruzar el canal del Ström, lo hacíamos a mucha distancia del remolino, incluso cuando el tiempo era bonancible, y luego teníamos que esperar y acechar con la máxima atención el momento de calma, pero ahora nos dirigíamos directamente hacia él bajo el empuje del huracán. Pensé que con toda seguridad llegaríamos al mismo en el momento de la calma; quedaba esta pequeña esperanza. Pero en seguida me maldije a mí mismo por haber sido lo bastante loco para abrigar esa idea. Sabía demasiado bien que estábamos condenados, aunque el nuestro hubiera sido un barco artillado y diez veces mayor de lo que era.

»A la sazón había cedido la primera furia de la tempestad o quizá no la sentíamos tanto porque corríamos delante de ella. De cualquier modo el mar que al principio el mismo viento había contenido y aparecía llano y cubierto de espuma, se alteró levantándose en enormes montañas. También un cambio singular se había operado en el cielo. Por todas partes, en cualquier dirección, estaba negro como la tinta, pero casi encima de nuestras cabezas, en el cénit, apareció un círculo despejado de cielo claro, tanto como nunca antes había visto otro igual, de un azul intenso, y a través del círculo brillaba la luna llena con un resplandor como jamás vi otro semejante. Iluminaba todo cuanto estaba a nuestro alrededor con la mayor claridad, pero ¡Dios mío, qué escena tan horrible iluminaba!

»Intenté un par de veces hablar con mi hermano, pero de algún modo que no puedo comprender el estrépito había aumentado tanto que no pude lograr que oyera ni una sola de mis palabras, a pesar de que gritaba con toda la fuerza de mis pulmones juntando mi boca a su oído. Se limitó a sacudir la cabeza, tenía el semblante lívido como un muerto y levantó uno de sus dedos como si quisiera decir: ¡Escucha!

»De momento no comprendí su idea, pero pronto cruzó mi mente un pensamiento horrible. Saqué el reloj de mi faltriquera, pero no marchaba. Miré la esfera a la luz de la luna y luego me eché a llorar y lancé lejos, al mar, el reloj. *¡Se había parado a las siete! ¡Había pasado el momento de la calma y el remolino del Ström estaba entonces en el instante de mayor furia*!

»Cuando una embarcación está bien construida, debidamente estibada y no cargada con exceso, las olas de una fuerte galerna, mientras se navega, parece que se

deslizan debajo del casco, cosa que apenas; puede comprender un hombre de tierra. Eso se llama, en términos marineros, surcar las olas.

»Bueno, hasta entonces habíamos surcado las olas muy hábilmente, pero ahora una ola monstruosa nos tomó por debajo y empezó a levantarnos, ¡aúpa!, ¡aúpa!, como si fuera a arrojamos hasta el cielo. Nunca hubiera pensado que una ola pudiera alcanzar tal altura. De repente descendimos rápidamente, deslizándonos hasta zambullirnos en el seno de las aguas. Me sentí enfermo y mareado como si en sueños cayera desde lo más alto de una montaña. Pero mientras estábamos en la cresta de la ola miré rápidamente a mi alrededor y, aquella mirada, fue suficiente. El remolino del Moskoe-ström se hallaba a un cuarto de milla frente a nosotros, pero no era ni con mucho el remolino acostumbrado tal y como lo ve usted ahora desde aquí, que más bien se parece al movimiento de las aspas de un molino. De no haber sabido dónde estábamos y lo que nos esperaba, no hubiera reconocido el lugar en absoluto. Pero, sabiéndolo, cerré horrorizado los ojos. Los párpados se me pegaron como en un espasmo.

»Habían apenas transcurrido dos minutos cuando advertimos que las olas habían cedido y estábamos envueltos en espuma. La embarcación dio una media vuelta muy acentuada hacia babor y en seguida salió disparada como un rayo en la nueva dirección. Al mismo tiempo el ensordecedor ruido del agua quedó apagado por completo por un agudo chillido, un sonido que podría compararse con el que producirían los escapes de miles de buques de vapor que al unísono aliviaran la presión de sus calderas. Estábamos en el cinturón de espuma que siempre rodea el remolino. Naturalmente, pensé que de un momento al otro nos precipitaríamos en el abismo cuyo fondo sólo podíamos ver de manera imprecisa debido a la extraordinaria velocidad con que nos movíamos. No creía que la embarcación se hundiera en el agua, sino que parecía resbalar sobre ella como una burbuja en la superficie de una resaca. A estribor teníamos el remolino y a babor se encontraba el océano que acabábamos de abandonar. Parecía un enorme muro movedizo que se interponía entre el queche y el horizonte.

»Puede parecer raro, pero en los momentos en que nos encontrábamos en las mismas fauces del golfo me sentía más tranquilo que cuando nos aproximábamos a él. Habiendo abandonado toda esperanza, me libré de gran parte del terror que hasta entonces me sobrecogiera. Supongo que la desesperación templó mis nervios.

»Podrá parecer que es jactancia, pero cuanto le explico es la verdad. Empecé a pensar en qué magnífica manera de morir sería aquélla y la tontería que suponía por mi parte considerar tan importante mi vida frente a un espectáculo tan maravilloso del poder de Dios. Creo que me sonrojé de vergüenza cuando la idea cruzó mi mente. Al cabo de un rato sentí el mayor interés y curiosidad por el propio remolino. Experimenté el deseo de explorar sus profundidades, aun a costa del sacrificio que

iba a hacer, y lo que más lamentaba era que nunca podría contarles a mis viejos compañeros los misterios que vería. Éstas eran, en realidad, divagaciones singulares para ocupar la mente de un hombre en aquellos momentos y desde entonces me he preguntado repetidas veces si las vueltas que daba el queche no me trastornaron la razón.

»Se presentó otra circunstancia que hizo que yo recobrara el dominio de mí mismo y fue que el viento cesó, pues no podía tocarnos en la posición en que nos encontrábamos, ya que, como ha visto usted mismo, el cinturón de espuma es mucho más bajo que el nivel del océano y éste lo teníamos entonces por encima de nosotros parecido a una cresta montañosa elevada y oscura. Si nunca se ha encontrado en el mar durante una fuerte tormenta no puede hacerse mía idea de la confusión mental que ocasiona el viento y la espuma del agua combinados. Ciegan, ensordecen, ahogan a uno quitándole toda posibilidad de acción o reflexión. Pero entonces nos encontrábamos, en buena parte, libres de tales molestias, igual que a los condenados a muerte se les tienen ciertas consideraciones de las que no disfrutan cuando su suerte no ha sido aún decidida.

»Es imposible decir cuántas veces dimos la vuelta al circuito del remolino. Quizás estuvimos girando durante una hora, más que flotando, volando, acercándonos poco a poco al centro, y luego cada vez más cerca del horrible borde interior. Durante todo ese tiempo no me solté de la anilla a la que me había asido. Mi hermano estaba a popa, agarrándose a un gran barril para agua que estaba vacío y firmemente amarrado a la bovedilla: era la única cosa sobre cubierta que no había sido barrida y caído por la borda al primer embate de la galerna. Cuando nos acercábamos al borde de la sima abandonó el barril y se acercó a mi anilla y en la agonía de su terror, quiso obligarme a dejarla, ya que no era lo bastante grande para que nos asiéramos ambos a ella. Nunca me había sentido tan profundamente enojado como en aquel momento, aunque me daba cuenta de que mi hermano estaba loco y que era el terror lo que le movía a hacer aquello. Pero no quise discutir y comprendiendo que, a fin de cuentas, poco importaba que uno o el otro agarrara cualquier cosa, le dejé la anilla y me fui hacia la popa para agarrarme al barril. No tuve gran dificultad debido a que el queche navegaba describiendo círculos con bastante estabilidad, solamente balanceándose de un lado para otro a favor de los inmensos surcos del remolino. Apenas me había afianzado en mi nueva posición, cuando la nave dio un fuerte brinco hacia estribor tomando una veloz dirección hacia el abismo. Musité presuroso una oración al Señor, creyendo que todo había terminado.

»Al notar la horrible sensación del descenso, por instinto me agarré con mayor fuerza del barril y cerré los ojos. Durante algunos segundos no osé abrirlos, esperando la muerte instantánea y me maravillaba que ya no estuviera luchando a brazo partido con el agua. Transcurrían los segundos y yo continuaba con vida. La

sensación de caída había cesado y el movimiento de la embarcación se parecía mucho al que ya tenía cuando estaba en el cinturón de espuma, con la diferencia que ahora estaba más escorada. Reuní el valor necesario y una vez más examiné la escena.

»Nunca olvidaré las sensaciones de pavor, pasmo y admiración que experimenté al mirar alrededor. La nave parecía estar suspendida, como por arte de magia, a mitad de camino, en la superficie interior del embudo de vasta circunferencia. Era de una profundidad prodigiosa y sus lados eran perfectamente lisos y parecían hechos de ébano, giraban a maravillosa velocidad y despedían una radiación brillante y fantástica, pues los rayos de la luna llena, procedentes del círculo despejado entre las nubes del que ya le hablé, derramaban una luz de dorada gloria a lo largo de las oscuras paredes e incluso mucho más adentro, a gran profundidad, hasta el punto más interior del abismo.

»Al principio me sentía demasiado confuso para observar, atento, la situación. Sólo consideraba aquella explosión de terrible grandiosidad. Cuando me recobré un poco, no obstante, mi mirada se dirigió por instinto a la parte más inferior. En dicha dirección podía obtener una visión sin obstrucciones debido al modo como el queche colgaba de la inclinada superficie del remolino. Estaba casi en equilibrio (es decir, la cubierta situada en un plano paralelo al del agua), pero éste tenía una inclinación algo superior a los cuarenta y cinco grados, así que parecía estábamos posados o suspendidos en posición lateral. Pude observar, sin embargo, que no tenía mucha mayor dificultad en sostenerme en pie en aquella situación que la que hubiera tenido sobre un tablón horizontal. Eso era debido, me imagino, a la velocidad con que girábamos.

»Los rayos de la luna parecían querer escudriñar el fondo del profundo abismo, pero no pude distinguir nada muy claramente, debido a la espesa niebla en la que todo aparecía envuelto y sobre la que brillaba un precioso arco iris, como aquel puente estrecho y endeble que, según los musulmanes, es el único camino entre el Tiempo y la Eternidad. Aquella niebla o rocío lo creaba sin duda el encuentro de las grandes paredes del embudo, cuando se juntaban en lo más profundo, pero no me atrevo a describirle el rugido que surgía de las profundidades y que se elevaba hasta los cielos.

»Nuestro primer deslizamiento hasta el mismo abismo, desde el cinturón de espuma de la parte superior, nos había llevado a una gran profundidad dentro de la pendiente, pero nuestro descenso posterior no fue ni con mucho tan grande. Dábamos vueltas sin cesar, no con movimientos uniformes, sino a sacudidas, que a veces nos lanzaban a sólo unos centenares de metros o casi junto al circuito más largo del remolino. Nuestro progreso hacia el fondo, a cada revolución, era lento, pero apreciable.

»Mirando a mi alrededor el enorme muro de líquido de color de ébano por donde

circulábamos, pude darme cuenta de que nuestro barquito no era el único objeto del abrazo del torbellino. Tanto encima como debajo de nosotros, había fragmentos aparentes de navíos, grandes cantidades de maderos para la construcción, troncos de árbol y muchos otros artículos de menores proporciones, como muebles, restos de cajas, barriles, y duelas de tonel. Ya antes le expliqué la curiosidad anormal que había ocupado el lugar de mis terrores originales. La misma iba aumentando en mí a medida que nos acercábamos más a nuestro desastroso fin. Empecé a mirar, cada vez con mayor y más raro interés, los numerosos objetos que viajaban en nuestra compañía. Estaría bajo los efectos de un delirio ya que incluso trataba de divertirme especulando sobre la velocidad relativa de sus diversos descensos hacia la espuma que estaba más al fondo. Me sorprendí diciéndome a mí mismo: “Este abeto será, a no dudar, el próximo objeto que emprenda el camino final del descenso, hasta desaparecer”, y luego experimentaba una desilusión al constatar que los restos de un navío holandés lo hacían antes que el abeto en cuestión. Por último, y luego de hacer diversas apuestas de ese tipo, que invariablemente perdía, ese hecho (el resultado de mis cálculos siempre fallidos) me hizo reflexionar y fue causa de que de nuevo mis miembros volvieran a temblar y que mi corazón latiera otra vez apresuradamente.

»No era un nuevo terror el que me afectaba ahora, sino la aurora de una excitante esperanza. Ésta se despertó debido sobre todo a ciertos recuerdos y también procedía en parte de mis actuales observaciones. Acudió a mi memoria el recuerdo de la gran variedad de objetos flotantes que arribaban a las costas de Lofoten, donde se desparramaban después de haber sido absorbidos por el Moskoe-ström. La mayor parte de aquellos artículos estaban destrozados de forma muy peculiar, tan desgastados y maltratados que parecían erizados de púas, pero en aquel momento recordé que *algunos* no estaban deformados en lo más mínimo. No podía explicarme la diferencia excepto si suponía que los maltratados eran los únicos que habían sido *absorbidos completamente* y que los otros habían penetrado en el remolino retrasados, en un momento más avanzado de la marea o, por alguna razón, habían descendido tan despacio una vez que penetraron en el embudo que no llegaron al fondo antes de que apareciese la marea ascendente o descendente, según el caso. Consideraba que era posible, en cualquier caso, que fueran devueltos de nuevo al nivel del mar, sin sufrir el destino de aquellos que habían penetrado antes o fueron absorbidos con mayor rapidez. Hice también tres observaciones importantes. La primera era que, por regla general, cuanto más grandes eran los objetos, más rápidamente caían. La segunda consistía en que, entre dos masas de igual volumen, una de forma esférica y la otra de *cualquier forma*, la esférica bajaba con mayor rapidez, y la tercera, y última, que entre dos masas del mismo tamaño, una cilíndrica y otra de forma distinta, la primera era absorbida mucho más lentamente.

»Después de salvarme he sostenido varias conversaciones sobre el tema con un

maestro jubilado de mi distrito. Gracias a él conozco los términos “cilindro” y “esfera”. Me explicó, aunque he olvidado la explicación, que lo que había observado eran la consecuencia natural de la forma de los fragmentos flotantes y me demostró por qué razón un cilindro, flotando en un vórtice, ofrecía mayor resistencia a la succión y era atraído con mayor dificultad que cualquier cuerpo que, abultando igual, tuviera una forma diferente.

»Apreció una circunstancia sorprendente que abonaba mis observaciones y que intenté explicarme. Era la siguiente: a cada revolución que dábamos nos cruzábamos con algo parecido a un barril, o una verga rota, o el mástil de un navío, y pese a que muchas de esas cosas estaban a nuestro nivel cuando abrí por primera vez mis ojos ante la maravilla del remolino, ahora estaban más arriba de donde nosotros nos encontrábamos y parecía que habían variado bien poco su posición original.

»No titubeé ni un segundo en lo que debía hacer. Decidí amarrarme bien en el barril que hasta ahora había utilizado como sostén y cortar las ataduras que lo fijaban a la bovedilla y en seguida echarme al agua junto con él. Por medio de ademanes atraje la atención de mi hermano, señalé los barriles flotantes que teníamos alrededor e hice cuanto estuvo en mi mano para darle a entender lo que iba a intentar. Creí que por fin había comprendido, pero haya sido así o no, meneó la cabeza con desaliento y se obstinó en seguir asido de la argolla. Era imposible obligarle, era urgente actuar sin demora, así que, con el corazón hecho pedazos, le abandoné a su suerte, me até al barril con los mismos cabos que antes lo aseguraban a la bovedilla y atado a él y sin dudarlo ni un segundo más me precipité en el mar.

»El resultado fue precisamente el que esperaba. Y como soy yo mismo quien le cuenta ahora esta historia y por lo tanto puede ver que me salvé y como ya usted sabe el modo como mi salvación se llevó a cabo, voy a contarle rápidamente lo que falta para concluir la historia, que está llegando ya a su fin. Habría transcurrido una hora, .más o menos, desde que abandoné el queche cuando éste descendió un buen trecho alejándose de mí, dio tres o cuatro volteretas locas, en rápida sucesión y con mi querido hermano a bordo, se zambulló de proa inmediatamente y para siempre dentro del caos de espuma que había en el fondo. El barril al que me había atado descendió un poco más de la mitad del trecho existente entre el fondo del remolino y el punto donde salté por la borda antes de que se produjera un cambio notable en la naturaleza del remolino. Las pendientes que formaban las paredes del gran embudo se volvieron por momentos menos inclinadas. Las revoluciones del remolino fueron cada vez menos violentas. Poco a poco desaparecieron la espuma y el arco iris y el fondo del tragadero parecía ascender lentamente. El firmamento estaba claro, los vientos habían amainado y la luna llena brillaba radiante al Oeste, cuando me encontré en la superficie del océano, frente a las playas de Lofoten y encima del lugar exacto donde estuvo el remolino del Ström. Era la hora de la bonanza, pero el océano hervía aún

con’ las empinadas olas resultantes del huracán. Fui arrastrado con violencia hacia el canal del Ström y en pocos minutos un rápido impulso me llevó a la parte baja de la costa, en los *lugares* de pesca de los marineros. Un bote me izó a bordo (me encontraba exhausto) y ahora, cuando ya no corría peligro, había perdido el habla con el recuerdo del horror vivido. Los que me izaron eran viejos amigos míos y compañeros diarios de faenar, pero no me reconocieron como no habrían reconocido a un viajero procedente de la tierra de los espíritus. Mis cabellos, que hasta el día antes eran de un negro de azabache, tenían la blancura que usted puede ver ahora. Me dijeron asimismo que todo mi aspecto parecía cambiado. Les conté mi historia. Y ellos no la creyeron. Ahora se la he contado a usted y mucho me temo que no tendrá más fe en mis palabras que la que tuvieron en ellas los pescadores de Lofoten.

UN CUENTO DE LAS MONTAÑAS ESCABROSAS

Durante el otoño del año 1827, cuando residía cerra de Charlottesville, Virginia, trabé casualmente relación con Mr. Augustus Bedloe. Era un joven caballero, notable en muchos aspectos, que despertó en mí un profundo interés y curiosidad. Resultaba imposible comprenderle, tanto desde el punto de vista físico como moral. En cuanto a su familia no pude lograr una información satisfactoria. Nunca averigüé su procedencia. Incluso a propósito de su edad —a pesar de calificarle de joven caballero—, algo había que me dejaba bastante perplejo. Evidentemente parecía joven y él hacía hincapié en su juventud, pero había momentos en que no me habría sido difícil imaginármelo centenario. Sin embargo, lo más peculiar era su apariencia personal. Era muy alto y delgado, y muy cargado de hombros. Sus miembros eran extraordinariamente largos y flacos. La frente despejada y baja y el semblante totalmente exangüe. Su boca era grande y flexible y sus dientes, aunque sanos, eran más dispares de cuantos viera hasta entonces. Sin embargo, la expresión de su sonrisa no era desagradable, ni con mucho, como podría suponerse, pero era invariable. Tenía una profunda melancolía y una tristeza uniforme y constante. Sus ojos eran desmesuradamente grandes y redondos como los de un gato. Además, sus pupilas se contraían o dilataban de acuerdo con el aumento o la disminución de luz que recibían, exactamente igual como puede observarse en los felinos. En momentos de excitación sus ojos aumentaban de brillantez hasta un punto casi inconcebible. Parecía que emitían rayos lumínicos, no de una luz reflejada sino de una luz intrínseca, del mismo modo que una bujía o el sol; pero, en condiciones normales, inexpresivos, nublados y opacos, y evocaban la idea de los ojos de un cadáver enterrado desde hacía mucho.

Estas peculiaridades de su persona parecía que le molestaban mucho y sin cesar aludía a las mismas con un matiz en parte explicativo y en parte de disculpa y al oírle por primera vez me impresionó dolorosamente. Sin embargo, pronto me acostumbré y se desvaneció mi malestar. Sus condiciones físicas no fueron en otro tiempo como las de entonces y, al parecer, pretendía más insinuarlo que asegurarlo. Una larga serie de ataques neurálgicos le habían reducido a su condición presente, tan distinta a la que antes disfrutara, cuando era más bien parecido que lo normal. Hacía muchos años que le atendía un médico llamado Templeton, un anciano caballero que frisaba los setenta años y a quien él había conocido por primera vez en Saratoga y, debido a sus cuidados, estando allí, se sintió muy mejorado o por 15 menos eso era lo que él creía. Como resultado, Bedloe, que era persona rica, había llegado a un acuerdo con el doctor Templeton, en virtud del cual, éste, mediante el pago anual de generosos honorarios, consintió en consagrar todo su tiempo y toda su experiencia médica en

beneficio exclusivo del enfermo.

El doctor Templeton había viajado mucho en sus años juveniles y en París se había convertido, en cuerpo y alma, a las doctrinas de Mesmer. Precisamente por medio de curas de hipnotismo había logrado aliviar los agudos dolores de su cliente y sin duda el éxito había inspirado a este último cierto grado de confianza en las doctrinas de las que había derivado el remedio. El médico, no obstante, como todos los entusiastas, había luchado con tenacidad para convertir a su pupilo en un prosélito, y al final lo ganó de tal modo que indujo a su paciente a someterse a numerosos experimentos. Con su frecuente repetición se obtenían en aquella época resultados que más tarde fueron tan comunes que atraían muy poca atención, o ninguna, pero que en el tiempo del que hablo eran apenas conocidos en los Estados Unidos. Quiero decir con ello que, entre el doctor Templeton y Bedloe se había creado, poco a poco, un *rapport* muy definido e intenso, es decir, una relación magnética. No estoy preparado para asegurar, no obstante, que esta relación se extendiera más allá de los límites del simple poder de provocar el sueño, pero ese poder, en sí mismo, había alcanzado gran intensidad. El primer intento de producir una soñolencia magnética fue un total fracaso del mesmerista. En el quinto y sexto tuvo un éxito parcial, y aun después de un esfuerzo prolongado. Sólo la duodécima sesión se vio coronada por el éxito. Luego la voluntad del paciente estuvo ya rápidamente a merced del médico, así que, cuando conocí a ambos, el sueño podía provocarse casi al momento, con el solo deseo del operador, aunque el inválido ignorase que el médico estaba presente. En la actualidad, en el año 1845, cuando milagros similares pueden constatarse a diario por millares, me atrevo a contar esta aparente imposibilidad como un hecho serio.

El temperamento de Bedloe era sensitivo, excitable y entusiasta en grado sumo. Su imaginación era singularmente vigorosa y creativa y sin duda obtenía fuerzas adicionales por el uso habitual de la morfina, que ingería en gran cantidad y sin la cual hubiera creído que le era imposible vivir. Solía tomarse una fuerte dosis después del desayuno, todas las mañanas, o mejor dicho, después de una taza de café bien cargado, ya que no comía nada antes del mediodía, y luego salía solo, o acompañado por su perro, a dar un largo paseo por la cadena dé silvestres y sombrías colinas que se levantaban hacia el oeste y el sur de Charlottesville, donde son dignificadas con el título de Montañas Escabrosas.

Un día oscuro, caliente y neblinoso, hacia finales de noviembre, durante el extraño interregno entre estaciones que en los Estados Unidos es denominado el *veranillo indio*, Mr. Bedloe salió, como de costumbre, hacia las lomas. Transcurrió el día y no regresó.

Cerca de las ocho de la noche, ya alarmados seriamente por su prolongada ausencia, estábamos a punto de empezar a buscarlo, cuando compareció de pronto,

con un aspecto que no era peor que el de costumbre, pero presa de gran excitación. El relato que nos hizo de su excursión y de los acontecimientos que lo habían retrasado eran realmente singulares.

—Como ustedes recordarán —empezó diciendo—, eran cerca de las nueve cuando salí de Charlottesville. Al punto dirigí mis pasos hacia las montañas y, cerca de las diez, penetré en una garganta que veía por primera vez. Seguí muy interesado los zigzags del camino. El escenario que veía por todas partes, aunque no le cuadraría la expresión de grandioso, tenía sin embargo algo de indescriptible y, para mí, un delicioso aspecto de triste desolación. La soledad parecía virgen. Me costaba creer que los céspedes y las grises rocas que cruzaba hubieran sido holladas antes por pies humanos. Tan recoleta, y de hecho inaccesible, por lo menos sin antes sortear una serie de inconvenientes, es la entrada del barranco, que es muy posible que yo fuera sin duda el primero que me aventuraba, realmente el primero y único aventurero, que hubiera penetrado sus lugares recónditos.

»La niebla o humo espeso y peculiar que es una característica del veranillo indio y que ahora envolvía pesadamente todas las cosas, ni que decir tiene que ayudaba a intensificar la vaga impresión que aquélla creaba. Era tan densa esa agradable niebla que en ningún momento pude ver nada a una distancia mayor de doce metros. El camino era excesivamente sinuoso y, dado que no podía ver el sol, pronto me desorienté por completo. Mientras tanto, la morfina empezó a producir el efecto acostumbrado: sobrellevar el mundo exterior con agudizado interés. En el tremolar de una hoja, en el tono de una brizna de hierba, en la forma de un trébol, en el zumbido de una abeja, en el brillo de una gota de rocío, en el aliento del viento, en los aromas suaves procedentes del bosque, todo se traducía en un universo global de sugerencias, un alegre y abigarrado cortejo de pensamientos delirantes y desordenados.

»Ocupado en eso, anduve varias horas, durante las cuales la niebla se espesó tanto a mi alrededor que por último me vi obligado a caminar a tientas. Y entonces se apoderó de mí una inquietud indescriptible, una especie de vacilación nerviosa y temblorosa. Tuve el temor de que mis pisadas no fueran a precipitarme a un abismo. Recordé además las extrañas historias que se cuentan sobre esas Montañas Escabrosas y los rústicos y fieros hombres que se dice moran en sus bosques y cavernas. Mil vagas fantasías me oprimieron y desconcertaron, precisamente debido a su vaguedad. De pronto, atrajo mi atención el fuerte batir de un tambor.

»Mi sorpresa era, desde luego, extraordinaria. Un tambor en esas montañas es inesperado. No hubiera sido más sorprendente para mí oír la trompeta de un arcángel. Pero surgió aún una fuente de interés más extraordinario y mi perplejidad aumentó. Me llegó el raro sonido de una especie de cascabeleo o un tintineo, como si alguien agitara un manojo de grandes llaves, y al punto un hombre casi desnudo y muy moreno se lanzó veloz delante de mí dando un chillido. Pasó tan cerca que sentí en mi

cara su caliente aliento. Llevaba en una mano un instrumento compuesto por un conjunto de anillos de acero y lo sacudía enérgicamente mientras corría. Apenas hubo desaparecido en la niebla, como una saeta, apareció una enorme bestia que con las fauces abiertas y los ojos centelleantes lo persiguió jadeante. Era imposible no darme cuenta de qué animal se trataba: era una hiena.

»La vista de ese monstruo, lejos de aumentar mis terrores me los disipó, ya que ahora tenía la certidumbre de que estaba soñando y me dediqué a despertarme a mí mismo hasta adquirir una conciencia vigilante. Di unos pasos adelante, atrevidos y vigorosos. Me froté los ojos. Grité fuerte. Me pellizqué los brazos. Un pequeño manantial apareció ante mis ojos, me agaché, refresqué mis manos, mi cabeza y mi cuello. Con ello pareció que se disipaban las sensaciones equívocas que me habían molestado hasta aquel momento. Cuando me enderecé, por lo menos así creí, era un hombre nuevo y proseguí con regularidad y satisfecho el desconocido camino.

»Por último, casi agotado de cansancio y con una sensación de opresión en la atmósfera, me senté al pie de un árbol. Ahora me llegaba un pálido destello de luz solar y la sombra de las hojas del árbol se veían apenas, pero bien definidas, sobre la hierba. Contemplé esa sombra fijamente y maravillado durante algunos minutos. Su aspecto me dejaba estupefacto y asombrado. Miré hacia arriba. ¡El árbol era una palmera!

»Ahora sí que me levanté precipitadamente y en un estado de agitación y de miedo, ya que la fantasía que me hizo creer que soñaba ya no me serviría de gran cosa. Vi y tuve la sensación de que estaba completamente en mis cabales y esto trajo a mi conciencia un mundo de sensaciones nuevas y singulares. De súbito el calor se volvió insoportable. La brisa estaba cargada con un raro olor. Un murmullo bajo e ininterrumpido, como el que produciría un río hinchado que discurriera muy despacio, llegó a mis oídos, mezclado con el peculiar zumbido de las voces de una muchedumbre.

»Mientras escuchaba en el colmo de la sorpresa lo que no es necesario que pretenda describir, una fuerte y breve ráfaga de viento despejó la niebla como ni conjuro de un hechicero.

»Me di cuenta de que estaba a los pies de una alta montaña y mirando a una vasta planicie, en la que trazaba meandros un río majestuoso. A orillas del río se levantaba una ciudad de aspecto oriental, como las que aparecen descritas en las Mit y una noches, pero de carácter aún más singular. Desde el lugar donde estaba, situado muy por encima del nivel de la ciudad, podía ver todos sus rincones y esquinas, como trazados en un plano. Las calles parecían incontables y se cruzaban unas con otras, irregularmente y en todas direcciones, pero más que calles eran largas callejas serpenteantes por las que la gente circulaba en enjambres. Las casas eran muy pintorescas. Por doquier había una selva de balcones, galerías, minaretes de templos y

miradores esculpidos con fantasía. Abundaban los bazares que exhibían una infinita variedad y profusión de ricas mercancías: sedas, muselinas, la cuchillería más deslumbrante, las más magníficas joyas y gemas. Además de esos artículos, podían verse por todas partes, banderas y palanquines, literas que conducían majestuosas damas con el rostro velado, elefantes espléndidamente engalanados, ídolos grotescamente tallados, tambores, estandartes y gongos, espadas, mazas doradas y plateadas. Y entre la multitud y el clamor y la confusión general, en me dio del millón de seres humanos, amarillos y negros, con amplias vestimentas y turbantes, de flotantes barbas, erraba una manada incontable de gruesos toros sagrados, mientras grandes legiones de monos sucios, pero también sagrados, se encaramaban, chachareaban y chillaban por las cornisas de las mezquitas, o se agarraban a los minaretes y miradores. Desde las rebosantes calles hacia las riberas del río, descendían numerosas escalinatas que llevaban a los baños públicos, mientras que el propio río parecía abrirse paso con dificultad a través de las vastas flotillas de barcazas sobrecargadas que a lo ancho y largo ocupaban toda la superficie. Fuera de los límites de la ciudad se levantaban, en grupos frecuentes y majestuosos, palmeras y cocoteros junto a otros árboles, gigantes y raros, muy viejos; aquí y allá podían verse un arrozal, la choza de paja de algún campesino, un depósito, un templo aislado, un campamento de gitanos o una solitaria y graciosa doncella caminando, con un cántaro en equilibrio sobre la cabeza, en dirección a las márgenes del majestuoso río.

»Ahora diréis, desde luego, que fue un sueño. No, no lo fue. Lo que vi, oí, sentí y pensé no tenía nada en común con la particular característica de los sueños. Todo poseía una absoluta consistencia. Cuando empezó, ante la duda de que estuviera bien despierto, llevé a cabo una serie de pruebas, que pronto me convencieron de que sí lo estaba. Por ejemplo, cuando uno sueña y, durante el sueño, sospecha que está soñando, la sospecha *nunca deja de confirmarse a si misma* y el durmiente casi se despierta de inmediato. Así que Novalis no anda equivocado cuando dice «estamos más cerca del despertar cuando soñamos que estamos soñando». Si la visión se me hubiera presentado tal como la he descrito, sin que sospechara que se trataba de un sueño, entonces podría decir que realmente lo fue, pero, ocurriendo como sucedió, y sospechando y habiendo hecho las pruebas de lo que se trataba, me veo obligado a clasificarla entre otro tipo de fenómenos.

—En eso no estoy seguro de que usted ande equivocado —observó el doctor Templeton—, pero prosiga. Usted se levantó y bajó a la ciudad.

—Me levanté —confirmó Bedloe, mirando al médico con un aire de profunda sorpresa—. Me levanté, como usted dice, y me interné en la ciudad. Mediado el camino me encontré mezclado con una inmensa muchedumbre, apiñada, procedente de todas las calles; todos sus componentes iban en la misma dirección y en su accionar parecían muy excitados. En forma repentina y debido a algún inconcebible

impulso, me sentí profundamente interesado en cuanto acaecía. Experimentaba la sensación de desempeñar un importante papel en la representación, sin que supiera con exactitud de qué podía tratarse. No obstante, sentía en mí un profundo sentimiento de animosidad contra la muchedumbre que me rodeaba. Me aparté de ella a toda prisa y, dando un rodeo, llegué a la ciudad y penetré en ella. En la ciudad todo era tumulto y alboroto. Un grupo de hombres, vestidos mitad como europeos, mitad como hindúes, al mando de caballeros uniformados parcialmente a la inglesa, estaba empeñado en un combate con la apiñada multitud de las callejas. Me uní al partido más débil, tomando las armas de un oficial que había caído y comencé a luchar contra no sé quién, pero con la nerviosidad feroz del desespero. Pronto fuimos arrollados por la superioridad numérica de los contrarios y corrimos en busca de refugio en una especie de quiosco. En él nos hicimos fuertes y de momento estuvimos a salvo. A través de una aspillera que había en la parte superior del quiosco, percibí una inmensa muchedumbre, furiosamente agitada, que rodeaba y asaltaba un hermoso palacio que dominaba al río. En aquel momento, desde una de las ventanas superiores del palacio se descolgó una persona de apariencia afeminada, por medio de una cuerda hecha con los anudados turbantes de sus sirvientes. Tenía un bote a punto y con él escapó al otro lado del río.

»Y ahora un nuevo interés se apoderó de mí. Me dirigí a mis compañeros con unas pocas, pero breves y rápidas palabras y habiendo logrado ganar a unos cuantos de ellos a mi causa, salimos frenéticamente del quiosco. Nos lanzamos veloces entre la muchedumbre que lo rodeaba. De momento se retiraron ante nuestro empuje. Luego volvieron a juntarse, lucharon con bravura y de nuevo hubieron de retirarse. En ésas nos habíamos apartado un buen trecho del quiosco hasta encontrarnos extraviados y perplejos en las estrechas callejas de elevadas casas, en rincones a los que nunca había podido llegar la luz del sol. La multitud se lanzaba con ímpetu contra nosotros, hostigándonos con sus espadas, y abrumándonos con una lluvia de flechas. Éstas eran muy especiales y en algunos aspectos se parecían a los retorcidos puñales malayos. Estaban fabricadas imitando el cuerpo reptante de una serpiente y eran largas y negras, con la punta envenenada. Una de ellas me hirió en la sien derecha. Me tambaleé y caí. Me embargó un instantáneo y espantoso malestar. Luché, boqueé, me morí.

—No irá usted a insistir tanto *ahora* —le dije sonriendo— que toda su aventura no fue más que un sueño. ¿Supongo que no está dispuesto a sostener que murió?

Al decir yo estas palabras esperé desde luego una réplica vivaz de Bedloe, pero ante mi sorpresa, titubeó, tembló, se puso tremendamente pálido y se quedó callado. Miré a Templeton. Estaba rígido, muy erguido en su silla, sus dientes castañeteaban y tenía los ojos desorbitados.

—Continúe —ordenó finalmente a Bedloe con una voz ronca.

—Durante varios minutos —Bedloe siguió contando— lo único que notaba, lo único que sentía era la oscuridad de la no existencia y la conciencia de mi muerte. Por fin pareció que un choque súbito y repentino recorría mi alma como si se tratara de una sacudida eléctrica. Y con él recuperé el sentido de la elasticidad y de la luz. Esta última la sentí, no la vi. Por un segundo parecía que me elevaba desde el suelo. Pero no tenía presencia corporal, ni visible, ni audible, ni palpable. La multitud se había dispersado. Había cesado el tumulto. Una calma relativa reinaba en la ciudad. Debajo de mí yacía mi cuerpo, con la flecha clavada en la sien y con el rostro hinchado y desfigurado. Cuanto digo lo sentí, no lo vi. Nada me interesaba. Incluso mi cuerpo parecía que era algo que no me concernía. Carecía de voluntad, pero me veía impelido a moverme y, flotando, salí de la ciudad, dando otra vez el mismo rodeo en virtud del cual había entrado en ella. Cuando hube llegado a aquel punto del barranco en las montañas donde había visto a la hiena, experimenté otro choque como el procedente de una pila galvánica. Recuperé la sensación de peso, de voluntad y de sustancia. Volví a ser yo mismo y emprendí el viaje de regreso en dirección a la casa —pero el pasado no había perdido la viveza de la realidad— y ni siquiera ahora, ni un solo segundo, puedo obligar a mi comprensión a considerarlo un sueño.

—Y no lo era —dijo Templeton con profunda solemnidad— y a pesar de todo sería difícil aplicarle otro término más apropiado. Digamos sólo que el alma de un hombre de la actualidad está al borde de algunos estupendos descubrimientos psíquicos. Contentémonos por el momento con esta suposición. Por otra parte tengo que darle una explicación. Aquí tengo un dibujo a la acuarela que le habría enseñado antes, pero que debido a un inexplicable sentimiento de horror había, hasta él presente, dejado de mostrarle.

Miramos el dibujo que nos enseñó. Nada vi en él que tuviera un carácter extraordinario, pero el efecto que produjo sobre Bedloe fue prodigioso. Casi se desmayó al examinarlo con atención. Y sin embargo sólo se trataba de un retrato en miniatura —prodigiosamente preciso, a decir verdad— de sus propias y muy notables facciones. Por lo menos éste fue mi pensamiento cuando lo miré.

—Puede usted ver la fecha de este retrato —indicó Templeton—. Está aquí, apenas visible, en una esquina: 1780. Es el año en que se pintó el retrato. Es la imagen de un amigo ya muerto, un tal Mr. Oldeb, con quien intimé mucho en Calcuta, durante el mandato de Warren Hastings. Entonces yo tenía solamente veinte años. Cuando le vi por primera vez, Mr. Bedloe, en Saratoga, fue la milagrosa semejanza que existía entre usted y la pintura lo que hizo que me acercara a usted, buscar su amistad y llegar a los acuerdos que me convirtieron en su compañero constante. Al dar cumplimiento a este convenio, me movía en parte, o quizá principalmente, el triste recuerdo del muerto, pero también, y en especial, una curiosidad preocupada y no del todo desprovista de horror con referencia a su

persona.

En los detalles de la visión que tuvo en las colinas, hizo una descripción, con la mayor minuciosidad, de la ciudad de Benarés, a orillas del Río Sagrado. Las revueltas, los combates, la carnicería, fueron sucesos reales de la insurrección de Cheyte Sing, ocurrida en 1780 cuando Hastings estuvo en inminente peligro de morir. El hombre que huía con la ayuda de una cuerda hecha con turbantes anudados era el propio Cheyte Sing. La partida refugiada en el quiosco estaba constituida por cipayos y oficiales británicos, al frente de los cuales estaba Hastings. Yo formaba parte del grupo e hice cuanto pude para evitar la temeraria y fatal salida del oficial que cayó, en las rebosantes callejas, muerto por la flecha envenenada de un bengalí. El oficial era mi amigo más querido. Era Oldeb. Podrá darse cuenta por estos manuscritos que en los mismos momentos en que usted vivía la fantasía de esos hechos entre las montañas, yo estaba escribiendo detalladamente esos sucesos en esos papeles, aquí en casa.

Y al pronunciar estas palabras, el doctor Templeton nos enseñó una libreta de apuntes en la que aparecían varias páginas recién escritas.

Alrededor de una semana después de esa conversación, en un periódico de Charlottesville aparecieron los siguientes párrafos:

«Tenemos el doloroso deber de anunciarles el deceso de Mr. AUGUSTUS BEDLO, un caballero por cuyo amistoso trato y muchas virtudes fue muy apreciado por sus conciudadanos de Charlottesville.

»Mr. Bedlo padeció durante muchos años de neuralgia, que solía amenazarle con un fin fatal, pero eso debe ser considerado solamente como la causa mediata de su muerte. La causa próxima ha sido especialmente singular. Durante una excursión a las Montañas Escabrosas, hace de ello algunos días, contrajo un ligero resfriado acompañado de fiebre, junto con una gran afluencia de sangre a la cabeza. Para aliviarle, el doctor Templeton le practicó una sangría, como es usual. Le aplicó sanguijuelas en las sienes. En un terrible y breve instante el paciente murió, y entonces se dieron cuenta de que en el bocal que contenía las sanguijuelas se había introducido, accidentalmente, una de las sanguijuelas vermiculares venenosas que se encuentran de vez en cuando en las charcas de los alrededores. Esta sanguijuela se adhirió a una pequeña arteria de la sien derecha. Su gran semejanza con la sanguijuela medicinal fue causa de que no fuera apreciada la equivocación hasta que ya era demasiado tarde.

»N.B. La sanguijuela venenosa de Charlottesville puede distinguirse de la medicinal por su color negro y en especial por retorcerse como un gusano, movimientos que se parecen a los de una culebra».

Al hablar con el editor del periódico en cuestión sobre el tópico de este notable accidente, se me ocurrió preguntarle a qué era debido que el nombre del muerto había

sido transcrito como Bedlo.

—Me imagino —comenté—, que cuando así lo ha escrito es que sabía lo que se hacía, pero siempre supuse que el nombre debía escribirse terminado con una e.

—¿Que sabía lo que me hacía? —replicó—. Se trata meramente de una errata de imprenta. El nombre es Bedloe, terminado con e, y en todas partes se escribe así y nunca en mi vida lo he visto deletreado de manera diferente.

—Entonces —murmuré entre dientes, mientras daba media vuelta para irme—, entonces de verdad que puede afirmarse que en ocasiones la realidad es más rara que la ficción, ya que Bedlo, sin la e final, ¿qué es sino Oldeb escrito al revés? ¡Y ese tipo me dice que se trata de una errata!

EL CAMELO DEL GLOBO

¡ASOMBROSAS
NOTICIAS!
¡POR EXPRESO VÍA NORFOLK!
¡EL
ATLÁNTICO CRUZADO
EN
TRES DÍAS!

¡¡¡Extraordinario triunfo
de la
MÁQUINA VOLANTE
de
Mr. Monck Masón!!!

¡Llegada a la Isla de Sullivan, cercana a Charleston, Carolina del Sur, de los señores Mason, Robert Holland, Henson, Harrison Ainsworth y cuatro pasajeros más, a bordo del globo dirigible «Victoria» luego de setenta y cinco horas de viaje de costa a costa! ¡Todos los detalles del vuelo[6]!

¡Por fin ha sido resuelto el gran problema! ¡El aire, tal como sucediera con la tierra y el océano, ha sido sometido por la ciencia y se transformará para la humanidad en un camino tan cómodo como frecuentado! *¡El Atlántico ha sido atravesado en globo*! ¡Sin dificultad, sin peligro aparente, con perfecto dominio de la máquina, en el período inconcebiblemente breve de setenta y cinco horas de costa a costa!

Gracias al dinamismo de uno de nuestros redactores destacado en Charleston, Carolina del Sur, podemos ser los primeros en proporcionar al público un informe detallado de tan extraordinario viaje, llevado a cabo entre el sábado 6 del corriente a las once de la mañana y el jueves 9 a las dos de la tarde, por Sir Everard Bringhurst, Mr. Osborne, un sobrino de Lord Bentick, Mr. Monck Masón y Mr. Robert Holland, conocidos aeronautas los dos últimos; Mr. Harrison Ainsworth, autor de *Jack Sheppard*, y otras obras; Mr. Henson, quien proyectó la reciente y fracasada máquina volante, y dos marinos de Woolwich. Ocho personas en total. Los detalles que ofrecemos a continuación pueden considerarse dignos de crédito y exactos en todo

sentido, pues, con una sola excepción, fueron copiados *verbatim* de los diarios de navegación de los señores Monck Masón y Harrison Ainsworth, a cuya amabilidad debe asimismo nuestro corresponsal muchas informaciones verbales sobre el globo, su construcción y otros temas de interés. La única alteración introducida en el manuscrito recibido se debe a la necesidad de hacer coherente e inteligible el apresurado informe de nuestro enviado especial, Mr. Forsyth.

El globo

Dos claros fracasos recientes —el de Mr. Henson y el de Sir George Cayley— habían debilitado en gran medida el interés público por el tema de la navegación aérea. El proyecto de Mr. Henson (que fuera considerado al principio como algo muy susceptible de ser llevado a la práctica, en opinión de los hombres de ciencia) se fundaba en el principio de un plano inclinado que se lanzaba desde una determinada altura mediante una fuerza extrínseca que se complementaba luego con la revolución de unas aspas que en forma y número se parecían a las de los molinos de viento. Pero en todos los experimentos realizados con prototipos en la Adelaide Gallery, surgió el problema de que el movimiento de las aspas no sólo era incapaz de impulsar a la máquina, sino que, de hecho, impedía su vuelo. La única fuerza de propulsión que demostró, era el ímpetu adquirido durante el descenso por el plano inclinado; y dicho ímpetu llevaba más lejos a la máquina cuando las aspas estaban inmóviles que cuando se movían. Este hecho demostraba suficientemente su inutilidad; y dado que la fuerza propulsora era al mismo tiempo *sustentadora* todo el artefacto se veía obligado a descender. Tal consideración llevó a Sir George Cayley a pensar tan sólo en el acoplamiento de una hélice a una máquina previamente dotada de un poder sustentador autónomo. En una palabra, a un globo. La idea de Sir George sólo tenía de nuevo lo concerniente a su aplicación práctica. Exhibió un modelo de su invención en el Instituto Politécnico. El principio propulsor, o fuerza, se aplicaba, también en este caso, a superficies discontinuas, o aspas, que se hacían girar. Las mismas eran cuatro; pero demostraron ser completamente inefectivas a la hora de mover el globo o de ayudarle a ascender. Así, el proyecto entero constituyó un completo fracaso.

Fue entonces cuando Mr. Monck Masón (cuya travesía desde Denver hasta Weilburg en el globo «Nassau» tanto entusiasmo suscitara en 1837) concibió la idea de aplicar el principio de la espiral de Arquímedes a la propulsión aérea. Había acertado al atribuir el fracaso del proyecto de Mr. Henson y de Sir George Cayley a la interrupción de superficie en las aspas independientes. Hizo el primer experimento público en el local de Willis, aunque más tarde trasladó su modelo a la Adelaide Gallery.

Como el globo de Sir George Cayley, el suyo era elipsoidal. Su longitud era de cuatro metros doce centímetros, y su altura, de tres. Alojaba diez metros cúbicos de gas que, si fuese hidrógeno puro, podría sostener nueve kilos y medio tras su primera inflación, antes de que el gas tuviese tiempo de deteriorarse o escapar. El peso de todo el globo y del aparato era de siete kilos setecientos gramos, de modo que quedaba un margen de unos dos kilos. Debajo del centro del globo se hallaba un armazón de madera liviana de unos tres metros de longitud, que se unía al globo por medio de una red ordinaria. De dicha armazón pendía un cesto de mimbre que hacía las veces de barquilla.

La hélice consistía en un eje hecho de un tubo de bronce, de unos cuarenta y seis centímetros de longitud, a través del cual, sobre una semiespiral inclinada en un ángulo de quince grados, pasaba una serie de radios de alambre de acero de sesenta centímetros de largo, que se proyectaban por ambos lados a treinta centímetros de distancia. Estos radios se unían en sus puntas a dos cintas de alambre plano. El conjunto formaba así el armazón de la hélice, que se completaba con un forro de seda acharolada, cortada siguiendo la espiral y sujeta de modo que presentara una superficie razonablemente uniforme. A cada extremo del eje, la hélice estaba sostenida por tubos de bronce que descendían del aro. En los niveles inferiores de dichos tubos había orificios en los cuales giraban los pivotes del eje. De la porción del eje más cercano a la barquilla salía un vástago de acero que conectaba la hélice con el piñón de una máquina a resorte fijada en la barquilla. Al accionar este resorte, la hélice se veía obligada a girar a gran velocidad, con lo cual comunicaba un movimiento progresivo al conjunto. Por medio de un timón, la máquina tomaba prestamente cualquier dirección. El resorte era sumamente sólido si se le comparaba con su dimensión: podía levantar veinte kilos y medio de peso sobre un rodillo de diez centímetros de diámetro en la primera vuelta, aumentando gradualmente su poder al girar. Pesaba en total tres kilos ochocientos gramos. El timón consistía en un marco liviano de cáñamo cubierto de seda, que presentaba la forma de una raqueta; medía unos noventa centímetros de longitud y, en su porción más ancha, treinta. Pesaba unos cincuenta y siete gramos. Podía colocársele horizontalmente, hacerlo subir o bajar y moverlo verticalmente a derecha e izquierda, con el fin de que el aeronauta pudiese transferir la resistencia del aire, que en posición inclinada genera necesariamente al pasar, hacia cualquier lado en que deseara accionarlo. De tal modo, el globo podía orientarse en dirección opuesta.

Este modelo (que, por falta de tiempo, hemos descrito de manera forzosamente imperfecta) fue puesto en acción en la Adelaide Gallery, donde alcanzó una velocidad de ocho kilómetros por hora. Aunque resulte extraño, provocó muy escaso interés comparado con la anterior máquina, más complicada, de Mr. Henson; tan dispuesto se muestra el mundo a despreciar aquello que parece simple. Para cumplir el gran

desiderátum de la navegación aérea se suponía, en general, que sólo se puede alcanzar mediante la complicadísima aplicación de un desacostumbradamente profundo principio de la dinámica.

Tan satisfecho se encontraba, sin embargo, míster Masón del éxito final de su invento, que resolvió construir, inmediatamente de ser posible, un globo con capacidad suficiente y ponerlo a prueba en un viaje de cierta extensión. Su designio original era cruzar el Canal de la Mancha, tal como se había hecho anteriormente gracias al globo «Nassau». Para llevar a efecto su propósito, solicitó y obtuvo el patrocinio de Sir Everard Bringhurst y de Mr. Osborne, caballeros ambos de reconocidos conocimientos científicos y, en especial, apreciados por el interés que demostraron en el progreso de la aerostática. El proyecto, por deseo de Mr. Osborne, fue celosamente mantenido en secreto; las únicas personas enteradas fueron aquellas a quienes se confió la construcción de la máquina, tarea que se desarrolló (bajo la supervisión de los señores Masón, Holland, Osborne y Sir Everard Bringhurst) en la propiedad que Mr. Osborne tiene cerca de Penstruthal, en Gales. A Mr. Henson, acompañado de su amigo Ainsworth, se le autorizó a inspeccionar el globo el pasado sábado, cuando ambos caballeros daban fin a sus preparativos para ser incluidos en la aventura. No estamos informados sobre la razón por la que los dos marineros fueron agregados al grupo; pero dentro de uno o dos días pondremos a nuestros lectores al corriente hasta de los más insignificantes detalles de este extraordinario viaje.

El globo está hecho de seda y barnizado con caucho líquido. Es de grandes dimensiones y contiene más de mil doscientos veinte metros cúbicos de gas; pero, como se usó gas de alumbrado en lugar de hidrógeno, más costoso e inadecuado, el poder sustentatorio del globo, una vez inflado, no supera los mil ciento treinta kilos. El gas de alumbrado no sólo es mucho más barato, sino más fácil de obtener y administrar.

La incorporación de este gas a los fines de la aerostática se la debemos a Mr. Charles Green. Hasta su descubrimiento, el proceso de inflación no era excesivamente costoso pero sí inseguro: dos y hasta tres días se perdían en fútiles tentativas de alcanzar una cantidad de hidrógeno suficiente para llenar el globo, del cual tiende a escapar a causa de su extremada ligereza y su afinidad con la atmósfera circundante. En un globo lo bastante perfecto como para retener inalterada su carga de gas de alumbrado, en cantidad y calidad, durante seis meses, una carga igual de hidrógeno no podría mantenerse en tales condiciones durante seis semanas.

Habiéndose calculado la fuerza de sustentación en mil ciento treinta kilos y considerando que el peso sumado de todos los viajeros del grupo totalizaba quinientos cincuenta y cinco, quedaba un margen de quinientos setenta y cinco, de los cuales quinientos cincuenta y cinco eran de lastre (el cual se había dispuesto en bolsas de tamaños diferentes, con los pesos respectivos marcados en ellas), los

cordajes, barómetros, telescopios, barriles con provisiones para una quincena, tanques de agua, abrigos, maletas y demás objetos imprescindibles, como un calentador de café que funcionaba por medio de cal viva, de modo que no se requiriera hacer fuego, lo cual se consideró lo más prudente. Todo lo mencionado, con excepción del lastre, y alguna nadería más, se suspendió del aro superior. La barquilla es proporcionalmente mucho más pequeña y liviana que el prototipo. Está hecha de mimbre muy ligero y es muy resistente a pesar de su frágil apariencia. Su borde tiene un metro veinte de altura. También el timón o gobernalle presenta variantes con el prototipo, pues es mucho más grande. La hélice es considerablemente más pequeña. El globo está, además, provisto de un ancla de puntas múltiples y de una cuerda que le sirve de guía, la cual es de vital importancia. Unas palabras explicativas serán necesarias aquí para aquellos de nuestros lectores que no se encuentren familiarizados con los detalles de la aerostática.

En cuanto el globo deja la tierra, queda sujeto a la influencia de muchas circunstancias que tienden a crear una diferencia en su peso, llevándole a aumentar o disminuir su poder ascendente. Podría, por ejemplo, depositarse rocío sobre la seda hasta alcanzar un peso de algunas docenas de kilos. En tal caso será menester arrojar lastre; de lo contrario el artefacto podría descender. Pero, arrojado el lastre, si el sol evapora el rocío dilatando al mismo tiempo el gas encerrado dentro del saco de seda, el conjunto volverá a ascender con rapidez. Para neutralizar el ascenso, el único recurso consiste (o más bien *consistía*, hasta que Mr. Green inventó la cuerda guía) en dejar escapar gas por la válvula; pero así se genera una pérdida proporcional de poder ascendente hasta que, tras un período relativamente breve, el globo mejor construido ve necesariamente agotarse todos sus recursos y vuelve a tierra. Tal ha sido el gran obstáculo en los viajes largos.

La cuerda guía remedia tal dificultad de la manera más simple que se pueda imaginar. Se trata, tan sólo, de una cuerda larguísima que se deja pender de la barquilla. Gracias a ella se evita que el globo llegue a cambiar de altitud en grado apreciable. Si, por ejemplo, se produjera una carga de humedad sobre la seda y, en consecuencia, el globo comenzase a descender, no habrá necesidad de descargar lastre con el fin de neutralizar el exceso de peso: el problema puede ser remediado, o compensado, soltando la soga hasta que arrastre por el suelo el largo necesario para cubrir la diferencia en la misma y exacta proporción. Si, por el contrario, cualquier circunstancia causara una indebida elevación por obra de un aligeramiento de peso, éste podrá ser compensado de inmediato por el peso adicional de cuerda que se obtendrá recogiéndola e izándola a bordo. De este modo el globo no puede ascender ni descender, salvo entre muy estrechos límites, y sus recursos de gas y de lastre permanecen relativamente invariables. Al pasar sobre una extensión de agua, se hace necesario emplear pequeños tanques de cobre o madera llenos de lastre líquido más

ligero que el agua. Como éstos flotan, se cumple la misma función que la cuerda en tierra firme. Otro cometido importantísimo de la cuerda guía es el de señalar la *dirección* del globo. La soga *se arrastra* sobre la superficie, tanto en tierra como en el mar, mientras que el globo es libre. Este último, en consecuencia, siempre va adelantado al menor cambio que se efectúe. Si, mediante el compás, se establece una relación entre ambos objetos, se obtendrá siempre la indicación del rumbo. Del mismo modo, el ángulo formado por la cuerda y el eje vertical de la máquina indica la *velocidad*. Cuando no hay ángulo o, para decirlo con otras palabras, cuando la cuerda pende verticalmente, todo el artefacto está detenido; y cuanto más abierto se ve el ángulo, es decir, cuanto más adelantado se encuentra el globo respecto al extremo de la cuerda, la velocidad será mayor y viceversa.

Como el cruce del Canal de la Mancha para aterrizar, de ser posible, cerca de París, constituía la intención original, los pasajeros habían tomado la precaución de proveerse de pasaportes válidos para todos los puntos del continente, en los cuales se especificaba la naturaleza de la expedición, como en el caso del «Nassau», y se eximía a los aventureros de las formalidades burocráticas habituales. Acontecimientos inesperados iban a hacer superfluos los pasaportes.

La inflación del globo comenzó a practicarse con gran reserva al amanecer del sábado seis del corriente en el gran patio de Whealvor House, propiedad rural de Mr. Osborne situada a cosa de una milla de Penstruthal, al norte de Gales; y a las once y siete minutos, aprestado ya todo para el despegue, el globo fue puesto en libertad. Se elevó lenta pero firmemente en dirección Sur. Durante la primera media hora no se hizo uso de la hélice ni del timón.

Transcribiremos ahora el diario que Mr. Forsyth redactó a partir de los manuscritos de los señores Monck Manson y Ainsworth. La parte esencial del diario, tal como lo ofrecemos, ha sido escrita de puño y letra por Mr. Mason. Añadimos una postdata diaria de Mr. Ainsworth, quien prepara, y pronto entregará al público, una crónica del viaje más minuciosa y, sin duda, tan interesante como emotiva.

EL GLOBO

Sábado 6 de abril. — Cumplidos durante la noche todos los preparativos destinados a suprimir cuanto pudiera causarnos contratiempos, comenzamos a inflar el globo esta mañana al amanecer; pero, a causa de la espesa niebla reinante, no veíamos bien los pliegues de la seda, lo cual hacía difícil su manejo, de modo que no pudimos dar término a nuestro trabajo hasta las once. Cortamos entonces amarras, muy animados, y nos elevamos suave pero firmemente, con brisa del Norte, que nos empujaba hacia el Canal de la Mancha. Hemos notado que la fuerza ascendente es

más poderosa de lo que esperábamos, y cuando subimos más alto y sobrepasamos la zona de los acantilados quedando más expuestos a los rayos del sol, nuestra ascensión se hizo muy rápida. Yo no deseaba, sin embargo, perder gas en etapa tan temprana de nuestra aventura, de modo que decidí seguir subiendo, de momento. Pronto empezamos a recoger cuerda; no obstante, aunque su extremo ya no tocaba la tierra, el ascenso rápido continuó. El globo volaba seguro y su comportamiento era magnífico. Cuando habrían pasado unos diez minutos desde nuestra partida, el barómetro indicaba una altura de cuatro mil seiscientos metros. El tiempo era espléndido y la vista del campo subyacente —muy romántica, desde cualquier punto que se la mire— resultaba especialmente sublime en este caso. Las numerosas y profundas hondonadas semejaban lagos a causa de los densos vapores que las llenaban; y las cumbres y despeñaderos hacia el Sudeste se amontonaban en inextricable confusión, que a nada se parecía tanto como a las gigantescas ciudades de la fábula oriental. Nos aproximábamos con rapidez a las montañas meridionales; pero nuestra elevación era más que suficiente para permitirnos sobrevolarlas sin riesgo. Pocos minutos después pasábamos sobre ellas, muy airosos. Mr. Ainsworth y los marineros se asombraron ante su aparentemente escasa altura al verlas desde la barquilla. El efecto se debe a que a gran altura, desde un globo, tienden a reducirse las desigualdades de la superficie que se extiende debajo, hasta que se asemejan casi a un nivel plano.

A las once y media, dirigiéndonos siempre aproximadamente hacia el Sur, captamos nuestra primera visión del Canal de Bristol y, unos quince minutos después, los rompientes de la costa se encontraban debajo de nosotros. Iniciábamos nuestra travesía marítima. Resolvimos entonces soltar bastante gas con el fin de que nuestra cuerda guía, con las boyas fijadas a ella, tomara contacto con el agua. Así lo hicimos de inmediato y comenzamos a descender gradualmente. Unos veinte minutos después, nuestra primera boya tocó el agua y cuando la segunda la imitó nos encontramos a una altura estacionaria. Por entonces estábamos ya ansiosos por poner a prueba la eficacia del gobernalle y de la hélice, de modo que los hicimos funcionar en seguida con el fin de corregir nuestra ruta, que deseábamos orientar más al Este, directamente hacia París. Mediante el gobernalle conseguimos de inmediato el necesario cambio de dirección y nuestra ruta pasó a formar casi un ángulo recto con la dirección del viento. Pusimos luego en funcionamiento el resorte de la hélice y grande fue nuestro alborozo al comprobar que nos impulsaba tal como lo deseábamos. Ante esto dejamos escapar nueve cordiales hurras y lanzamos al mar una botella, dentro de la cual iba un trozo de pergamino en el que constaba un breve informe sobre el principio de la invención.

Sin embargo, apenas habíamos puesto fin a nuestra alegre algarabía, ocurrió un accidente imprevisto que nos descorazonó en no pequeña medida. El vástago de acero

que comunicaba el resorte con la hélice fue súbitamente desalojado de su lugar al extremo de la barquilla (por obra de un balanceo de ésta ocasionado por el movimiento de alguno de los marineros que agregáramos a nuestro grupo) y quedó colgando, fuera de nuestro alcance, del pivote del eje de la hélice. Cuando hacíamos esfuerzos por recuperarlo, absortos todos en la maniobra, nos envolvió una fuerte corriente de viento del Este que nos llevó, con fuerza poderosa y creciente, hacia el Atlántico. Pronto nos vimos volando a una velocidad que ciertamente no bajaba de los ochenta o noventa kilómetros por hora. Así llegamos a la altura de Cape Clear, situado a unos sesenta y cinco kilómetros al Norte, antes de haber asegurado el vástago y disponer del tiempo necesario para tener una idea clara de lo que sucedía. Fue entonces cuando Mr. Ainsworth formuló una extraordinaria propuesta, que a mi modo de ver no era en absoluto insensata ni quimérica. Mr. Holland la secundó en seguida. La idea consistía en aprovechar el fuerte vendaval que nos azotaba llevándonos hacia el Oeste para que, en vez de dirigirnos a París corrigiendo la ruta, nos empujara de modo que pudiésemos intentar el descenso en las costas de Norteamérica. Tras breve reflexión otorgué mi consentimiento de buena gana al audaz proyecto que (es curioso) sólo halló oposición en los dos marineros. Los que formábamos la mayoría, sin embargo, prescindimos de los temores de ambos hombres y mantuvimos la ruta resueltamente. Seguimos, pues, con destino al Oeste; empero, como el arrastrar de las boyas entorpecía nuestro avance y teníamos al globo bajo rígido control para ascender o descender, comenzamos por arrojar veinticinco kilos de lastre y luego recogimos (por medio de un cabrestante) cuerda suficiente para que la misma no tocara la superficie del agua. De inmediato apreciamos los resultados de nuestra maniobra en el rapidísimo aumento de velocidad; al refrescar el viento, volábamos con una rapidez casi inconcebible y la cuerda guía colgaba al aire detrás de la barquilla como el gallardete de una nave.

Acaso resulte innecesario decir que poco tiempo bastó para perder de vista la costa. Pasamos por encima de innumerables navíos de toda clase. Algunos de ellos trataban de navegar de bolina, pero la mayor parte se mantenía a la capa. Provocamos gran revuelo a bordo de ellos, revuelo que nos llenó de gozo a todos y en especial a nuestros dos marineros quienes, animados ahora por unos sorbos de ginebra, parecían resueltos a lanzar al viento sus temores y escrúpulos. Muchos de los barcos nos dispararon salvas y desde todos se nos saludó con fuertes exclamaciones de enhorabuena (que llegaron a nuestros oídos con sorprendente nitidez) y con agitar de gorras y pañuelos.

Así seguimos a lo largo del día sin accidente digno de mención y cuando las sombras de la noche nos rodearon, hicimos un cálculo aproximado de la distancia recorrida. No podía ser inferior a los ochocientos kilómetros y acaso los excediera ampliamente. La hélice propulsora continuaba funcionando y nos ayudaba sin duda a

avanzar. Cuando se puso el sol, el viento se enfrió, se convirtió en un verdadero huracán y el océano se percibía con toda claridad a causa de su fosforescencia. El viento sopló del Este toda la noche, como si nos brindara el más claro presagio de éxito. El viento nos aparejó molestias y la humedad atmosférica fue muy desagradable; pero el amplio espacio de que disponíamos en la barquilla nos permitió tendernos en el suelo donde, gracias a los abrigos y a unas cuantas mantas, pudimos sortear el inconveniente bastante bien.

Postdata (de Mr. Ainsworth). Las últimas nueve horas han sido, sin duda alguna, las más apasionantes de mi vida. Me resulta imposible concebir algo más exaltante que el extraño peligro y la novedad de una aventura como ésta. ¡Quiera Dios concedernos el éxito! No solicito tal cosa en bien de mi insignificante persona, sino del conocimiento humano y… de la magnitud del triunfo. De todos modos, la hazaña es tan claramente factible que lo único asombroso es que los hombres hayan alimentado escrúpulos no intentándola hasta hoy. Si un simple vendaval como el que ahora nos beneficia empuja a un globo durante cuatro o cinco días (y duran a menudo más) el viajero será confortablemente trasladado en tal espacio de tiempo, de costa a costa. Contando con semejante galerna, el ancho Atlántico se transforma en un simple lago. En este momento lo que me impresiona más es el absoluto silencio reinante en el mar que se extiende a nuestros pies, a pesar de su agitación. Me ha sorprendido más que cualquier otro fenómeno espontáneo. Las aguas no dirigen su voz a los cielos. El inmenso océano llameante se retuerce y tortura sin queja alguna. Las olas, grandes como montañas, semejan innumerables y gigantescos demonios sin habla, en lucha agónica e impotente. Durante una noche como ésta se me antoja que un hombre vive; vive todo un siglo de vida ordinaria. No cambiaría este delicioso arrebato por un siglo entero de existencia vulgar.

Domingo 7 (Manuscrito de Mr. Mason). Esta mañana el vendaval había amainado y a eso de las diez dio paso a una brisa de ocho o nueve nudos (para un navío en la mar) que nos lleva quizás a la velocidad de unos cuarenta y ocho kilómetros por hora o algo más. Ha virado, además, muy considerablemente al Norte y ahora, al poniente, mantenemos nuestro curso rumbo al Oeste gracias a la hélice y el gobernalle, que cumplen sus funciones con admirable eficacia. Considero que el proyecto es un éxito completo y que la cómoda navegación por aire en cualquier dirección (no necesariamente con ayuda del vendaval) ha dejado de ser problemática. No hubiésemos podido hacer frente al fuerte viento de ayer; pero ascendiendo habríamos logrado escapar a su acción, de ser necesario. Contra una brisa bastante respetable, estoy convencido de que es posible hacer camino con ayuda de la hélice. Hoy a

mediodía hemos alcanzado una altura de unos siete mil quinientos metros mediante descarga de lastre, lo cual hicimos en procura de una corriente de aire más directa. Sin embargo, no hallamos ninguna tan favorable como la que ahora seguimos. Poseemos gas en abundancia para que nos lleve a través de este pequeño charco, aunque la travesía durara tres semanas. No albergo ningún temor sobre el resultado. Las dificultades han sido extrañamente exageradas y mal interpretadas. Puedo elegir mi corriente y, en caso de encontrarme con que todas me son contrarias, adelantar bastante satisfactoriamente sirviéndome de la hélice propulsora. Ningún incidente digno de mención. Parece que la noche será tranquila.

Postdata (de Mr. Ainsworth). Poco tengo que registrar, con excepción del hecho (muy sorprendente para mí) de que a una elevación igual a la del Cotopaxi no he experimentado frío muy intenso ni dolor de cabeza, ni dificultades respiratorias. Tampoco, según me dicen, los señores Masón y Holland, ni Sir Everard han sufrido de ello. Mr. Osborne se quejó de cierta opresión en el pecho; pero no tardó en desaparecerle. Volamos a gran velocidad durante el día. Hemos de haber recorrido ya más de medio camino a través del Atlántico. Todos a bordo de los veinte o treinta barcos avizorados sucesivamente parecían jubilosamente asombrados. Cruzar el océano en globo no es, después de todo, hazaña tan difícil. *Omne ignotum pro magnífico. Mem*: a siete mil quinientos metros de altura, el cielo se presenta casi negro y las estrellas son perceptibles con claridad. Entretanto, el mar no parece convexo (como podría suponerse) sino inequívoca y absolutamente *cóncavo*[7].

Lunes 8 (Manuscrito de Mr. Mason). De nuevo esta mañana hemos tenido algún problema con la vara de la hélice, la cual ha de ser remodelada por completo para evitar serios accidentes. Me refiero al vástago de acero, no a las aspas: éstas no pueden ser mejoradas. El viento ha seguido soplando con fuerza y constancia del noreste durante todo el día y hasta el presente la fortuna parece inclinada a favorecernos. Poco antes del amanecer nos alarmamos todos a causa de unos ruidos extraños y de ciertos golpes en el globo, que fueron acompañados por una aparentemente rápida pérdida de fuerzas de toda la máquina. Tales fenómenos tenían su causa en la expansión del gas, fruto del aumento de calor en la atmósfera y la consecuente ruptura de las partículas minúsculas de hielo que se formaron sobre la red a lo largo de la noche y quedaron incrustadas en ella. Arrojamos varias botellas a los navíos situados debajo de nosotros. Vi que una de ellas era recogida por un enorme barco, que me pareció ser uno de los paquebotes de la línea de Nueva York. Traté de descifrar su nombre, sin resultado. Mr. Osborne, usando su telescopio, ha creído leer algo parecido a «Atalanta». Son ahora las doce de la noche y seguimos

rápido rumbo hacia el Oeste. El mar está muy fosforescente.

Postdata por Mr. Ainsworth). Son ahora las dos de la madrugada y todo se halla bastante sereno por lo que puedo juzgar; pero es muy difícil apreciar esto, ya que nos movemos junto con el viento. No he dormido desde que dejáramos Whealvor y ya soy incapaz de resistir. Debo dormir un poco. No podemos hallarnos lejos de la costa americana.

Martes 9 (por Mr. Ainsworth). La una de la tarde. ¡Tenemos ante nosotros toda la costa baja de Carolina del Sur! La gran proeza ha culminado. ¡Hemos atravesado el Atlántico! ¡Cómoda y fácilmente lo hemos cruzado en globo! ¡Alabado sea Dios! ¿Quién podrá decir después de esto que algo es imposible?

Aquí termina el Diario. Algunos detalles referentes al descenso fueron, sin embargo, comunicados con posterioridad a Mr. Forsytb por Mr. Ainsworth. Reinaba casi una calma chicha cuando los pasajeros avizoraron por primera vez la costa, la cual fue de inmediato reconocida por ambos marineros y por Mr. Osborne. El caballero citado cuenta con amigos en Fort Moultrie, de modo que se resolvió de inmediato tomar tierra en las inmediaciones. El globo fue llevado a la altura de la playa (ya que había marea baja y la arena, dura y llana, se adaptaba de manera admirable al aterrizaje) y se soltó el ancla, que no tardó en quedar firmemente sujeta. Los habitantes de la isla y del fuerte se precipitaron, como es natural, para ver el globo; pero sólo con gran dificultad se logró convencerles de la verdad, es decir, de que el viaje se había cumplido… *atravesando el Atlántico*. El ancla quedó fijada a las dos de la tarde en punto; de modo que el trayecto completo se realizó en setenta y cinco horas. Algo menos, si se cuenta el tiempo entre costa y costa. Ningún accidente serio se produjo. Ningún peligro real fue de temer en ningún momento. Se desinfló el globo y fue puesto a buen recaudo; y cuando el manuscrito a partir del cual esta narración ha sido redactada fue despachado desde Charleston, el grupo expedicionario aún se encontraba en Fort Moultrie. No se conocen a ciencia cierta sus ulteriores proyectos; pero podemos asegurar formalmente a nuestros lectores que agregaremos informaciones adicionales para el lunes o el martes a más tardar.

Ésta es, sin lugar a duda alguna, la empresa más extraordinaria, interesante e importante jamás llevada a cabo, o siquiera intentada, por hombre alguno. Sería inútil pretender determinar qué magníficos acontecimientos se derivarán de ella.

CONVERSACIÓN CON UNA MOMIA

El simposio de la noche anterior había resultado excesivo para mis nervios. Sufría intensos dolores de cabeza y me dominaba una somnolencia que no podía vencer, de modo que, en lugar de salir aquella noche como me había propuesto, pensé que nada mejor podía hacer que limitarme a cenar algo ligero e irme en seguida a la cama.

Una cena *liviana*, claro está. Nada me gusta tanto como las tostadas con queso y cerveza. Lo malo es que comer más de una libra de una sola vez puede no resultar aconsejable en todos los casos, aunque no cabe objeción alguna a comer dos. Y, bueno, entre dos y tres no hay más que un número de diferencia. Yo diría que fueron cuatro. Mi mujer insiste en que comí cinco; pero me parece claro que confunde dos cosas diferentes. El número cinco, en abstracto, lo admito de buena gana; pero en concreto se refi re a las botellas de cerveza negra que requieren necesariamente las tostadas con queso.

Concluida, por tanto, una cena frugal, me puse el gorro de dormir con la tranquila esperanza de gozar de él hasta el mediodía siguiente. Descansé la cabeza sobre la almohada y, asistido por una conciencia intachable, me sumí en el más profundo sueño.

Sin embargo, ¿cuándo se cumplieron las esperanzas de los seres humanos? No creo haber pasado del tercer ronquido cuando se oyó sonar furiosamente la campanilla de la puerta, seguida de unos golpes impacientes dados con el llamador que me despertaron en el acto. Un minuto después y mientras me restregaba aún los ojos, mi mujer me puso ante la cara un mensaje de mi viejo amigo el doctor Ponnonner. Decía así:

> «Déjelo todo y venga a verme, mi querido y buen amigo, en cuanto reciba la presente. Venga a compartir nuestro regocijo. Por fin, tras perseverantes y diplomáticas gestiones, he logrado que los directores del Museo de la ciudad me permitan estudiar la Momia. Ya sabe usted a cuál me refiero. Cuento con autorización para quitarle las vendas y abrirla, si así lo deseo. Sólo unos pocos amigos se hallarán presentes y usted entre ellos, por supuesto. La Momia está ya en mi casa y comenzaremos a descubrirla a las once de esta noche.
>
> »Su amigo,
>
> Ponnonner».

Cuando llegué a la razón social «Ponnonner», me sorprendió encontrarme tan despejado como el que más. Había saltado de la cama como arrobado, derribando al suelo cuanto se interponía en mi paso, y me vestí con rapidez realmente prodigiosa. Luego, a toda carrera, me dirigí a casa del doctor.

Allí encontré reunido a un grupo de personas llenas de curiosidad. Habían estado esperándome con gran impaciencia. La Momia había sido colocada sobre la mesa del comedor y, cuando yo entré en la habitación, comenzó el examen.

La Momia pertenecía a la pareja traída a América varios años antes por el capitán Arthur Sabretash, primo de Ponnonner. Procedía de una tumba cercana a Eleithias, en las montañas de Libia, lugar que se halla a considerable distancia de Tebas, sobre el Nilo. En esa región las grutas, aunque no tan magníficas como los sepulcros tebanos, tienen más interés que éstos debido a que proporcionan mucha más información sobre la vida privada de los egipcios. La cámara donde se halló el espécimen que nos ocupaba era, según parece, especialmente rica en datos de tal especie: sus muros estaban cubiertos de frescos y bajorrelieves. Varias estatuas, vasos y mosaicos de delicado diseño revelaban la fortuna del difunto.

El tesoro había sido depositado en el Museo en las mismas condiciones en que fue descubierto por el capitán Sabretash, es decir, que nadie había tocado el sarcófago. Durante ocho años había permanecido allí, sometido a las miradas meramente exteriores del público. Teníamos, pues, ahora a la Momia a nuestra entera disposición; y para quien esté al tanto de la escasez con que arriban a nuestras costas antigüedades intactas, se comprenderá que con toda razón nos felicitáramos de nuestra buena fortuna.

Al acercarme a la mesa vi sobre ella un cajón o cofre de unos dos metros de longitud, uno de ancho y setenta y cinco centímetros de profundidad. No parecía un ataúd, era dada su forma oblonga. La materia de que estaba hecho se juzgó al principio madera de sicomoro (*platanus*), pero al practicar un corte nos encontramos con que era cartón o, mejor dicho, *papier mâché* hecho de papiros. Estaba profusamente adornado de pinturas representando ceremonias funerarias y demás temas mortuorios, por entre las cuales, y en gran variedad de posiciones, corría una serie de jeroglíficos, dedicados a señalar el nombre del extinto. Por fortuna, Mr. Gliddon se encontraba entre nosotros y no tuvo dificultad en desentrañar las letras, que eran simplemente fonéticas y formaban la palabra Allamistakeo[8].

Tuvimos ciertas dificultades cuando quisimos abrir el cajón sin causarle desperfectos; pero, cumplida finalmente la tarea, nos vimos ante otro, en forma de ataúd y mucho más pequeño. En cuanto al resto, era idéntico. El espacio entre ambos estaba relleno de resina, la cual había apagado en cierto modo los colores del cajón

interior.

Al abrirlo (lo que no nos dio trabajo) encontramos un tercer cajón, también en forma de ataúd, e igual que el anterior en todo detalle, con excepción del material de que estaba hecho, que en este caso era madera de cedro. Aún despedía su aroma tan intenso y peculiar. Entre el segundo y el tercer cajón no había espacio: este último encajaba exactamente dentro de aquél.

Extrajimos el tercer cofre, lo abrimos y descubrimos el cuerpo, que quitamos de allí. Esperábamos encontrarlo, como es norma, envuelto en muchas vendas o fajas de lino; pero en lugar de ellas hallamos una especie de vaina de papiro cubierta de una capa de escayola dorada y pintada. Las imágenes mostraban temas relacionados con las variadas tareas del alma y su presentación ante diversas divinidades, todo lo cual se acompañaba de una serie de numerosas figuras humanas idénticas, presumiblemente retratos del embalsamado. Extendida de pies a cabeza se veía una inscripción en forma de columna trazada en jeroglíficos fonéticos que repetían el nombre y los títulos del muerto, así como nombre y títulos de sus parientes.

En torno al cuello, ahora libré, aparecía un collar de cuentas cilíndricas de vidrio de diversos colores, dispuestas de modo que representaban imágenes de dioses, del escarabajo, etcétera, y del globo alado. Rodeando la cintura podía verse un collar semejante, o pretina.

Cuando arrancamos el papiro, encontramos la carne en perfecto estado de conservación. No despedía olor alguno. Mostraba un color rojizo. La piel era dura, lisa y brillante. Dientes y cabello estaban en buen estado. Los ojos (al parecer) le habían sido extraídos y reemplazados por otros, de vidrio, lo cual resultaba muy hermoso de ver y maravillosamente real. Sólo podría objetarse el hecho de que miraban con expresión demasiado fija. Las uñas de manos y pies estaban pintadas de brillante oro.

Mr. Gliddon opinó que, dada la intensidad de la rojez epidérmica, el embalsamamiento parecía haberse realizado enteramente con asfalto; pero, tras rascar la superficie con un instrumento de acero y arrojar al fuego el polvo así obtenido, percibimos el perfume del alcanfor y de otras resinas aromáticas.

Revisamos muy cuidadosamente el cadáver en busca de la escisión a través de la cual se extraían las entrañas, pero, con gran sorpresa nuestra, no hallamos nada. Ninguno de nosotros sabía por entonces que con cierta paciencia se encuentran momias que no han sido vaciadas. El cerebro se extraía habitualmente por las fosas nasales y los intestinos por un corte hecho en el costado. Se afeitaba entonces el cuerpo, se lavaba y se dejaba en salmuera durante varias semanas, al cabo de las cuales comenzaba la tarea de embalsamamiento propiamente dicho.

Al no poder encontrar ninguna señal de abertura, el doctor Ponnonner se dispuso a practicar la disección, para lo cual preparó su instrumental; pero yo observé que

eran ya más de las dos de la mañana. Por este motivo, se decidió posponer el examen interno de la Momia hasta la noche siguiente; y ya estábamos dispuestos a separarnos cuando alguien sugirió llevar a cabo uno o dos experimentos con la pila voltaica.

Aplicar electricidad a una momia de tres o cuatro mil años, por lo menos, era una idea, si no muy sensata, al menos bastante original, de modo que todos aceptamos de inmediato. Con un décimo de seriedad y nueve de broma, dispusimos una pila en el estudio del doctor y allí trasladamos a nuestro egipcio.

Tras mucho trabajo conseguimos descubrir y exponer algunas porciones del músculo temporal, el cual presentaba menos rigidez que otras partes del cuerpo; pero, tal como preveíamos, no dio indicios de sensibilidad galvánica al ser puesto en contacto con el cable. Este único experimento, como es natural, nos pareció terminante, de modo que riendo cordialmente de nuestra propia tontería, comenzamos a darnos las buenas noches. Fue entonces cuando mis ojos se encontraron con los de la Momia y quedaron fijos en ellos por el estupor. Una rápida mirada me había bastado para advertir que las órbitas, que todos supusimos de vidrio y que nos llamaran la atención por la extraña fijeza con que parecían mirar, se encontraban ahora tan cubiertas por los párpados que sólo una parte pequeña de la *túnica albugínea* quedaba visible.

Dando un grito, llamé la atención de todos sobre el hecho, que de inmediato se hizo obvio.

No puedo decir que me *alarmara* el fenómeno, porque tal expresión no sería exacta. Es probable, sin embargo, que de no mediar la cerveza negra me hubiese sentido un poco nervioso. En cuanto al resto de la concurrencia, nadie intentó siquiera disimular el instantáneo espanto que nos invadió. El doctor Ponnonner daba verdadera pena. Mr. Gliddon, gracias a no sé qué procedimiento, se hizo invisible y Mr. Bilk Buckingham no será tan audaz, supongo, como para negar que se metió, gateando, debajo de la mesa.

Tras el primer arrebato de sorpresa, empero, resolvimos de común acuerdo continuar con la experimentación. Centramos nuestro campo de operaciones en el dedo gordo del pie derecho, practicando un corte en la parte externa del *os sesamoideum pollicis pedís* hasta alcanzar la raíz del músculo abductor. Pusimos entonces de nuevo en funcionamiento la pila y aplicamos el fluido a los nervios expuestos. Entonces, con un ademán absolutamente lleno de vida, la Momia comenzó por levantar la rodilla derecha hasta que quedó casi en contacto con el abdomen; luego, estirando la pierna con fuerza inconcebible, aplicó un puntapié al doctor Ponnonner con el resultado de que dicho caballero salió disparado como flecha de una catapulta hasta llegar a la calle a través de la ventana.

Corrimos *en masse* a recoger los destrozados miembros de la víctima, pues la habitación se encontraba en el primer piso; pero nos esperaba la sorpresa de verle

llegar por las escaleras, a extraordinaria velocidad, rebosante de ardor científico y más empeñado que nunca en proseguir con nuestros experimentos con rigor y celo.

En consecuencia, por consejo suyo, practicamos de inmediato una incisión profunda en la punta de la nariz del sujeto. El propio doctor, con enérgica mano, estableció firme contacto con el cable.

Moral y físicamente, figurativa y literalmente, el efecto resultó *eléctrico*. En primer lugar, el cadáver abrió los ojos y durante varios minutos pestañeó con rapidez, como el doctor Barnes en su pantomima; luego estornudó; en tercer lugar se incorporó y se sentó; en cuarto término le arreó con el puño al doctor Ponnonner en plena cara y por último, volviéndose a los señores Gliddon y Buckingham, se dirigió a ellos en correctísimo egipcio y en los siguientes términos:

—He de decir, caballeros, que me encuentro tan sorprendido como molesto ante vuestra conducta. Del doctor Ponnonner no cabía esperar nada mejor: apenas es más que un pobre y tonto gordinflón que nada sabe de nada. Me apiado de él y le perdono. Pero tú, Mr. Gliddon, y tú Mr. Silk, que habéis viajado y residido en Egipto al punto de que podríais ser considerados nativos de ese país, vosotros, digo, que tanto tiempo habéis pasado entre nosotros como para hablar el egipcio con la misma soltura con que escribís en vuestra lengua materna; vosotros, a quienes siempre me incliné a considerar como firmes amistades de las momias… realmente, esperaba de ambos una conducta más caballerosa. ¿Qué he de pensar de vuestra actitud al permanecer tranquilamente ahí mientras se hacía uso de mí de tan ultrajante manera? ¿Qué puedo pen sar al ver cómo permitisteis que Juan, Pedro y Diego me despojaran de mis ataúdes y de mis ropas en este maldito clima helado? ¿Ya qué luz (para concretar) he de mirar vuestra ayuda y apoyo a ese miserable pilluelo llamado doctor Ponnonner mientras me tiraba de la nariz?

No dudo de que al oír tal discurso en aquellas circunstancias todos nosotros podríamos haber corrido a la puerta, sufrido un ataque histérico o caído desmayados sin excepción. Cualquiera de tales reacciones era, repito, de esperar y en verdad cualquiera de ellas pudo haber sido muy plausiblemente adoptada. De ahí que no acierte a explicarme por qué no adoptamos ninguna de ellas. Tal vez la verdadera razón deba buscarse en el espíritu de los tiempos, que se guía por completo en función de la ley de los contrarios: hoy se admite en general como solución a todo la vía de la paradoja y la imposibilidad. Pero quizás haya sido a fin de cuentas la manera naturalísima y sencilla con que la Momia se expresó lo que vino a quitar a sus palabras sentido aterrador. Sea como fuere, los hechos están ahí: ningún miembro del grupo traicionó un especial sobrecogimiento o pareció considerar que algo había salido específicamente mal en el experimento.

Por mi parte, estaba convencido de que todo iba bien. Me limité a hacerme un poco a un lado para quedar fuera del alcance del puño del egipcio. El doctor

Ponnonner sepultó ambas manos en los bolsillos de sus pantalones, miró con dureza a la Momia y se ruborizó mucho. Mr. Gliddon se acarició las patillas y se subió un poco el cuello de la camisa. Mr. Buckingham inclinó la cabeza, llevándose el pulgar derecho al extremo izquierdo de la boca.

El egipcio le contempló con ceño adusto durante unos minutos y al fin dijo con desprecio:

—¿Por qué no hablas, Mr. Buckingham? ¿Oíste o no lo que he dicho? ¡Y quítate el dedo de la boca!

Mr. Buckingham se sobresaltó ligeramente, se sacó el pulgar derecho del extremo izquierdo de la boca y, como para indemnizarse, insertó su pulgar izquierdo en el lado derecho de la mencionada abertura.

Al advertir que no obtendría respuesta de Mr. B., el personaje se volvió malhumorado a Mr. Gliddon, preguntándole en tono perentorio cuál era la idea general que perseguíamos.

Mr. Gliddon se extendió en detalles, expresándose fonéticamente. De no ser por la deficiencia de las imprentas norteamericanas, que carecen de tipos jeroglíficos, me hubiese agradado sobremanera transcribir aquí en idioma original y en su totalidad el excelente discurso que pronunció.

Asimismo he de hacer notar de paso que toda la ulterior conversación en la cual intervino la Momia se desarrolló en lengua egipcia primitiva, a través (en lo que respecta a mí y a otros poco viajeros miembros de la asistencia), a través, digo, de los señores Gliddon y Buckingham, quienes nos sirvieron de intérpretes. Dichos caballeros hablaban la lengua materna de la Momia con inigualada fluidez y suprema gracia, aunque no pude dejar de advertir que (por obra sin duda de la introducción de imágenes modernas y, en consecuencia, por entero nuevas para el extraño) ambos viajeros se veían obligados a veces a emplear imágenes concretas para expresar ciertos significados. Mr. Gliddon, por ejemplo, no pudo en cierto momento hacer comprender al egipcio el término «política» y tuvo que dibujar en la pared, con ayuda de un trozo de carbón, un hombrecillo de nariz granujienta y codos al aire subido a una tarima, con la pierna izquierda echada hacia atrás, el brazo derecho extendido hacia delante, puño cerrado, ojos vueltos al cielo y boca abierta en un ángulo de noventa grados. Por su parte, Mr. Buckingham se vio impotente para comunicar el sentido de palabra tan absolutamente moderna como «peluca[9]» hasta que, por sugerencia del doctor Ponnonner y tornándose muy pálido, consintió en quitarse la suya.

Como se comprende, la peroración de Mr. Gliddon hacía especial hincapié en los grandes beneficios que reportaría a la ciencia el conocimiento de los métodos de desenrollar y destripar a las momias. Al referirse a esto último pidió disculpas por las molestias que hubiésemos podido causar a él en particular, es decir, a la Momia

concretamente llamada Allamistakeo, y concluyó con la sugerencia (pues apenas se la podría considerar algo más que eso) de que podríamos continuar con el proyectado experimento, ya que las insignificancias quedaban aclaradas. Al oírle, el doctor Ponnonner aprestó su instrumental.

Sin embargo, sobre tal sugestión del orador pareció que Allamistakeo albergaba algunas reservas, cuya naturaleza no alcancé a entender. En cambio expresó su satisfacción ante las disculpas ofrecidas: bajando de la mesa estrechó las manos de todos los presentes.

Terminada la ceremonia, todos pusimos manos a la obra para reparar los daños que el bisturí causara a nuestro sujeto. Le cosimos la herida de la sien, le vendamos el pie y colocamos una pulgada cuadrada de esparadrapo negro en la punta de su nariz.

Observamos entonces que el conde (que tal parecía ser el título de Allamistakeo) temblaba un poco, sin duda a causa del frío. El doctor recurrió de inmediato a su guardarropa, y volvió a poco con una chaqueta negra de etiqueta, obra maestra de Jennings, un par de pantalones de tartán celeste con presillas, una camisa de guinga color rosa, un chaleco de brocado con solapas, un abrigo blanco y corto, un bastón con empuñadura doblada, un sombrero sin ala, botines de charol, guantes de cabritilla color paja, un monóculo, un par de patillas y una corbata de las que caen en cascada. Debido a la disparidad de tallas entre el conde y el doctor (éste era la mitad de aquél) no fue fácil hacer servir dichas prendas y adaptarlas al egipcio; pero cuando todo quedó listo, se podía decir que estaba vestido. Mr. Gliddon le dio entonces el brazo y lo acompañó hasta un confortable asiento junto al fuego mientras el doctor se apresuraba a tocar la campanilla y ordenar que se trajesen inmediatamente cigarros y vino.

La conversación no tardó en animarse. Expresamos, como es natural, nuestra intensa curiosidad sobre el hecho, en cierto modo notable, de que Allamistakeo se encontrara con vida.

—Yo diría —observó el doctor Buckingham— que estaba usted muerto desde hace mucho tiempo.

—¿Qué? —exclamó el conde con gran sorpresa—. ¡Si apenas cuento algo más de setecientos años! Mi padre vivió hasta los mil y estaba lejos de la chochez al morir.

A esto siguió una rápida serie de preguntas y de cálculos, en virtud de los cuales resultó claro que la ancianidad de la Momia había sido groseramente estimada. Hacía cinco mil cincuenta años y unos meses que fue destinado a las catacumbas de Eleithias.

—Pero mi observación —siguió diciendo Mr. Buckingham— no se refería a la edad suya cuando fue enterrado. (De buena gana le concedo, en verdad, que es usted aún joven). Me refería a la inmensidad de tiempo durante la cual, según su propio testimonio, ha estado envuelto en asfalto.

—¿En qué? —preguntó el conde.

—En asfalto —insistió el doctor Buckingham.

—Ah, bueno; sí, tengo una vaga noción de lo que quieres decir. Podría servir, sin duda; pero en mis tiempos rara vez se usaba otra cosa que el bicloruro de mercurio.

—Pero lo que encontramos especialmente difícil de comprender —dijo el doctor Ponnonner— es cómo, habiendo muerto y sido enterrado en Egipto hace cinco mil años, se encuentra usted aquí hoy lleno de vida y con tan magnífico aspecto.

—De hallarme *muerto*, como tú dices —contestó el conde— es probable que aún seguiría muerto, pues advierto que aún os halláis en la infancia del galvanismo y sois incapaces de llevar a cabo lo que tan común era entre nosotros en los viejos tiempos. Pero el hecho es que me sumí en estado cataléptico y mis mejores amigos consideraron que o estaba muerto o debiera estarlo. En consecuencia, me embalsamaron de inmediato… ¿He de creer que estáis al tanto del principio fundamental del embalsamamiento?

—Bueno, pues no del todo.

—Ah, ya veo. ¡Qué deplorable ignorancia! Bien. No puedo entrar ahora en detalles; pero me será necesario explicaros que, en Egipto, lo que se designaba propiamente embalsamamiento era la detención indefinida de *todas* las funciones animales sometidas al proceso. Empleo el vocablo «animal» en su sentido más amplio, que incluye no sólo al ser físico sino también al ético y al *vital*. Repito que el principio básico del embalsamamiento consistía entre nosotros en la detención inmediata de todas las funciones animales sometidas al proceso y en el mantenimiento *de todas ellas en estado latente*. Abreviando: se encontrara el individuo en la condición que fuera al ocurrir el embalsamamiento, en tal condición quedaba. Y como, afortunadamente, soy de la sangre del Escarabajo, fui embalsamado en vida, como podéis ver.

—¡La sangre del Escarabajo! —exclamó el doctor Ponnonner.

—En efecto. El Escarabajo era la insignia, o el escudo de armas, de una familia patricia muy distinguida y poco numerosa. Ser «de la sangre del Escarabajo» significa, simplemente, pertenecer a la familia que tiene al Escarabajo por emblema. Hablo en sentido figurado.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con el hecho de que se halle usted con vida?

—Vaya, pues en Egipto es costumbre general quitar al cadáver, antes de embalsamarlo, las entrañas y cerebro. Los de la sangre del Escarabajo son los únicos que no han seguido tal práctica. De modo que de no haber sido yo un Escarabajo carecería de vísceras y de cerebro. En tales condiciones la vida es molesta.

—Comprendo —dijo Mr. Buckingham—. Y presumo que todas las momias *enteras* que han llegado hasta nosotros son de la especie del Escarabajo.

—Sin ninguna duda.

—Yo creía —dijo Mr. Gliddon con voz débil— que el Escarabajo era uno de los dioses egipcios.

—¿Uno de los *qué* egipcios? —preguntó la Momia poniéndose de pie.

—Dioses —repitió el explorador.

—Me asombra oírte hablar de tal modo, Mr. Gliddon —dijo el conde volviendo a su asiento—. Ningún pueblo en la faz de la tierra ha reconocido nunca más de un dios. El Escarabajo, el Ibis y demás, eran para nosotros (tal como similares criaturas han sido para otros) los símbolos o medios a través de los cuales reverenciábamos al Creador, demasiado augusto para ser abordado directamente.

Hubo una pausa, al cabo de la cual la conversación fue reanudada por el doctor Ponnonner.

—No resultaría pues improbable, de acuerdo con lo que nos ha explicado usted —dijo— que, entre las catacumbas cercanas al Nilo, existan otras momias de la raza del Escarabajo también vivas.

—Eso no puede ni dudarse —repuso el conde—. Todos los Escarabajos embalsamados accidentalmente cuando se hallaban vivos, siguen estándolo hoy. Incluso algunos de ellos embalsamados *ex profeso* podrían haber sido olvidados por sus albaceas y permanecen aún en sus tumbas.

—¿Sería usted tan amable de explicarnos —dije yo— lo que quiere expresar con la frase «embalsamados ex profeso»?

—Con sumo placer —contestó la Momia, tras pasar indolente revista a mi persona con ayuda de su monóculo. Era la primera vez que me aventuraba a dirigirle una pregunta directa—. Con sumo placer. La duración habitual de la vida en mis tiempos era de unos ochocientos años. Pocos morían, a menos de sufrir algún extraordinario accidente, antes de cumplir los seiscientos; y, aunque también pocos sobrepasaban la decena de centurias, ochocientos años eran considerados cosa normal. Luego de descubrirse el principio del embalsamamiento que os he descrito ya, nuestros filósofos consideraron que una saludable curiosidad resultaría satisfecha y, al mismo tiempo, beneficiados los intereses de la ciencia si ese lapso natural fuera vivido en varias etapas. En el caso de la historia, realmente, la experiencia ha demostrado que algo como esto era indispensable. Un historiador, por ejemplo, cumplidos los quinientos años, podría escribir un libro con gran trabajo y ser luego cuidadosamente embalsamado, tras impartir instrucciones a sus albaceas *pro tem*., que se encargarían de volverlo a la vida al cumplirse cierto período de tiempo; de quinientos, digamos, o de seiscientos años. Al reanudar entonces su vida, se iba a encontrar inevitablemente con que su gran obra se había convertido en algo así como una libreta de apuntes reunidos al azar, es decir, con una especie de palestra literaria donde combatían conjeturas opuestas, enigmas y querellas personales de toda una legión de furiosos comentaristas. Esas conjeturas, etcétera, que figuraban bajo el

nombre de anotaciones o enmiendas, resultaban algo que tapaba por completo, distorsionaba y recargaba el texto de modo tal, que el autor debía recorrerlo provisto de una linterna para localizar en él a su propio libro. Y, una vez logrado su empeño, nunca resultaba digno de la búsqueda. Tras volverlo a escribir de cabo a rabo, se consideraba que su deber era abocarse de inmediato a la tarea del historiador y corregir, fundado en su propio conocimiento y en su experiencia, las tradiciones de la época en la que originariamente viviera. Ahora bien, este proceso de reescribir y de rectificar personalmente, perseguido de tiempo en tiempo por varios eruditos, tuvo como efecto salvar a nuestra historia de degenerar hasta convertirse en pura fábula.

—Dispénseme usted —dijo el doctor Ponnonner a esa altura, posando suavemente su mano sobre el brazo del egipcio—. Dispénseme, señor, pero ¿podría cometer el atrevimiento de interrumpirle por un instante?

—Ciertamente, *señor* —repuso el conde, dispuesto a esperar lo que siguiera.

—Sólo desearía hacerle una pregunta. Ha hablado usted de la corrección personal del historiador a las *tradiciones* referentes a su propia época. ¿Podría usted, por favor, decirme en qué proporción tales cábalas eran acertadas?

—Las cábalas, como acertadamente las describes, señor, resultaban, al descubrirse, justamente a la par con los hechos antes de ser reescritos, es decir, que en ellas no había jamás una coma que no fuese, en toda circunstancia, total y a todas luces falsa.

—Pero, ya que lo cierto es que al menos cinco mil años han transcurrido desde su inhumación en la tumba —insistió el doctor—, habrá que dar por sentado que sus historias de aquel tiempo, si no sus tradiciones, eran suficientemente explícitas sobre el gran tema de interés universal. Me refiero a la Creación, la cual, como sin duda usted sabe, tuvo efecto tan sólo diez siglos antes.

—¡Caballero! —exclamó el conde Allamistakeo.

El doctor repitió sus palabras pero sólo luego de muchas explicaciones suplementarias pudo lograr que el extraño las comprendiese. Por fin dijo en tono vacilante:

—Confieso que las ideas que acabas de exponer son para mí absolutamente nuevas. En mis tiempos no supe nunca de nadie que sostuviera fantasía tan singular como la encerrada en la idea de que el universo (o este mundo, si así lo prefieres) haya tenido jamás principio. Recuerdo que una vez, y sólo una vez, oí sugerir algo muy vago a un hombre muy dado a filosofar, sobre el origen *de la especie humana*; y dicho individuo empleó la misma palabra, Adán (o Tierra Roja), que has pronunciado tú. Pero lo hizo con sentido general, para referirse a la generación espontánea surgida en el limo (tal como han germinado mil criaturas de condición inferior); para referirse, decía, a la generación espontánea de cinco grandes hordas humanas que surgieron simultáneamente en cinco puntos diferentes y casi iguales del globo.

Ante esto, la audiencia en general se encogió de hombros y algunos nos tocamos la frente intercambiando miradas significativas. Mr. Silk Buckingham, analizando primero el occipucio y luego el sinsipucio de Allamistakeo, habló como sigue:

—La larga duración de la vida en sus tiempos y la práctica de pasarla, como nos ha explicado usted, por períodos separados, debió sin duda propiciar una fuerte tendencia hacia el desarrollo general y a la acumulación de conocimientos. En consecuencia presumo que hemos de atribuir por entero la marcada inferioridad de los antiguos egipcios en todo lo referente a los detalles de la ciencia, si se establece la comparación con los modernos y muy especialmente con los yanquis, a la superior solidez del cráneo egipcio.

—Confieso de nuevo —repuso el conde con muchísima urbanidad— que me encuentro en cierto modo incapacitado para comprenderte. ¿A qué detalles de la ciencia te refieres?

Aprovechando la oportunidad, todos unimos nuestras voces describiendo con profusión las hipótesis de la frenología y las maravillas del magnetismo animal.

El conde, luego de oírnos hasta el fin, relató algunas anécdotas que evidenciaban el hecho de que los prototipos de Gall y Spurzheim habían proliferado y se habían extinguido en Egipto hacía ya tanto tiempo que yacían en olvido casi total; y sostuvo que los juegos de manos de Mesmer no eran más que desdeñables triquiñuelas, comparados a los auténticos milagros de los savants de Tebas, a quienes se debía la creación de los piojos a más de otras muchas cosas similares.

Pregunté entonces al conde si su pueblo era capaz de calcular los eclipses. Sonrió con cierta suficiencia y me contestó que así era.

Esto me desconcertó un tanto; pero comencé a plantear otras interrogantes relativas al conocimiento astronómico hasta que un miembro del grupo que hasta entonces no dijera esta boca es mía, me susurró al oído que, por información de tal índole, sería mejor que consultara a Tolomeo (ignoro de quién hablaba) y la *De facie lunae*, de un tal Plutarco.

Pregunté luego a la Momia acerca de espejos ustorios y lentes, así como, en general, sobre lo relativo a la elaboración del vidrio; pero no había terminado con mis interpelaciones cuando el miembro silencioso volvió a tocarme discretamente el codo, implorándome por todos los santos que echara un vistazo a la obra de Diodorus Siculus. En cuanto al conde, se limitó a preguntarme, a modo de respuesta, si los modernos poseíamos microscopios que nos permitieran tallar camafeos al estilo egipcio. Mientras yo reflexionaba sobre la respuesta, el doctor Ponnonner se mezcló en la conversación con extraordinario brío.

—¡Vea usted nuestra arquitectura! —exclamó para indignación de los dos viajeros, que le pellizcaron, tratando desesperadamente de contenerle, sin conseguir el propósito.

—¡Mire! —gritó entusiasmado—. ¡Mire la fuente del Bowling Green en Nueva York! ¡Y si le resulta demasiado grande para abarcarla de una ojeada, contemple un instante el Capitolio de Washington, en el distrito de Columbia!

A continuación, el bueno y diminuto médico pasó a detallar con minuciosidad las proporciones del edificio al que se refería. Explicó que el atrio, tan sólo, estaba dotado nada menos que de veinticuatro columnas de metro y medio de diámetro cada una y tres de separación entre ellas.

El conde manifestó que deploraba no poder recordar en aquel momento las exactas dimensiones de cada uno de los edificios principales de la ciudad de Aznac, cuyos cimientos se asentaran en la noche de los tiempos; pero las ruinas aún seguían en pie hacia la época de su entierro, en medio de una gran extensión de arena, al oeste de Tebas. Sin embargo, sí que recordaba (ya que de atrios se había conversado) el de un palacio inferior en una especie de suburbio llamado Karnak, el cual contaba con ciento cuarenta y cuatro columnas, cada una de las cuales sumaba once metros y medio de circunferencia. Estaban separadas por una distancia de ocho metros y medio. A dicho atrio se llegaba, viniendo desde el Nilo, tras recorrer una avenida de tres kilómetros de longitud, adornada con esfinges, estatuas y obeliscos de seis, dieciocho y treinta metros de altura. El palacio en sí (si recordaba bien) medía tres kilómetros en una de sus caras y debía totalizar unos once si se consideraba su circuito total. Todos sus muros estaban ricamente pintados por dentro y por fuera, con jeroglíficos. No podía pretender estar *seguro* de que cincuenta o sesenta de los capitolios del doctor pudieran construirse dentro del ámbito de sus muros; pero tampoco podía negar en absoluto que doscientos o trescientos de ellos no cupieran, si se hacía algún esfuerzo. Por otra parte, el palacio de Karnak no era, al fin y al cabo, más que un edificio insignificante. El conde no podía menos, sin embargo, que admirar la ingeniosidad, magnificencia y suprema belleza de la fuente del Bowling Green luego de oír la descripción del doctor. Nada igual, se vio forzado a conceder, habíase visto en Egipto ni en parte alguna.

Pregunté entonces al conde qué tenía que decir de nuestros ferrocarriles.

—Nada en particular.

Consideraba que eran más bien frágiles, de concepción bastante inepta y que formaban un todo torpemente ensamblado. No podían, desde luego, compararse con las enormes calzadas, llanas, directas y acanaladas, de hierro, sobre las cuales los egipcios trasladaban templos enteros y sólidos obeliscos de cincuenta metros de altura.

Me referí a nuestras gigantescas fuerzas mecánicas.

Convino en que sabíamos algo en tal terreno; pero preguntó de qué hubiesen servido para colocar las impostas de los dinteles, aun en palacio tan insignificante como el de Karnak.

Creí mejor no contestar la pregunta. En cambio, quise saber si tenía idea de lo que eran los pozos artesianos. Pero se limitó a alzar las cejas mientras el señor Gliddon me dirigía violentos guiños y me decía en voz baja que uno de ellos acababa de ser descubierto por los ingenieros encargados de practicar excavaciones cerca del Gran Oasis.

Mencioné entonces nuestro acero; pero el extranjero levantó con desdeñoso gesto la nariz y me preguntó si con él hubiésemos podido efectuar los agudos relieves que se ven en los obeliscos, los cuales fueran tallados enteramente con ayuda de instrumentos con punta de cobre.

Tan desconcertados quedamos que creímos aconsejable derivar el ataque hacia el campo metafísico. Enviamos a buscar un ejemplar de cierta revista llamada «El Cuadrante», editado cada trimestre, y leímos en ella uno o dos capítulos de un trabajo sobre algo no muy claro, que en Boston llaman «El Gran Movimiento o Progreso».

El conde sólo manifestó que los Grandes Movimientos habían sido algo terriblemente vulgar en sus tiempos. En cuanto al Progreso, nos dijo que resultó en cierto momento una verdadera molestia, pero que nunca pudo progresar.

Pasamos luego a ocuparnos de la gran belleza e importancia de la Democracia; pero nos vimos en apuros para impresionar al conde con las ventajas que significaban el sufragio *ad libitum* y la carencia de reyes.

Nos escuchó con evidente interés y en verdad pareció divertirse en no pequeña medida. Una vez que terminamos, dijo que muchísimo tiempo atrás había ocurrido algo muy semejante en sus lares. Trece provincias egipcias habían dispuesto, simultánea y bruscamente, declararse libres, constituyéndose así en magnífico ejemplo para el resto dé la humanidad. Reunieron a sus sabios y éstos redactaron la constitución más ingeniosa que imaginarse pueda. Durante cierto tiempo todo marchó extraordinariamente bien. Lo malo fue que la tendencia a la fanfarronería era inmensa en la gente, de modo que todo acabó en la consolidación de los trece estados a los que se agregaron quince o veinte más, todo lo cual dio origen al despotismo más odioso e intolerable del que se oyera jamás hablar en toda la faz de la tierra.

Inquirí por el nombre del tirano usurpador.

El conde creía recordar que se llamaba *Populacho*.

Sin saber qué comentario formular, levanté la voz para deplorar la ignorancia de los egipcios en lo referente al vapor.

El conde me contempló con marcada sorpresa y nada respondió. Sin embargo, el caballero silencioso me aplicó un fuerte codazo en las costillas, diciéndome que ya había hecho suficiente gala de insapiencia. No podía creer que fuese tan mentecato como para ignorar que la moderna máquina a vapor tenía sus antecedentes en la invención de Hero, pasando por Salomón de Caus.

Nos encontrábamos, pues, en inminente peligro de resultar derrotados; pero

nuestra buena estrella hizo que el doctor Ponnonner, que había estrechado filas, acudiera a socorrernos. Preguntó si el pueblo egipcio pretendería seriamente rivalizar con los modernos en la importantísima cuestión del atuendo.

A eso, el conde echó una mirada a las presillas de sus pantalones y luego, tomando entre sus dedos la punta de un faldón de su chaqueta, la llevó ante sus ojos. Así permaneció unos minutos hasta que, dejándola caer, su boca se fue extendiendo gradualmente de oreja a oreja. Algo dijo; pero no recuerdo sus palabras a modo de respuesta.

Recuperamos así nuestros ánimos y el doctor, acercándose a la Momia con gran dignidad, le instó a que declarase sin ambages y por su honor de hombre de bien si los egipcios habían llegado, en cualquier período, a comprender cómo se fabricaban las pastillas Ponnonner o las píldoras Brandeth.

Con profunda ansiedad esperamos todos una respuesta, pero en vano. Nada salía de sus labios. Sonrojándose, el egipcio inclinó la cabeza. Jamás triunfo alguno resultó tan aplastante y nunca la derrota fue aceptada de tan mala gana. En verdad, no pude soportar el espectáculo de los padecimientos de la pobre Momia. Echando mano a mi sombrero, le saludé con una rígida inclinación y me marché.

Al llegar a casa advertí que eran ya las cuatro y me fui directamente a la cama. Ahora son las diez de la mañana. He estado redactando este documento desde las siete para beneficio de mi familia y de la humanidad. Ya no veré más a la primera. Mi mujer es una arpía. A decir verdad, ya estoy harto de esta vida y del siglo XIX en general. Creo que todo va de mal en peor. Por otra parte, me siento ansioso por saber quién será el presidente el año 2045, de modo que, en cuanto me afeite y me tome una taza de café, me dirigiré a casa de Ponnonner y haré que me embalsamen por un par de cientos de años.

LA VERDAD SOBRE EL CASO DEL SEÑOR VALDEMAR

No debemos asombrarnos de que el caso del señor Valdemar haya sido motivo de discusión. Hubiera resultado milagroso que no hubiese ocurrido así, particularmente en tales circunstancias. El deseo de todas las partes interesadas de que el asunto continuara secreto, al menos por el presente, o esperando la oportunidad de una nueva investigación, y nuestros esfuerzos para triunfar sobre ello han dado lugar a que se difunda un relato imperfecto o exagerado entre el público y que, presentando el asunto con los colores más desagradablemente falsos, ha dado origen a un gran descrédito.

Así, pues, es necesario que dé cuenta de los hechos, por lo menos como yo mismo los comprendo, brevemente. Helos aquí:

En estos tres últimos años, y varias veces, mi atención había sido atraída por el hipnotismo, y, hace unos nueve meses, repentinamente acudió a mi imaginación la idea de que, en la serie de experiencias hechas hasta el presente, existía una grandísima e inexplicable laguna: nadie había sido hipnotizado *in articulo mortis*. Quedaba por saber si en tal estado el paciente podía recibir el influjo hipnótico; en segundo lugar, si, en el caso afirmativo, era atenuado o aumentado por esa circunstancia, y en tercer lugar, hasta qué punto o durante cuánto tiempo las usurpaciones de la muerte podían quedar paralizadas por la operación. Se debían comprobar otros puntos, pero los anteriores eran los que más excitaban mi curiosidad, particularmente el último a causa de su carácter trascendental.

Buscando a mi alrededor un sujeto por medio del cual pudiese aclarar estos puntos, fijé la elección en mi amigo Ernest Valdemar, compilador muy conocido en la *Biblioteca forense*, el autor (bajo el seudónimo de Issachar Marx) de las traducciones polacas de *Wallenstein* y de *Gargantúa*. Valdemar, que residía generalmente en Harlem (Nueva York) desde el año 1839, es o era particularmente notado por la excesiva delgadez de su persona: sus miembros inferiores se parecían mucho a los de John Randolph, y también por la blancura de sus patillas, que contrastaban con su cabellera negra, y que todos tomaban por una peluca, a causa de la diferencia de colores. Su temperamento era singularmente nervioso y resultaba un excelente sujeto para las experiencias hipnóticas. En dos o tres ocasiones le había hecho dormir sin gran dificultad; pero quedé desconcertado acerca de otros resultados que esperaba obtener de su particular constitución. Su voluntad nunca estuvo completamente abandonada a mi influencia y en lo que se refiere a la *clarividencia* nunca pude conseguir algo que pudiera llamarse concluyente. Siempre había atribuido mi fracaso

a su mala salud. Algunos meses antes de conocerle, los médicos le habían declarado atacado por una tuberculosis muy característica. También debo decir que tenía la costumbre de hablar de su próximo fin con mucha sangre fría, como de una cosa que no podía ser evitada ni sentida.

Cuando se me ocurrieron por primera vez las ideas de que ya he hecho mención, era muy natural que pensase en Valdemar. Conozco demasiado bien la filosofía del hombre como para temer algunos escrúpulos de su parte, y como en América no tenía pariente alguno, tampoco era de temer esta clase de intervención. Le hablé sin rodeos y con gran sorpresa vi que sentía vivo interés. Digo con gran sorpresa porque, aunque siempre se había prestado amablemente a mis experimentos, nunca manifestó el menor interés por mis estudios. Su enfermedad es de las que admiten un cálculo exacto en lo que se refiere a la época de su *desenlace*; y finalmente se convino entre nosotros que me enviaría a buscar veinticuatro horas antes del término señalado por los médicos para su muerte.

Hace siete meses que recibí la siguiente epístola de Valdemar:

«Mi querido P…

»Ya puede usted venir. Los señores D… y F… están de acuerdo, y me han dicho que no pasaré de mañana; y creo que han calculado bien, sobre poco más o menos».

Recibí esta carta una media hora después de haber sido escrita, y quince minutos más tarde me encontraba en la habitación del moribundo. No le había visto desde hacía diez días, y quedé aterrado con la terrible alteración que este corto intervalo había producido en él. Su rostro tenía el color del plomo, los ojos parecían apagados y la delgadez era tan grande, que los pómulos habían quedado al descubierto. La expectoración era excesiva, y el pulso imperceptible. No obstante, conservaba todas sus facultades espirituales y cierta fuerza física hablando distintamente, tomando sin ayuda algunas drogas calmantes, y cuando entré en la habitación estaba ocupado en escribir algunas palabras en una agenda. Se encontraba sostenido por las almohadas de su lecho y los doctores D… y F…

Después de haber estrechado la mano de Valdemar, llamé aparte a esos señores e hice que me dieran cuenta del estado del enfermo. Desde hacía dieciocho meses, el pulmón izquierdo se encontraba en un estado semihuesoso y cartilaginoso, y, por tanto, impropio para toda función vital. El pulmón derecho en su región superior, también se había osificado, si no en su totalidad, por lo menos en parte, mientras que la parte inferior ya no era sino una masa de tubérculos purulentos, penetrándose los unos en los otros. Existían varias perforaciones profundas, y en cierto punto había una adherencia permanente en las costillas. Estos fenómenos del lóbulo eran de época

relativamente reciente. La osificación había avanzado con una rapidez insólita. Un mes antes, no se descubría el menor síntoma y la adherencia no se había observado sino en estos últimos días. Independientemente de la tuberculosis, sospechábase la existencia de un aneurisma de la aorta, pero acerca de este punto los síntomas de osificación hacían imposible todo diagnóstico. La opinión de ambos médicos era que Valdemar moriría a eso de la medianoche del día siguiente, el domingo. Estábamos en sábado y eran las siete y media de la tarde.

Al abandonar la cabecera del moribundo para hablar conmigo, los señores D… y F… le habían dado un supremo adiós. Los doctores no tenían intención de volver, pero a mis instancias consintieron en venir a ver al paciente a eso de las diez de la noche.

Cuando se marcharon, hablé libremente con Valdemar de su próxima muerte, y sobre todo de la experiencia que nos habíamos propuesto hacer, mostrándose deseoso de comenzarla en seguida. Dos criados, un hombre y una mujer, debían ayudarnos; pero no me atrevía a emprender una experiencia de tal gravedad sin tres testigos cuyos testimonios ofrecieran más confianza en caso de un accidente repentino. Acababa de aplazar la operación hasta las ocho, cuando la llegada de un estudiante de medicina, con el que tenía alguna amistad, Mr. Theodore L…, me sacó definitivamente del apuro. Al principio había pensado en esperar a los médicos, pero comencé inmediatamente, empujado por las vivas instancias de Valdemar, y en segundo lugar porque no había que perder un solo momento.

Mr. L… fue bastante bueno para acceder al deseo que le expresé de que tomara notas de todo cuanto ocurría y puedo decir que he calcado mi relato de ese proceso verbal, copiando palabra por palabra, cuando no lo he condensado.

Eran las ocho y cinco de la tarde cuando, cogiendo la mano del paciente, le rogué que repitiera a Mr. L…, tan claramente como pudiera, su deseo de que hiciese una experiencia hipnótica sobre él en tales condiciones.

Valdemar repitió con voz débil, pero muy claramente:

—Sí, deseo ser hipnotizado —y agregó en seguida—: temo haberlo aplazado demasiado tiempo.

Mientras hablaba, yo había comenzado ya los pases que me parecían más eficaces para dormirle. Evidentemente, sintió la influencia de mi mano desde el primer pase hipnótico; pero, aunque desplegase todo mi poder, no se manifestó ningún efecto sensible hasta las diez y diez, cuando los doctores D… y F… llegaron a la cita. En pocas palabras les expliqué mi deseo; y como no hicieran objeción alguna, asegurándome que el paciente había entrado en el período agónico, continué sin vacilación, pero cambiando los pases laterales en pases longitudinales, y concentrando mi mirada en los ojos del moribundo.

Mientras tanto, su pulso se hacía imperceptible, y su respiración cada vez más

dificultosa, paralizándose por intervalos de medio minuto.

Este estado duró un cuarto de hora, casi sin cambio alguno.

No obstante, al cabo de este tiempo oímos un suspiro natural, aunque horriblemente profundo, cesó la entrecortada respiración, es decir, cesó el estertor, y comenzó a respirar por iguales intervalos. Las extremidades del paciente estaban como heladas.

A las once menos cinco minutos, advertí síntomas nada equívocos de la influencia hipnótica. La vacilación vidriosa de la mirada se cambió por esa expresión penosa de la mirada *interior*, que no se ve más que en los casos de sonambulismo, y acerca de la cual es imposible equivocarse. Con algunos pases laterales rápidos, le hice parpadear, como cuando tenemos sueño, e insistiendo un poco más, conseguí cerrarle los ojos. No obstante, esto no me bastaba, y continué vigorosamente mis ejercicios, proyectando en él con toda intensidad mi voluntad, hasta que hube paralizado por completo los miembros del dormido, después de haberlo colocado en una posición en apariencia cómoda. Sus piernas se extendieron completamente, y los brazos también lo hicieron casi del mismo modo, reposando sobre el lecho, a corta distancia de los riñones. La cabeza quedó un poco levantada.

Cuando hube hecho todo eso, ya era más de medianoche y rogué a los presentes que examinaran la situación de Valdemar. Después de algunas experiencias reconocieron que se encontraba en un estado de trance hipnótico sumamente perfecto. La curiosidad de ambos médicos estaba excitada en alto grado. El doctor D…, repentinamente, resolvió quedarse durante toda la noche al lado del paciente, y el doctor F… pidió permiso para retirarse, prometiendo volver de madrugada. Mr. L… y los enfermeros se quedaron.

Hasta las tres de la mañana dejamos tranquilo a Valdemar, y a esa hora, me aproximé y le encontré exactamente en el mismo estado que cuando se marchó el doctor F…, es decir, que yacía tendido en la misma posición; que el pulso era imperceptible y la respiración tranquila, aunque apenas se advertía, puesto que para saber si respiraba era preciso ponerle un espejo ante la boca. Tenía los ojos cerrados con naturalidad, y los miembros tan rígidos y fríos como el mármol. No obstante, la apariencia general no era la de la muerte.

Al acercarme a Valdemar, hice un pequeño esfuerzo para obligar a su brazo derecho a que siguiera al mío en los movimientos que yo describía suavemente por encima de su cuerpo.

En otro tiempo, cuando había intentado estas experiencias con el paciente, nunca había triunfado por completo, y puedo asegurar que esta vez tampoco esperaba nada satisfactorio; pero, con gran asombro, vi que su brazo seguía muy débilmente, aunque indicándolas poco, todas las direcciones que el mío le señalaba. Entonces traté de dirigirle algunas preguntas.

—Valdemar —le dije—, ¿duerme usted?

Valdemar no me respondió, pero vi temblar sus labios, por lo que repetí mi pregunta tres veces. A la tercera, un estremecimiento recorrió su cuerpo; los párpados se levantaron por sí mismos para dejar al descubierto una pequeña parte del globo del ojo; los labios se movieron perezosamente y dejaron escapar estas palabras en un murmullo apenas descifrable:

—Sí, estoy dormido. ¡No me despierte! ¡Déjeme morir así!

Palpé sus miembros y los encontré tan rígidos como antes. El brazo derecho, como hacía un momento, obedecía a la dirección de mi mano. Nuevamente interrogué al hipnotizado:

—¿Le duele aún el pecho, Valdemar?

La respuesta se hizo esperar un poco y la murmuró aún con menos fuerza que la anterior:

—¿Dolor? No, muero.

Por el momento, no juzgué conveniente atormentarle más, y no se dijo ni se hizo nada hasta que llegó el doctor F… que quedó asombrado al ver vivo al enfermo, casi al amanecer. Después de haberle tomado el pulso y aplicado un espejo a los labios, me rogó que le hablara de nuevo, lo que hice inmediatamente en la siguiente forma:

—Valdemar, ¿sigue usted durmiendo?

Como la vez anterior, tardó algunos minutos en responder; y, durante el intervalo, el moribundo parecía reunir toda su energía para hablar. Al interrogarle por cuarta vez, respondió muy débilmente, de modo casi ininteligible:

—Sí, duermo, muero.

Entonces los médicos opinaron, o más bien expresaron el deseo de que no se molestase a Valdemar y que continuase en este estado de coma aparente, hasta que muriera; y eso debía ocurrir, y en eso estuvieron de acuerdo, en un plazo de cinco minutos. No obstante, resolví hablarle de nuevo, repitiendo mi precedente pregunta:

—¿Sigue usted durmiendo?

Mientras hablaba se operó un gran cambio en la fisonomía del moribundo. Los ojos giraron en sus órbitas, y se abrieron; la piel tomó el color de la muerte y las dos manchas circulares hécticas que hasta ese momento estaban vigorosamente fijadas en las mejillas, se apagaron de repente. Me sirvo de esta expresión, porque la rapidez de su desaparición me hace pensar en una vela que se apaga de un soplo. Al mismo tiempo, el labio superior se contrajo dejando al descubierto los dientes, mientras que la mandíbula inferior cayó bruscamente haciendo un ruido que fue oído por todos, dejando la boca abierta, y descubriendo por completo la hinchada y negra lengua. Presumo que todos los presentes estaban familiarizados con el espectáculo de la muerte; pero el aspecto de Valdemar era tan odioso en esos momentos, que todos retrocedimos llenos de horror.

Comprendo que al llegar a este punto, el sublevado lector no querrá darme crédito. No obstante, mi deber es continuar.

Valdemar no presentaba el menor síntoma de vitalidad; y creyendo que estaba muerto, íbamos a dejarle en manos de los enfermeros, cuando oímos un pequeño murmullo que brotaba de su boca y que duraría cerca de un minuto. A la expresión de este período oímos una voz que sería una locura el intentar describirla. Sin embargo, hay dos o tres vocablos que se le podrían aplicar aunque no diesen el sentido cabal de ello: así, pues, puedo decir que el sonido era áspero, desgarrado, cavernoso; pero la repulsión total no es definible, pues el oído humano nunca ha registrado tales vibraciones. A pesar de todo, había dos particularidades que, lo pensé entonces, y aún lo sigo pensando, podían tomarse como características de su entonación, y que pueden dar alguna idea de su singularidad extraterrestre. En primer lugar, la voz parecía llegar a nuestros oídos, o por lo menos a los míos, desde una larga distancia, como procedente de un subterráneo. En segundo lugar, me impresionó de la misma manera (temo que me sea imposible hacerme comprender), de la misma manera que las materias glutinosas o gelatinosas afectan al tacto.

He hablado al mismo tiempo de sonido y de voz; pero mi deseo es decir que en el sonido se destacaban las sílabas con muchísima claridad, con una claridad terrible y espantosa. Valdemar hablaba, evidentemente para responder a la pregunta que le habían hecho, dirigida algunos momentos antes. Como recordarán, le había preguntado si continuaba durmiendo, a lo que ahora me respondió:

—Sí, no, *he dormido*; y, ahora, estoy muerto.

Ninguna de las personas presentes trataron de negar ni aun de poner en duda lo indescriptible, el extremo horror de estas palabras, pronunciadas así.

Mr. L…, el estudiante, se desmayó. Los enfermeros huyeron inmediatamente y no hubo medio de hacer que volvieran. En cuanto a mis propias impresiones, no pretendo que llegue a comprenderlas el lector. Durante cerca de una hora, sin pronunciar una palabra, tratamos de que recobrara los sentidos el joven L… Cuando volvió en sí, continuamos nuestras investigaciones acerca del estado de Valdemar.

Este señor continuaba en el mismo estado que he descrito últimamente; pero con el espejo no se podía obtener vestigio alguno de respiración. Una tentativa de sangría en un brazo no tuvo éxito. También debo decir que su brazo ya no obedecía a mi voluntad y en vano intenté hacerle seguir la dirección de mi mano. La única indicación real de la influencia hipnótica, sólo se manifestaba en el movimiento vibratorio de la lengua. Cada vez que dirigía una pregunta a Valdemar, éste parecía hacer un esfuerzo para responderme, como si su volición no fuera bastante duradera. Si alguno de los presentes, exceptuándome a mí, le dirigía alguna pregunta, parecía insensible, aunque traté de ponerlo en relación hipnótica con ellos. Ahora, creo haber relatado todo lo que es necesario para hacer comprender el estado del hipnotizado en

este período… Nos procuramos otros enfermeros y a las diez salí de la casa en compañía de los dos médicos y de Mr. L.

Por la tarde, todos volvimos para ver al paciente. Su estado era absolutamente el mismo. Entonces tuvimos una discusión acerca de la oportunidad y la posibilidad de despertarle; pero muy pronto todos comprendimos la poca ventaja que sacaría de ello Valdemar. Era evidente que hasta ese momento, la muerte, o lo que se define por el vocablo *muerte*, había quedado paralizada por el hipnotismo. Comprendimos que despertar a Valdemar equivaldría a apresurar su muerte y su descomposición.

Desde ese día hasta el último de la semana pasada, es decir, *durante un intervalo de unos siete meses, nos reunimos* a diario en la casa de Valdemar, acompañados de varios médicos y amigos. En este tiempo el hipnotizado continuó exactamente en el mismo estado que he descrito antes. Los enfermeros le vigilaban sin cesar.

El viernes pasado resolvimos despertarle, o, por lo menos, tratar de despertarle. El resultado de esta última tentativa, puede ser que deplorable, es lo que ha dado lugar a tantas discusiones en los círculos privados, a tantos rumores en los que no puedo por menos de ver el resultado de una credulidad popular injustificable.

Para arrancar a Valdemar del trance hipnótico, hice uso de los acostumbrados pases. Durante algún tiempo, no dieron resultado alguno. El primer síntoma de vida fue una depresión del iris. Observamos como un hecho muy notable que esta depresión del iris fuese acompañada de un flujo muy abundante de un líquido amarillento (debajo de los párpados) y que hedía mucho.

Entonces me sugirieron la idea de ejercer mi influencia en el brazo del paciente, como lo había hecho antes. Traté de hacerlo, pero no pude. El doctor F… manifestó el deseo de que le hiciera una pregunta, que fue la última que hice, en los siguientes términos:

—Valdemar, ¿podrá usted explicarnos lo que en estos momentos siente o desea?

Inmediatamente volvieron a colorearse sus mejillas con los círculos hécticos, y su lengua tembló o más bien giró violentamente en su boca (aunque sus mandíbulas y los labios continuasen inmóviles), y al cabo de cierto tiempo volvimos a oír la pavorosa voz que ya he descrito:

—¡Por amor de Dios! ¡De prisa! ¡De prisa! Hágame dormir, o bien ¡de prisa! ¡Despiérteme! ¡De prisa! *¡Ya he dicho que estoy muerto*!

Estaba completamente aturdido y durante un minuto no supe qué partido debía tomar. Primero traté de tranquilizar al paciente, pero la falta de voluntad me hizo fracasar, y, en vez de calmarle, hice cuanto pude porque se despertara. Muy pronto vi que mi tentativa alcanzaría completo éxito, o por lo menos lo pensé, y estoy seguro de que todos cuantos se encontraban en la alcoba esperaban ver despertarse al hipnotizado.

En cuanto a lo que ocurrió, ningún ser humano lo hubiera podido adivinar y

hubiese parecido imposible.

Mientras hacía los pases magnéticos a través de los gritos de «¡muerto!, ¡muerto!», que literalmente estallaban en la lengua y no en los labios del sujeto, sin saber cómo, de repente, en el espacio de un minuto y aun en menos tiempo, todo su cuerpo desapareció, se desmenuzó, se pudrió absolutamente bajo mis manos. Sobre el lecho, ante todos los testigos, yacía una masa repugnante, y casi líquida, una abominable putrefacción.

VON KEMPELEN Y SU DESCUBRIMIENTO

Después del minucioso y complejo artículo de Arago, por no hablar del resumen publicado en el «Silli-ma'ns Journal» que contiene los detalles de las afirmaciones que acaba de publicar el teniente Maury, nadie supondrá, por supuesto, que al presentar unas observaciones presurosas sobre el descubrimiento de Von Kempelen, me guíe el designio de considerar el tema desde un punto de vista *científico*. Mi propósito es más simple. En primer lugar quisiera decir algunas palabras sobre el propio Von Kempelen (con quien, hace unos años, tuve el honor de trabar relación, aunque superficial) en el entendido de que todo cuanto a él concierne ha de ser, en estos momentos, interesante. Y luego quisiera considerar, de modo general y especulativo, los *resultados* de su descubrimiento.

Será, sin embargo, preciso que comience estas someras observaciones que he de hacer, negando rotundamente lo que parece ser impresión general (recogida, como es a menudo el caso en asuntos de esta naturaleza, de los periódicos): que este descubrimiento, asombroso sin duda alguna, carece de *precedentes*.

Si se consulta el *Diario de Sir Humphry D'avy* (Cottle & Munroe, Londres, 150 páginas) podrá verse en las páginas 53 y 82 que tan ilustre químico no se contentó con concebir la idea que hoy interesa, sino que había llevado a cabo *considerables avances de tipo experimental dentro del mismo análisis* tan triunfalmente planteado por Von Kempelen, quien, aun sin referirse para nada al *Diario*, le debe, *sin ninguna duda* (lo afirmo sin vacilaciones y puedo probarlo si es preciso) el primer atisbo, por lo menos, de sus propios trabajos. Aunque un poco técnicos, no puedo abstenerme de citar dos pasajes del Diario que contienen una de las ecuaciones de Sir Humphry. [Dado que carecemos de los signos algebraicos necesarios y que el *Diario* puede consultarse en la biblioteca del Ateneo, omitimos aquí una pequeña parte del manuscrito del señor Poe. Nota del Editor.]

El párrafo del «Courier and Enquirer» que tanto circula hoy por los periódicos y que pretende reivindicar el invento para un tal Mr. Kissam, de Brunswick, Maine, me resulta, he de confesarlo, apócrifo por varias razones, aunque nada haya de imposible ni aun de improbable en la afirmación que se hace. No será menester entrar en detalles. La opinión que el párrafo me merece se funda principalmente en su *estilo*. No *suena* auténtico. Quienes narran hechos concretos rara vez son tan escrupulosos como parece serlo Mr. Kissam sobre día, hora y localización exacta de lo sucedido. Por lo demás, si Mr. Kissam en realidad dio con el descubrimiento que alega haber realizado hacia la época indicada —hace cerca de ocho años—, ¿cómo se explica que no haya tomado medidas *instantáneamente* para asegurarse los incalculables

beneficios que no sólo a él, sino a la humanidad entera le hubiera reportado su descubrimiento, como cualquier tonto sabe? Me resulta inconcebible que cualquier hombre de entendederas normales descubra lo que Kissam alega haber descubierto, y haya actuado luego del modo como se condujo Mr. Kissam; del modo como él mismo admite haberlo hecho.

Dicho sea de paso, ¿*quién* es Mr. Kissam? ¿Y no será todo el párrafo del «Courier and Enquirer» una mistificación destinada a dar que hablar? Hay que confesar que tiene aspecto de burla. Muy poca confianza podría depositarse en él, a mi modesto entender. Si no estuviera tan al tanto, por experiencia, de la facilidad con que los hombres de ciencia son *embaucados* en todo aquello que se aparta de sus habituales terrenos de estudios, me hubiese sorprendido sobremanera encontrarme con que un químico como el profesor Draper analiza las pretensiones descubridoras de Mr. Kissam (¿o de Mr. Quizzem?) con toda seriedad.

Pero, volviendo al «Diario» de Sir Humphry Davy, conviene decir que tal folleto no estaba destinado al público; ni luego de la muerte del escritor podía ver la luz, como cualquier persona de cierta autoridad podrá corroborarlo de inmediato mediante un superficial examen del estilo. En la página trece, por ejemplo, hacia la mitad, se lee, con referencia a sus búsquedas sobre el protóxido de ázoe:

«En menos de medio minuto, continuando la respiración, disminuyeron gradualmente y *fueron* sucedidas por análogas a una suave presión en todos los músculos».

Que la *respiración* no había «disminuido» no sólo se evidencia en lo que sigue sino en el uso del plural «fueron». Sin duda la oración quería decir esto:

«En menos de medio minuto, continuando la respiración (dichas sensaciones) disminuyeron gradualmente y fueron sucedidas por (una sensación) análoga a una suave presión en todos los músculos».

Cien ejemplos más servirán para demostrar que el manuscrito tan desconsideradamente publicado no era sino un cuaderno de apuntes sin pulir, destinado tan sólo a ser leído por su autor. Bastará la lectura del folleto para convencer a cualquier persona razonable sobre la verdad de lo que sostengo. De hecho, Sir Humphry Davy era de los menos indicados en este mundo para *comprometerse* en asuntos científicos. No sólo sentía la más viva repulsión por los charlatanes, sino que mostraba especial cuidado en no parecer empírico, de modo que, por seguro que se sintiera de hallarse en el camino correcto respecto a la materia que nos ocupa, nunca habría aireado sus opiniones hasta haber puesto todo a punto para llevar a cabo la demostración más concluyente. Estoy convencido de que sus últimos momentos hubiesen sido muy amargos de haber sospechado siquiera que sus deseos de que se quemara su *Diario* (repletos de burdas especulaciones) no iban a cumplirse. Esto es, a lo que parece, lo que ha sucedido. Y digo «sus deseos» porque

no dudo de que entendía que este cuaderno de notas debía incluirse entre los variados papeles sueltos que había ordenado destruir por el fuego. Si escapó de las llamas por buena o mala fortuna es lo que queda por dilucidar. No pongo ni un instante en tela de juicio que los pasajes que he citado, junto con otros similares a los cuales se relacionan, dieron a Von Kempelen *la noción*; pero, repito, queda por ver si el trascendental descubrimiento en sí (trascendental bajo cualquier circunstancia) ha de ser útil o perjudicial para la humanidad en su sentido más amplio. Que Von Kempelen y sus amigos íntimos han de recoger una bonita cosecha es algo que sería pueril negar por un momento. Difícilmente serán tan débiles como para abstenerse de comprar a tiempo casas, tierras y otras propiedades, es decir, *adquirir* bienes de valor *intrínseco*.

En el breve informe de Von Kempelen aparecido en el «Home Journal» y que fue luego profusamente reproducido, varios errores parecen haber sido cometidos por el traductor del original, escrito en alemán, del que él dice haber tomado el pasaje, publicado en un número atrasado del «Schnellpost», de Presburgo. No hay duda de que la palabra *Viele* ha sido mal interpretada (como a menudo sucede) y que lo que el traductor vierte como «penas» es más probablemente *leiden*, que en sentido literal significa «padecimientos» y que habría otorgado un carácter completamente distinto al texto completo. Pero, por cierto, gran parte de lo que afirmo apenas es conjetura mía.

No obstante, Von Kempelen no es en absoluto un «misántropo». Por lo menos en apariencia, al margen de lo que en verdad sea. Mi relación con él fue completamente casual, de modo que no podría decir que en verdad le conozco. Pero haber visto y haber conversado con un hombre de notoriedad tan prodigiosa como la que ha alcanzado, o alcanzará en breves días, no es poca cosa en estos tiempos.

El «Literary World» habla de él en tono confiado, llamándole oriundo de Presburgo, despistado tal vez por el artículo del «Home Journal»; pero me cabe el placer de decir que estoy en condiciones de asegurar *positivamente*, puesto que oí esto de sus propios labios, que nació en Utica, estado de Nueva York, aunque, según creo, sus padres eran de Presburgo. Su familia estaba emparentada en cierto grado con Maelzel, recordado por su autómata que jugaba al ajedrez. [Si no nos equivocamos, el nombre de quien *inventó* al ajedrecista era Kempelen, Von Kempelen, o algo parecido. Nota del Editor.]

Físicamente es un hombre bajo y vigoroso, con prominentes ojos azules, pelo entrecano y patillas. Tiene boca grande pero agradable, con buenos dientes y, creo, nariz romana. Uno de sus pies sufre un defecto. Habla con la mayor franqueza y, en conjunto, su aspecto llama la atención por su campechanía. Habla, mira y actúa con tan escasa misantropía como jamás se haya visto. Hace unos seis años coincidimos durante una semana de estancia en el Hotel Earl, en Providence, Rhode Island, y calculo haber conversado con él en varias ocasiones durante unas tres o cuatro horas

en total. Sus principales temas de charla eran los sucesos del día: nada de cuanto me dijera me indujo a pensar que hubiese alcanzado logro científico alguno. Dejó el hotel antes de que yo lo hiciera, con intención de dirigirse a Nueva York y de allí a Bremen. Fue en esta última ciudad donde su gran descubrimiento se hizo público o, mejor dicho, donde se supuso que lo había efectuado.

Eso es casi todo lo que sé personalmente sobre el ahora inmortal Von Kempelen; pero he pensado que incluso tan escasos detalles podrían resultar de interés público.

Poca duda cabe de que la mayor parte de los prodigiosos rumores que circulan sobre este asunto son pura invención, tan digna de crédito como el cuento de la lámpara de Aladino. Sin embargo, en casos como éste, como en el de los descubrimientos llevados a cabo en California, resulta claro que la verdad *puede ser* más extraña que la ficción. La anécdota que sigue, al menos, ha sido tan bien confirmada, que podemos creer implícitamente en ella.

Von Kempelen nunca se encontró ni siquiera aceptablemente bien de dinero mientras residió en Bremen. A menudo, como todo el mundo sabía, se vio obligado a apelar a recursos extremos para reunir sumas insignificantes. Al producirse la sensacional falsificación de la firma Gutsmuth y Compañía, las sospechas recayeron sobre Von Kempelen, fundadas en que había adquirido una propiedad en la calle Gasperich y en su negativa a explicar, cuando se le interrogó, de dónde procedía el dinero de la operación. Al final se le arrestó; pero, dado que nada concreto se le pudo probar, hubo que devolverle la libertad. Sin embargo, la policía vigiló estrechamente sus movimientos y así descubrió que abandonaba con frecuencia su casa, siguiendo siempre el mismo camino; pero burlando a sus perseguidores en las vecindades de ese laberinto de pasajes estrechos y sinuosos conocido con el aparatoso nombre de «Dondergat». No obstante, con gran perseverancia le siguieron la pista hasta la buhardilla de una vieja casa de siete plantas situada en una calleja llamada «Flatzplatz». Cuando le sorprendieron estaba entregado, según se supuso, a sus maniobras de falsificación. La agitación de que hizo gala sirvió para que la policía descartara las dudas que aún pudieran caber sobre su culpabilidad. Tras esposarle revisaron el aposento, o más bien sus aposentos, pues, según parece, ocupaba toda la *mansarde*.

Una cámara de tres metros por dos y medio daba a la habitación donde el hombre se encontraba. Contenía ciertos aparatos de química, cuya utilidad no pudo de momento ser especificada. En un rincón había un hornillo minúsculo bajo el que ardía un fuego muy intenso, y sobre éste una especie de crisol doble. Es decir, dos crisoles que se comunicaban por medio de un tubo. Uno de los crisoles estaba casi repleto de plomo líquido, el cual no alcanzaba, sin embargo, la abertura del tubo comunicante, que estaba junto al borde. El otro crisol contenía un líquido que, cuando entró la policía, parecía evaporarse con gran rapidez. Los agentes manifestaron que,

al ser sorprendido, Von Kempelen cogió los crisoles con ambas manos (enguantadas con algo confeccionado con un material que, como luego se supo, era amianto) y arrojó su contenido al suelo de baldosas. De inmediato fue esposado y registrado, antes de que los agentes llevaran a cabo una cuidadosa inspección del lugar. No se encontró nada de particular, a excepción de un envoltorio que llevaba en uno de los bolsillos de la chaqueta, el cual, según se verificó más tarde, contenía una mezcla de antimonio y una *sustancia desconocida*, en proporciones casi iguales. Todo intento de descubrir el carácter de aquella sustancia resultó inútil, aunque no hay dudas de que se llegará a conocer su composición.

Saliendo de la cámara con el prisionero, los guardias pasaron a una especie de vestíbulo, en el que no se encontró nada importante, y de allí al dormitorio del químico, donde inspeccionaron cajones y cajas. Apenas hallaron más que unos pocos papeles sin importancia y cierta cantidad de monedas legítimas de oro y de plata. Por fin, al mirar debajo del lecho, descubrieron *un baúl grande y común, de fibra, sin bisagras, cierre ni cerradura*. La tapa había sido colocada descuidadamente de través. Quisieron retirar el baúl de su sitio; pero se encontraron con que, aun uniendo las fuerzas de todos (y eran tres hombres, todos ellos robustos), «no les era posible moverlo ni siquiera un centímetro». Sin ocultar un infinito asombro, uno de ellos se metió debajo de la cama y, mirando dentro del baúl, dijo:

—No es extraño que no pudiéramos moverlo. ¡Está lleno hasta el borde de trozos de bronce viejo!

Afirmando los pies en la pared con el fin de tener un buen punto de apoyo y empujando con todas sus fuerzas mientras sus compañeros lo ayudaban, logró que el baúl pudiera ser arrastrado afuera. Al examinar el contenido se vio que el supuesto bronce que lo llenaba consistía en piezas pequeñas y lisas, cuyo tamaño variaba entre el de un guisante y el de un dólar. Sin embargo, todas eran de forma irregular, pero más o menos planas. El aspecto era «muy semejante al del plomo que, en estado líquido, se deja caer sobre el suelo y se deja enfriar». Ahora bien, ninguno de los guardias sospechó por un momento que el metal fuese otra cosa que bronce. La idea de que fuera *oro* ni siquiera les pasó por la cabeza; ¿cómo *podían* concebir semejante fantasía? El asombro de todos ellos se comprenderá cuando al día siguiente todo Bremen supo que el «montón de bronce» que con tanto desdén habían cargado en un carro para llevarlo a la comisaría de policía sin darse siquiera el trabajo de echarse algo al bolsillo, no sólo era oro, oro auténtico, sino oro de más quilates que el empleado para acuñar moneda. ¡Era en verdad oro absolutamente puro, virgen, sin la menor aleación apreciable!

No necesito entrar en detalles sobre la confesión de Von Kempelen (por lo menos sobre lo que quiso confesar) y su posterior excarcelación, pues son de sobras conocidas. Que había hecho realidad, en teoría y de hecho, ya que no al pie de la

letra, la vieja quimera de los filósofos que buscaban la piedra filosofal, es algo que nadie en su sano juicio podrá negar. Las opiniones de Arago han de merecer, sin duda, la mayor consideración. Pero no es en absoluto infalible: lo que dice acerca del *bismuto* en su informe a la academia ha de tomarse *cum grano salis*. La única verdad es que hasta hoy todos los análisis han fracasado; y que hasta que Von Kempelen tenga a bien brindarnos la clave del enigma que él mismo suscitara, lo más probable es que esto se mantenga durante años *in statu quo*. Todo cuanto cabe, decir en buena ley, para que se sepa, es que *el oro puro puede fabricarse a voluntad y muy fácilmente a partir del plomo, el cual ha de mezclarse con ciertas sustancias, cuya naturaleza y proporciones se desconocen*.

Las conjeturas sobre los resultados mediatos e inmediatos de este descubrimiento son, naturalmente, numerosas: pocas personas razonables dejarán de relacionarlo con el creciente interés que inspira el oro, en especial después de lo últimamente sucedido en California. Pero tal reflexión lleva a otra. El hallazgo de Von Kempelen ha sido muy inoportuno. Si muchos se abstuvieron de aventurarse hasta California por la simple aprensión de que el oro llegase a bajar de precio en virtud de la gran cantidad de minas allí descubiertas, y de que ir tan lejos a buscarlo ya no resultaba tan beneficioso, ¿qué impresión producirá ahora en las mentes de quienes se aprestaban a emigrar, y sobre todo en las de aquéllos que ya se encuentran en dicha región, el anuncio del asombroso descubrimiento de Von Kempelen? Este descubrimiento viene a proclamar, en pocas palabras, que fuera del valor intrínseco del oro para usos industriales (sean cuales fueran), su precio ahora es, o al menos lo será (puesto que no cabe pensar que Von Kempelen pueda guardar indefinidamente el secreto), no mayor que el del plomo y mucho más bajo que el de la plata. Resulta, en verdad, muy difícil especular sobre las consecuencias del hallazgo; pero algo puede afirmarse con certeza: que la noticia habría influido de manera clara hace seis meses sobre la colonización de California.

En Europa, por ahora, el resultado más apreciable ha sido el alza del doscientos por ciento en el precio del plomo y casi del veinticinco en el de la plata.

ÍNDICE

Manuscrito hallado en una botella *(Ms. Found in a Bottle, 1833*.)

La singular aventura de un tal Hans Pfaall *(The Unparalleled Adventure of One Hans Pfaall, 1835*.)

La conversación de Eiros y Charmion *(The Conversation of Eiros and Charmion, 1839*.)

Un descenso en el Maelström *(A Descent into the Maelström, 1841*.)

Un cuento de las Montañas Escabrosas *(A Tale of the Ragged Mountains, 1844*.)

El camelo del globo *(The Balloon-Hoax, 1844*.)

Conversación con una momia *(Some Words with a Mummy, 1845*.)

La verdad sobre el caso del señor Valdemar *(The Facts in the Case of M. Valdemar, 1845*.)

Von Kempelen y su descubrimiento *(Von Kempelen and His Discovery, 1849*.)

Notas

[1] La luz zodiacal es probablemente lo que los antiguos llamaban “trabes”: “Emicant trabes quos docos vocant” (Plinio, lib. 2, p. 26). <<

[2] Luego de conocerse el escrito de Hans Pfaall me entero de que el señor Green, que alcanzara notoriedad con su globo "Nassau", así como otros aeronautas, niegan las afirmaciones de Humboldt a este respecto, hablando de incomodidades decrecientes, lo cual concuerda con la teoría aquí sustentada. <<

[3] Hèvelio escribe que constató varias veces en cielos absolutamente despejados, cuando hasta las estrellas de sexta y séptima magnitud son perceptibles, que a la misma altitud de la luna, a la misma prolongación desde la tierra y con el mismo excelente telescopio, la luna y sus máculas no se ven siempre con idéntica claridad. Dadas las circunstancias de la observación, es evidente que la causa de este fenómeno no se halla en nuestro aire ni en el instrumento ni en la luna ni en el ojo del observador, sino que ha de buscarse en algo (¿una atmósfera?) existente en torno de la luna,

Cassini observó con frecuencia a Saturno, Júpiter y las estrellas fijas al comenzar la luna a ocultarse, comprobando que a menudo la forma circular de tales astros se transformaba en un óvalo. En otras observaciones no halló alteración alguna. De esto se podría inferir que algunas veces y no otras hay una materia densa que circunda la luna, en la cual se reflejan los rayos de las estrellas. <<

[4] Sic. *(Palabra latina que significa "así" y se usa en textos escritos para indicar que la palabra o expresión que precede, aunque pueda parecer incorrecta o equivocada, es una transcripción o copia textual del original. (N. del Editor digital.)* <<

[5] El Edén. (*N. del T.*) <<

[6] El *jeu d’esprit* que seguía a los titulares impresos en magníficas letras mayúsculas convenientemente intercaladas de signos de admiración fue originariamente publicado en realidad en el diario "New York Sun”, con la clara intención de brindar alimento indigesto a los *quidnuncs* durante las pocas horas que separaban a dos correos de Charleston. La corrida en pos del "único diario que ofrecía las noticias" fue algo que superó aún lo más prodigioso y si en verdad (según sostienen algunos) el "Victoria” *no* cumplió en absoluto el viaje relatado, sería difícil dar con razones que le *hubiesen impedido* hacerlo. <<

[7] *Nota*. Mr. Ainsworth no se ha detenido a explicar este fenómeno que es, sin embargo, susceptible de fácil aclaración. Una línea tendida desde una elevación de siete mil quinientos metros perpendicularmente hasta la superficie de la tierra (o del mar) formaría la perpendicular de un triángulo rectángulo cuya base se extendería desde el ángulo recto hasta el horizonte, y la hipotenusa desde el horizonte hasta el globo. Pero siete mil quinientos metros de altura es poco o nada comparado con la extensión de la perspectiva. En otras palabras, la base y la hipotenusa del supuesto triángulo tendrían tal longitud al compararlas con la perpendicular que se las podría considerar casi como paralelas. De esta manera, el horizonte del aeronauta se le aparecerá *al mismo nivel* que la barquilla; pero, como el punto situado inmediatamente debajo de él se ve, y está, a gran distancia, parece, naturalmente, hallarse también a gran distancia por debajo del horizonte. De ahí la impresión de concavidad, que ha de subsistir hasta que la elevación alcance proporción tan grande con respecto a la extensión del panorama, que el aparente paralelismo de base e hipotenusa desaparezca. Entonces la verdadera convexidad de la tierra habrá de resultar visible. <<

[8] *Alt a mistake*: pura equivocación. (*N. del T.*) <<

[9] Juego de palabras entre *wig* (peluca) y *whig* (nombre de un partido político de su época). (*N. del T.*) <<